

CUENTOS DEL CLUB

segundo tomo de la serie



16 NARRADORES CUBANOS

CUENTOS DEL CLUB

CUENTOS DEL CLUB

segundo tomo de la serie

16 NARRADORES CUBANOS

Neo Club Ediciones
CEIC

© De cada autor cada cuento - 2020

Reservados todos los derechos

Ilustración de portada: Pixabay

Selección: Luis Cino, Victor Manuel Domínguez, Armando Añel

Dirección ejecutiva: Idabell Rosales

Edición general: Armando Añel

Este libro forma parte de un proyecto de vertebración cultural. Las regalías y beneficios que provengan de la comercialización de este libro serán invertidos en su promoción y distribución gratuita dentro de Cuba

COLECCIÓN NARRATIVA

ediciones@neoclubpress.com

neoclubpress.com

ÍNDICE

Abilio Estévez	9
Abu Dujanah	27
Amir Valle	55
Ángel Luis Ferreiro	87
Armando de Armas	93
Carlos Alberto Montaner	117
Consuelo Casanova	127
Emelicio Vázquez	133
Félix Luis Viera	139
José Hugo Fernández	149
Manuel Gayol Mecías	153
Maribel Feliú	159
Odelín Alfonso Torna	167
Orlando Freire	173
Oscar G. Otazo	187
Roberto Quiñones Haces	211

PRÓLOGO

Cuentos del Club. Segundo tomo de la serie (16 narradores cubanos) no es una selección al uso, basada en criterios de seguimiento esquemático. Tampoco se trata, formalmente, de una antología del cuento independiente cubano, aunque la mayoría de los autores que aquí aparecen compilados en algún momento han desarrollado su obra desde las márgenes del oficialismo y, al decir de Luis Cino, confluyen en lo alternativo o lo *underground*. Estamos ante una compilación de cuentos, o relatos, del Club de Escritores Independientes de Cuba (CEIC), y esta constituye la primera y tal vez única seña de identidad que debe manejarse para explicar esta serie, su razón de ser o su naturaleza: El esmerado trabajo de selección de los también narradores Victor Manuel Domínguez y el ya mencionado Cino. De manera que estos textos son del Club no porque todos sus autores pertenezcan a esta organización independiente sino, repito, porque han sido seleccionados por tres integrantes del CEIC, narradores ellos mismos.

En cualquier caso, esta segunda parte difiere de la primera porque compila a autores residentes en la Isla pero también en el Exilio, tendiendo un puente hacia la tercera entrega, donde, para cerrar, solo aparecerán autores exiliados. Como

se recordará, el primer tomo, publicado en 2018, solo reunía a autores con residencia en Cuba.

Cuentos del Club constituye, de cualquier manera, una propuesta del CEIC para los lectores interesados en la realidad cubana y/o en su mejor narrativa, aquella que contra viento y marea marca el rumbo creativo de este tercer milenio digital. A pesar de prohibiciones y estrategias editoriales excluyentes, sustentadas en la manipulación institucional, la mezquindad política o sencillamente el miedo. Disfruten y compartan. Nos vemos nuevamente en la tercera parte y final.

Armando Añel, marzo de 2020

JAMAICA,
LAS MONTAÑAS AZULES
ABILIO ESTÉVEZ

Abilio Estévez (La Habana, 1954). Narrador y dramaturgo. Licenciado en Lengua y Literatura Hispanas. Ha publicado, entre otros libros, *Tuyo es el reino* (novela), *Los palacios distantes* (novela), *El navegante dormido* (novela) y el volumen de cuentos *El horizonte y otros regresos*. Ha recibido numerosos reconocimientos por su obra dentro y fuera de Cuba, como el Rine Leal, el Tirso de Molina, el Luis Cernuda o el de la Crítica Cubana. Vive en España.

*Tous les oiseaux de bois
Sont beaux de son bonheur.*

Edouard Glissant,

Ballade.

Para mi hermana Renée-Clémentine Lucien

Decidió tomar el tren Milán-Zurich. Quería cumplir un lejano sueño: cruzar por tierra varios países, Suiza, Francia, España, Portugal. Había comenzado el viaje en Siena con el propósito de terminarlo en Lisboa. En Milán, antes de continuar rumbo, paseó por la ciudad que no conocía y que le pareció gris, excesiva y bulliciosa. Admiró el Duomo y se fascinó con el interior del teatro *alla Scala*, desde cuyo paraíso no pudo conmovirse con un discreto *Don Giovanni*; sí le bastó, en cambio, tener presente que butacas, lámparas, dorados y cortinajes se habían regocijado con las voces de Renata Tebaldi y de María Callas. Dos días después, calculó que había llegado por fin el momento de iniciar su caprichosa excursión. Anduvo con calma por la vía Pisani. Por alguna extraña razón, no se percató de que iba demasiado ligero. Se adentró en el tumulto del edificio mussoliniano de la Estación Central. El tren más próximo salía en una hora. Se dirigió a la ventanilla de ventas, compró el boleto y sesenta y cinco minutos más tarde, cuando el tren abandonó la Estación (con esa pereza de los trenes que atraviesan viejas ciudades rumbo a viejas ciudades), cayó en la cuenta de que había olvidado el equipaje y de que había

caminado tanto por Milán que llevaba más de veinte horas sin dormir.

Compuesto únicamente por vagones de segunda clase, el tren iba casi vacío. Su compartimiento sólo lo ocupaban, además de él, otras dos personas: una chica y un chico. Ella era hermosa y, con toda seguridad, musulmana, puesto que iba vestida de oscuro y llevaba la cabeza cubierta por un velo. Él, valía por dos, era un negro alto, que tenía, a pesar de la piel oscura, un pelo rizado y rojizo; las gafas de miope, con cristales montados al aire, disminuían sus ojos enrojecidos; le llamó la atención que vistiera indumentaria impropia del otoño, un *dashiki* de lino crudo, y que los enormes pies estuvieran únicamente cubiertos con sandalias de cuero. Uno de los dos, la musulmana o el negro, tenía un remoto olor a limón que él tampoco supo si provenía de una fruta o de agua de colonia. Buenas noches, había dicho en italiano, a pesar de que aún no había oscurecido. Le gustó el modo en que la chica miró alegre por la ventanilla y pareció querer comprobar la veracidad de lo que iba a responder: Buenas tardes (respondió en inglés). Tenía ojos grandes, oscuros y una mirada que quiso calificar de audaz. Disfrutó también del modo ceremonioso que tuvo el negro de ponerse en pie para dejarlo pasar a su asiento, junto a la ventanilla, cuando ya el tren comenzaba a abrirse paso por Milán. La delicadeza del gesto, la sonrisa suave, impropia de su tamaño, revelaba su juventud. Le habían gustado asimismo los ademanes cariñosos con que la chica dispuso a su lado una gastada bolsa de lona. El joven abrió un pequeño librito, preparado al parecer para un viaje largo. Pensó: ella se llama

Fátima, es profesora de idiomas; él se llama Namdi y es un poeta nigeriano... Pero los ojos se le cerraban y el agotamiento le impidió concentrarse en otra cosa que no fuera el paisaje. Tenía la esperanza de caer en una cama cómoda, de sábanas limpias, en algún hostel barato de Zurich.

Antes de dar paso al campo lombardo, como toda gran ciudad, Milán comenzó a olvidar su encanto y desplegó su desencanto: se transfiguró en almacenes, naves industriales, inmensos silos de cualquier cosa, de no se sabía qué. Luego, por fin, fueron fresnos, cipreses, olivos, jardines de terrazas, carreteras negras, vacas pastando, edificios con techos a dos aguas, campanarios húmedos, inmóviles contra un cielo grato, de nubes bajas. Hasta esa mañana, pensó, nunca había hecho un viaje en tren que implicara dos países. Nunca entendió bien el concepto de frontera y tampoco es que ahora lo entendiera mucho. Siempre había imaginado una muralla interminable, custodiada por banderas y puestos militares, una marca dolorosa en la tierra, una grieta. Y si las fronteras son las cicatrices de la historia, ¿qué sucede con los países que carecen de fronteras? Si la frontera es el mar, ¿cuál es la herida?, ¿cuál es la historia, cuáles las cicatrices de las islas?

Por extravagante que parezca, mirando el paisaje del norte de Italia, recordó un viaje en tren desde La Habana hasta lo que había sido un cafetal francés del siglo XIX, en la Gran Piedra, junto a una aldea llamada El Brujo, próxima a Santiago de Cuba, en la zona más elevada de la isla. Fue en enero de 1962. Él acababa de cumplir quince años. Hacía sólo unos meses que Ernest Hemingway se había disparado con una

escopeta, en su casa de Ketchum, Idaho; él llevaba su tímido homenaje en el bolsillo: *Green Hill of Africa*, en la edición de Scribner's que le había regalado su padre. Una travesía peculiar: no recordaba haber cambiado de paisaje. Hubo montañas, sí, sobre todo al final del viaje, sin embargo, carecían de nieves perpetuas y eran de un verde blancuzco, bajo un sol violento que arruinaba los colores. Los valles también se veían efímeros, semejantes a desfiladeros. Tampoco había castillos, iglesias románicas, puentes sobre ríos profundos, cumbres borrascosas. En su lugar, bohíos, varentierras, paraderos vacíos y cercas de gajos. Durante las veinte horas desde La Habana hasta El Brujo, el tren se abrió paso por entre granjas, arboledas idénticas y palmares que parecían sacados del lienzo de un paisajista vehemente y poco imaginativo. Ningún policía les pidió identificación; no hubo control aduanero: no hacía falta. No se necesitaba pasaporte. El pasaporte era un artículo de lujo y, por tanto, innecesario. A nadie se le ocurría tener pasaporte. Y, aunque pueda parecer paradójico, quienes lo tenían eran considerados elegidos, personas a las que el destino había dedicado un generoso guiño, ya que indicaba algo de sumo valor: cruzarían el mar. Por tierra, en una isla como la suya, no hacía falta pasaporte. El viaje, cualquier viaje, se resumía a dar vueltas y vueltas, incansables vueltas sobre un punto inmóvil. En Cuba, salir y llegar significan lo mismo. Y esa fue la primera revelación de aquel remoto viaje de 1962.

Hasta él mismo se sobresaltó: había hecho una declaración en voz alta, con cierto impulso declamatorio. La chica musulmana, posible profesora de idiomas, lo miró sonriente

y preguntó algo que él no entendió. Con cara de sorpresa, el ceño fruncido, el joven y probable poeta africano alzó una mano y sacudió la cabeza en negación que procuraba dar a entender que no hablaba español. De igual forma, él quiso adoptar una expresión de perplejidad. En su francés inseguro, comentó que estaba cansado. No veo la hora santa de echarme a dormir. Con gesto de comprensión, ella le recomendó, en inglés, que echara una cabezada. El joven habló en francés: él también necesitaba horas de sueño, venía de Brescia, de ver a un hermano que había sufrido un accidente en una fábrica de telas, ya estaba fuera de peligro, gracias a Dios, y, él, Nadir (me llamo Nadir, dijo, o eso fue lo que entendió, parecido a Namdi, No me equivoqué tanto), quería aprovechar ahora para ver a otros hermanos, desperdigados por Europa. La musulmana inclinó la cabeza, con expresión de susto, declaró a su vez, con solemnidad, que se llamaba Kira, que había salido hacía ocho días de la ciudad, Visegrad, en Bosnia, junto al Drina; aspiraba a llegar a París. El joven negro tendió una manaza que él estrechó con emoción inexplicable. Encantado de conoceros, exclamó en italiano. Placer, *piacere*. Mi nombre es Cisco, bueno, no es mi nombre, me dicen así, desde niño, y voy a Zurich aunque ahora mismo ignoro la razón. Kira resolvió que esos eran los mejores viajes, los que carecían de por qué, *a trip without a cause*, dijo. Nadir, a su vez, lo miró sin confusión, comprendía qué justo podía ser eso de viajar a cualquier ciudad del mundo sin propósito concreto, y reveló, con sorna, que él sí sabía a qué iba a Montbeliard (eso fue lo que entendió). Voy ver a otro hermano, el mayor, hace más diez años que no lo veo,

dix ans sans lui voir. Somos siete hijos, agregó, soy el único que *maintenant* vive con los viejos en Senegal. (Pues no, no es un poeta nigeriano). Voy a París en busca de trabajo, observó Kira con turbación, y al instante reconoció que siempre había soñado con París, con caminar por París y vivir en París. Nunca he estado en Bosnia ni en Senegal, nunca he estado en el este de Europa ni en África, admitió él compungido. No creo que haya nada de bosnio en mi país, sí mucho de africano, indudable, mi país es algo africano, ¿sabe? ¿Es usted español?, preguntó Kira. Un poco, no y sí, un poco español y un poco africano, de ultramar. Hizo una pausa, observó a Kira y a Nadir con cara de “hablo en broma”, e hizo una mueca para dar a entender que no hablaba en serio: ¿qué difícil bromear en una lengua que no es la propia! Soy cubano, admitió con reticencia. Suspiró. Siempre que reconocía su nacionalidad, terminaba suspirando. ¿Cubano de Cuba?, preguntó Kira. Estuvo a punto de responder No, cubano de Malasia, pero se contuvo, le pareció un chiste malo y algo grosero. ¿Mar Caribe?, preguntó Nadir. Sí, cubano de Cuba, de la Llave del Nuevo Mundo, Antemural de las Indias Occidentales, Golfo de México, Mar Caribe... Fidel Castro, dijo Kira. Che Guevara, dijo Nadir. Él agregó Y José Lezama Lima, Wifredo Lam, Ernesto Lecuona, Bola de Nieve... Volvió a suspirar, con mayor énfasis. Miró a través de la ventanilla y pensó: ¿cubano de Cuba?, y tú, ¿eres realmente turca de Bosnia?, y tú, ¿senegalés de Senegal? Me gustaría decir Soy cubano de Malasia; estoy seguro de que no suspiraría. Volvió la mirada a los ojos hermosos y negros de Kira y creyó que regresaba de un sueño. Pestañeó varias veces para disipar la

fatiga de los párpados que se negaban a mantenerse abiertos. ¿Y si soy yo quien viene de Visegrad? ¿Y si soy yo quien termina en Senegal? Ahora vivo en Siena, explicó, desde hace dos años; antes viví en Sevilla, hacía una investigación en el Archivo de Indias, cinco años disfrutando del barrio de Triana, justo al lado del Guadalquivir, Sevilla qué linda ciudad, *Sevilla tuvo que ser, con su lunita plateada*, en verano no hay quien resista el calor, justo decirlo, y lo proclamo yo que de calor conozco más de lo que quisiera, Sevilla es Sevilla. También ahora suspiró. También el verano de Visegrad puede ser sofocante, comentó Kira y extrajo un termo de la bolsa de lona y ofreció café. Café turco, bueno, mejor que bueno, el mejor café del mundo, y su voz tenía una agradable nota de dulzura. Bebieron el café en vasitos de papel. En Cuba sólo hace fresco durante los aguaceros, explicó Cisco y, sin transición agregó Maravilloso café, qué razón tienes, sí señor, el café turco de Visegrad. En Senegal el invierno es sofocante, y con eso no hace falta decir más, y, en lugar de suspirar, Nadir lanzó una carcajada potente y el café se derramó sobre su *dashiki* de lino crudo.

Caía (o remontaba) la noche. Aparentaba borrarse la diferencia entre el cielo y la tierra. Las nubes bajaban hasta el campo, lo cubrían de bruma. Aunque no hubiera podido asegurarlo, le pareció que comenzaba a caer una levísima llovizna. Fresnos y cipreses despuntaban por entre las sombras. A ratos se distinguía un muro, una torre. En ocasiones, los cipreses surgían y semejabán torres punzantes entre la niebla de la anochecida. A pesar del cansancio (o provocado por él), recordó que en la Gran Piedra, en el cafetal próximo

a El Brujo, la noche llegaba del mismo modo, las nubes, el cielo mismo bajaba hasta la Tierra y la cubría de humedad, una humedad hermética. Con cada ocaso tenía lugar aquella aniquilación de la realidad. Hasta que los primeros rayos del sol se encargaban de recomponer la apariencia de las personas, los árboles, las cosas. Cierto que, si bien eran las menos, había noches claras, sin nubes ni descendimientos. Momentos de celebración. Adaptadas a vivir entre las nubes, las familias de la Sierra permanecían más tiempo del habitual en los sillones de los portales, dejaba de importarles el tiempo, cantaban, conversaban, se abanicaban hasta las doce de la noche, la una de la mañana, bebían café suave, hacían planes de futuro, miraban el cielo brillante, reconocían constelaciones, las descubrían, las bautizaban, paseaban por calles que la luna transformaba en algo esperanzador.

Sucedió una de esas noches despejadas. La tía Vera, hermana de la madre (en aquellos años una muchacha alta, poderosa, llena de ilusiones), le hizo un guiño, lo llamó con un gesto. Subieron por el atajo hasta las ruinas de lo que hacía muchos años había sido la casa de los dueños del cafetal. Él las había visitado pocas veces; nunca, a esa hora. Creyó que con la noche las piedras, entre las que ahora crecían helechos arborescentes y que habían sido una casa, con cuanto de protector tenía esa palabra, reavivaban el secreto de la vida pasada. En aquel lugar se habían refugiado los franceses que huían de los jacobinos negros. En el monte, los franceses ocultaban su temblor y su miedo. Y, a pesar de ser un adolescente, comprendió qué importante fracaso había significado, al fin y al cabo, aquella

huida. El caserón y, las vidas mismas que pusieron mar de por medio, habían terminado en montón de polvo y piedras viejas, vencidas por una maleza donde se escuchaba el silbido de las sabandijas, se descubría el viso fugaz de los cocuyos, se intuían las mariposas nocturnas, los mosquitos, y se presagiaba el aleteo breve de los sijús plataneros. Dejaron atrás lo que había sido el comedor y la gigantesca cocina. Entre el aroma húmedo de la espesura, aún parecía percibirse el olor del carbón de los fogones. Entre ocujes, palos y jagüeyes, lejos del resto, se alzaba la torre desde donde se divisaba el cafetal y el trabajo de los esclavos. La tía Vera lo hizo pasar con una reverencia de anfitriona satisfecha de su amabilidad. Milagrosamente conservada, la escalera de piedra trepaba torcida, entre escalones concisos. Subieron lentos, como si se propusieran lograr la ingravidez. Ni siquiera se escuchó el sonido de los pasos. En lo alto, en la balconada, los recibió la brisa y un espacio de dos o tres metros que había perdido la mayoría de los balaustres; alguno, todavía fijo, daba idea del quiebre salomónico de la madera y de la supuesta elegancia de los franceses. Cierra los ojos, lo instó la tía. Respira, ordenó, respira fuerte y huele. Por un instante, él supuso que volaba por sobre el cerro. Sintió el aroma del monte. Aspiró el olor de las bestias vivas y muertas, de la tierra empapada. Incluso la amenaza de la lluvia lejana, de las algas, de la sal y del terral que iba y venía del mar. Imaginó también que escuchaba el murmullo de la marea. Con extraordinaria suavidad, la tía lo hizo enfrentarse a cada punto cardinal. Luego le ordenó que abriera los ojos. Él vio la noche. Es decir, comprobó el hondo barranco de la oscuridad

donde se prendía un brillo de galaxias remotas y se adivinaba una negrura insondable. ¿El mar? El Caribe, respondió ella. Sin mirarla supo qué expresión de contento tenía la hermosa cara de la tía. Aguza los ojos, muchacho, hacia allá, hacia el suroeste. No quiso darse prisa. Dejó que la mirada se deslizara lenta por la cerrazón del horizonte, donde habría, botes, chalupas, barcos seguramente silenciosos. Descubrió una luminosidad. No era algo intenso, nada de vigor en aquellas luces, a lo sumo un resplandor, un simple destello, el anuncio de una aurora improbable y las cimas de unas montañas que semejaban nubes. La tía lo abrazó. Ahí tienes, Jamaica, son las Montañas Azules, son las luces de Jamaica.

Se descubrió solo en el compartimento. ¿Desde cuándo el tren estaba detenido? Miró por la ventanilla. Supuso que estaban en una estación. Policías vestidos de negro, o de un verde oscuro, iban de un lado a otro. Sobre uno de los portalones acristalados de la estación leyó: Domodossola. Junto a la puerta abierta del tren, una anciana harapienta, hablando por lo bajo, golpeaba con un gajo de fresno el cristal de la puerta. *Cosa succede?*, preguntó él. *Bombardamenti; siamo in guerra*, respondió la anciana con voz jadeante. Cisco buscó su reloj y se percató de que no lo tenía, debía haberlo dejado en el equipaje. ¿Qué hora es? La anciana lo miró con expresión dolida, se encogió de hombros, o hizo un gesto que equivalía a encogerse de hombros. *Non mi interessa, siamo in guerra, signore*. Él sonrió, captaba la broma, en caso de que lo fuera, por supuesto.

Serían más de las doce de la noche. Hacía frío y la llovizna porfiada rompía la inmóvil neblina que ceñía las luces de las farolas. No se veía ningún viajero. Sólo los policías, de un lado para otro, sin prisa, con la calma y el empaque de quien se cree dueño de alguna autoridad. Sin pensar en sus sesenta y tantos años, Cisco saltó al andén. *Cosa sucede?* El policía ni siquiera se molestó en mirarlo. El tren se había convertido en una línea apagada, con aspecto bestial, un monstruo muerto. A lo lejos se escuchaba el ladrido de un perro. El silencio, no obstante, se extendía desde la oscuridad de la estación hacia la otra oscuridad de los raíles húmedos y mal alumbrados. Se subió el cuello de la americana y sólo por un buen abrigo lamentó haber olvidado el equipaje. Escondió las manos en los bolsillos. Avanzó hacia la puerta de la estación. Le abrió un policía joven, parecía un adolescente disfrazado para una fiesta. Creyó que en lugar de entrar a una sala, salía a la intemperie. Había un ambiente frío, de luces ofensivas. Cuarenta, cincuenta personas se agrupaban en el centro del salón. Miraban a un lado y a otro, con recelo, y hablaban por lo bajo. Otro policía tomaba notas en una carpeta. Localizó a Nadir, era fácil descubrirlo con su enorme estatura, su cara desamparada, sus espejuelos de cristales montados al aire y su *dashiki* de lino crudo. *Cosa sucede?* Nadir abrió los brazos en gesto de desaliento. Cisco se dio cuenta, una vez más, de aquella indefensión de Nadir que no se correspondía con su aspecto poderoso. Kira estaba a su lado. Intentó sonreír y sus ojos grandes la desmintieron. En su comedido inglés explicó que había problemas con los pasaportes, con los visados, con la burocracia policial. *The fucking*

immigration police!, gritó una gorda que parecía filipina. Por instinto, el cubano palpó su documento en el bolsillo interior de la americana; no era un pasaporte cubano, por fortuna, sino un *passaporto*, con la estrella, la rama de roble enlazada con la de olivo, símbolo de la paz y la nobleza de los pueblos. Y no sintió alivio. Tengo hambre, se quejó un hombre de piel aceitunada y turbante blanco. Estamos pagando la culpa de Gavrilo Princip, explicaba un señor de aspecto elegante, intentando ironizar, sin conseguirlo. *Est-il temp de plaisanteries? Is it time for jokes?* ¿Es momento para bromas? Un niño comenzó a llorar. Una voz de mujer lo calmó en castellano. La puerta se abrió. La anciana del bastón gritó con tono teatral: *Siamo in guerra*. Y nadie le hizo caso.

Cisco reconoció que ya no podía más, el cansancio era más fuerte que él, demasiado denso el ambiente de la estación, necesitaba un poco de aire, dijo, salir a la noche, respirar la libertad de la noche de Domodossola y quizá echarse en un rincón, dormir una hora, dos horas, un día entero de ser posible, sin soñar siquiera, un buen letargo que se pareciera a la eternidad. Ahora, para colmo, le dolía la cadera izquierda, como siempre que lloviznaba y había frío, la maldita artrosis, los años, la peor enfermedad. Kira y Nadir rieron, asintieron, estuvieron de acuerdo, con esa indulgencia que muestran los jóvenes hacia las quejas de los mayores. Kira observó que ahora sólo quedaba esperar qué decisión tomarían las autoridades, si podrían seguir viaje, si los obligarían a permanecer allí, si los enviaban a un “centro para inmigrantes”, ese eufemismo que en realidad quería significar otra cosa. *To wait. That's*

the only solution, wait. Esperar. Avec de la patience, on arrive à tout. Salieron al apeadero cuando el reloj marcaba las dos de la mañana. Ningún tren esperaba en los andenes. Las numerosas líneas de hierro se arqueaban y relumbraban inútiles hacia ambos lados de la noche. Lloviznaba con porfiada prudencia. Volvió a escucharse el ladrido inverosímil de un perro y creyeron sentir el grato olor de la leña que ardía. Había seres humanos satisfechos, claro que sí, seres humanos que habían bebido café con leche y dormían o conversaban con las chimeneas prendidas, pensó Cisco, y eso quiere decir que hay dos, tres, cuatro realidades, y nosotros entramos en otro tiempo, en otro modo de la existencia, como si, en una tarde tranquila, hubiéramos decidido atravesar la pantalla de un cine hacia una vieja película de guerra. Se dijo que la situación y el lugar tenían algo de falso y una tranquilidad frágil como una pieza de cristal. Kira se alzó en la punta de los pies; pareció querer alcanzar algo que estuviera en lo alto; preguntó a Cisco si él tenía pasaporte italiano. El cubano respondió que sí. Kira y Nadir lo miraron sorprendidos. ¿Y qué haces aquí? *Que faites-vous ici?* Podías estar en el tren, llegando a Zurich. ¿Qué responder? Alzó las cejas, se encogió de hombros, suspiró, se inclinó en una reverencia que pretendió ser divertida. Por nada, por tener algo que hacer o por darle un sentido a la escena, buscó en los bolsillos de la americana algo que no tenía y que, por supuesto, no encontró. El negro tocó el hombro de Cisco y éste sintió como un corrientazo. También yo, también yo estoy cansado, sí, la verdad, necesito echarme en un rincón y dormir y dormir y dormir, reconoció Nadir. Kira comentó que le encantaría

estar en su casa de Visegrad, desde cuyas ventanas podía ver el Drina. Y dejaron que se organizara un largo silencio. Y fingieron mirar cómo la llovizna atravesaba los haces de luz de las farolas y cubría los rieles con un largo centelleo. El senegalés cantó con agradable voz de tenor: *De l'autre côté des nuages, était un nouveau paysage...* Una joven rubia rubia, de ojos azules y cachetes rojos, les llevó unas mantas del ejército. Mejor que las mantas pareció su sonrisa. Y la frase que acompañó la sonrisa y que ellos no entendieron. Se arroparon gozosos. El joven policía que aparentaba un adolescente disfrazado, emergió de entre las sombras, se quitó la gorra y pareció aún más joven, despreocupado, contento. *Porterò il pane*, anunció antes de desaparecer otra vez entre las puertas de la estación. Se sentaron en el suelo. Alguien (¿un niño?) hacía equilibrio entre los rieles empapados. Kira desajustó el pañuelo blanco y movió la cabeza en una negación que, en rigor, mucho tenía de afirmación: gesto rápido, simple, que pareció descubrir un deseo largamente reprimido y desplegó un plácido olor a limón. La cabellera negra se liberó ondulada, hermosa, cayó sobre sus hombros para embellecerla más. Cisco sintió deseos de pasar el dorso de su mano por aquel pelo tan negro y brillante. Nadir volvió a cantar: ahora había admiración en su voz. El policía reapareció con una bandeja de *cornetti* recién horneados. A sus espaldas, una anciana declaró, en francés, que el tiempo cambiaba sus leyes cuando se saboreaba el primer pan de la madrugada. Comieron sin hablar, sin mirarse, pensaron que el bienestar tenía necesidad de retraimiento, de silencio, de egoísmo. El cierzo frío sesgó aún más la llovizna y

levantó las hojas de un periódico que se desplegaron, dieron vueltas, ascendieron y terminaron por desaparecer. Cisco creyó distinguir algunas cursivas negras, un titular que no entendió, tampoco hacía falta, alguna guerra, claro, un loco que descarga su enajenación en un colegio de Denver, un padre que mata a sus hijos para vengarse de una madre, un bombardeo en Alepo, en Galguduud, algo así, sin duda, el horror cotidiano, los trapos sucios, muy sucios, las habituales miserias al alcance de todos, ese horror de todos los días que lleva a un hombre a dispararse en Ketchum o a clavarse una aguja de artesano en el corazón. ¿Por qué, se dijo Cisco, volvía a pensar en *Green Hill of Africa* o en un gran poeta cubano? Las hojas del periódico se abrieron aún más, planearon, quedaron detenidas un instante antes de descender con pesada ligereza. Cisco vio cómo se precipitaban las hojas inofensivas con las noticias aterradoras. Y en ese instante, hacia el noroeste, en el sitio donde el periódico se había dispersado, se manifestó un resplandor que interrumpía la oscura y antigua cicatriz que debía separar Italia de Suiza. Y no llamó la atención de sus compañeros porque no hizo falta: su mirada fija y su expresión de intranquilidad (¿alegre, aturdida?), hicieron que Kira y Nadir se volvieran intrigados. Olvidados del cansancio, se pusieron de pie. Avanzaron hacia el borde del andén. Nadir abrió la boca y nada dijo. Kira, tan hermosa con su pelo suelto, alzó la mano; no se supo (tampoco importó) si esbozaba un gesto de adiós o de acogida. Inmóviles, sin decir palabra, cerraron los ojos, como si temieran que la más mínima torpeza apagara las luces de aquella ciudad, aquel país (¿Jamaica?) tras el macizo de montañas.

A SOLAS CON MAGALLANES

ABU DUJANAH

Abu Dujanah es el nombre islámico de Niovel Alexander Tamayo Formen (Manzanillo 1984). Escritor, poeta, crítico, periodista. Coordinó el grupo artístico-literario Kbzapiñón entre 2005 y 2011. En el año 2011 fue primer lugar de Narrativa en los Terceros Juegos Florales de Siboney. En el 2012 ganó el primer premio del concurso “La casa del trompo”. Parte de su obra aparece en revistas y antologías. En la actualidad coordina, junto al escritor y fotógrafo Ariel Maceo Téllez, el grupo artístico-literario Demóngeles.

Nos mudamos para el barrio chino porque no teníamos donde vivir. Por un tiempo habíamos estado en la casa de mi madre y luego en la casa de la madre de Mona, pero mi madre y Mona no lograron entenderse y la madre de Mona no me soportaba. Por suerte el padre de Mona vivía en la casa de su mujer y nos prestó aquel apartamento con la condición de que no tocáramos sus libros ni para quitarles el polvo.

La verdad era que yo no tenía ningún interés en salir de la casa de mi madre, sobre todo porque me quedaba a cinco cuadras de la Facultad de Filología donde aún trabajaba, pero Mona me convenció con el argumento de que por fin íbamos a poder hacer vida de casados, y que, además, Centro Habana era un buen lugar para nutrir mi literatura; pero lo que de verdad me convenció fue Magallanes, un viejito alegre que se pasaba todo el tiempo hablando de cosas insólitas en las que siempre era el protagonista.

Una tarde que regresaba de la universidad, con tremendo dolor de cabeza por falta de caféina, Magallanes estaba sentado en un taburete en la puerta de su casa contemplando el paisaje.

—Te veo mal —me dijo.

—Si me hubieras hecho caso ya tendrías espejuelos nuevos.

—No. Que te veo cansado quise decir.

—¡Ah! Un poco.

—¿Cómo estuvo la pincha hoy?

—Normal, lo de siempre. Lo que pasa es que se me olvido llevarme el café y tengo la cabeza que se me quiere reventar.

—Sí, yo sé bien lo que es eso. Recuerdo aquella misión en Colombia donde se nos acabaron los víveres y no encontrábamos la comandancia de Tirofijo. Estuvimos una semana comiendo hojas y raíces, y yo escapé porque al segundo día nos cruzamos con un cafetal, y estuve masticando semillas de café hasta que dimos con el campamento de las FARC. Pero ese cuento te lo hago otro día.

Con Magallanes la cosa era así. A veces te hacía el cuento completo y otras veces no, pero yo siempre trataba de mantenerme en silencio para no perderme nada por muy inverosímil que me pareciera, aunque a veces se me hacía muy difícil y terminaba riéndome en su cara.

—Mira, si consigues azúcar podemos montar la cafetera —me dijo—, aún me queda un poco del café que me regaló tu mujer.

—No te preocupes, ahora yo hago un poco y te traigo.

—De eso nada, tú trae el azúcar que yo voy montando la cafetera.

—Bueno, dame un minuto y regreso —dije y me fui.

Revolví la casa buscando alguna pastilla para el dolor de cabeza pero no encontré nada. Agarré un pomo de cristal y lo llené de azúcar. Cuando regresé Magallanes estaba sentado en su taburete y seguía con la vista las nalgas de una mulata que empujaba un carrito de granizados.

—Siempre arriba de la carne —le dije con una sonrisa.

—¿Quieres un granizado?

—¿Usted quiere uno?

—Yo lo que quiero es llamar a la mulata.

—Magallanes, ¿qué edad usted tiene?

—¡Yo todavía soy un tronco, no te creas!

—¡No, si yo no digo nada!

—Mira, ayer me llegó el dinero que manda mi nieta y lo primero que hice fue llamar a mi amiguita Yeney. ¡Tremenda hembra esa!

—¡Candela, me imagino!

—¿Tú conoces a Yeney?

—No. Nunca la he visto.

—Bueno, ya me dirás cuando la veas.

El olor a café recién hecho llegó hasta nosotros.

—Dame el azúcar y entra que ya eso está —dijo y agarró el pomo.

—Quédate con la otra.

—¡Y pensar que en algún momento este país fue el mayor productor de azúcar del mundo! —dijo mientras caminaba hacia la cocina.

—Y si no lo fue, por lo menos estaba en la pelea.

—Antes del 59 fuimos los mejores y los primeros en muchas cosas —gritó desde la cocina—, éramos la cuarta economía de Latinoamérica.

Me senté en el sofá porque la única butaca que había era la cama del gato y estaba llena de pelos. El gato era un bengala atigrado al que Mona le puso Bukowski, básicamente porque a ella no le gustaban los gatos ni el realismo sucio; pero Mona

intentaba hacerme creer que el nombre se debía a que aquel animal era idéntico al escritor norteamericano.

Magallanes era una especie de tanque pensante. Con él podía hablar sobre cualquier tema, era un tremendo estadista y además siempre tenía alguna historia extraordinaria para contarme. Por ejemplo, y esta me gusta bastante, según él su nieta pudo salir de Cuba gracias a un reloj de pulsera que le había regalado Nikita Jrushchov en el año 59. En los primeros meses de la revolución Fidel había creado el comando élite de destino especial con Magallanes al frente, y la primera misión que le asignó fue la de entrar en el Kremlin, informarle a Jrushchov su resolución de que en el transcurso de dos años Cuba sería una república socialista, y regresar sin que nadie lo detectara; luego, cuando la Invasión de Bahía de Cochinos, le ordenó que preparara la zona por donde iba a ser la cosa para cuando él llegara, y mientras Magallanes se disponía a hacer el primero de los huecos para apostar a los francotiradores, decidió quitarse el reloj y colgarlo en un gajo de mangle, pero en ese momento el enemigo abrió fuego sobre ellos y tuvieron que retirarse a toda velocidad sin poder recoger el reloj. Inmediatamente después de que el enemigo fue derrotado, regresó a buscar el reloj pero no lo encontró. Más de 30 años después, en pleno periodo especial y a punto de retirarse, Fidel le asignó la misión de supervisar el trabajo de los carboneros en el sur de Matanzas y dio la casualidad que un día, mientras ayudaba a cortar mangle para armar un horno, escuchó un tic tac que le recordó a su reloj. Desesperado, le ordenó a todos que detuvieran el trabajo, y guiado por el sonido encontró el reloj en el mismo lugar donde

lo había dejado; luego, en el año 2000, un jefe de la mafia rusa que había conocido en Londres vino a comprárselo. Fue en ese momento cuando supo que aquel era uno de cien relojes atómicos que los soviéticos le habían regalado a superagentes de distintos países para tenerlos detectados en todo momento. El mafioso ruso le dijo que necesitaba el reloj para salvarle la vida al hijo de su hermano, que se encontraba en coma. Y Magallanes se lo dio a cambio de que sacara a su nieta para los Estados Unidos.

—¡Con espumita y to! ¡No te puedes quejar! —me dijo de regreso a la sala.

—¿Le echaste agua al mío?

—Se me olvidó. Espérate, ahora vuelvo.

—Tranquilo, no hace falta —dije y me levanté—, yo me lo tomo así mismo —y agarré mi taza.

Magallanes arrastró el taburete y cerró la puerta.

—Siempre se me olvida —dijo y se sentó.

Lo del café con agua es porque no soporto nada caliente, pero me dolía tanto la cabeza que no podía esperar. Me lo tomé de un trago.

—Si quieres puedes coger más. Lo dejé en la cafetera.

—Sí, voy a echarme otro poco.

Caminé hasta la cocina.

—Y junto al refrigerador hay un pomo con agua. Ahórrala que es la única que queda.

Me serví un poco de café con la misma cantidad de agua y lo bajé de un trago. Cuando regresé Magallanes estaba tratando

de encender un cigarro pero los fósforos perdían la cabeza. Saqué mi fosforera y se la di.

—Quédate con ella —le dije y me senté—, cuéntame algo.

—¿Y tú no estabas dejando de fumar? —me preguntó y le dio candela al cigarro.

—Sí, estoy en eso. Pero ando con la fosforera por si tengo una recaída.

—Hablando de ahorrar agua, te voy a contar sobre la última vez que vi al comandante en persona —dijo y soltó un chorro de humo.

—Deja, no hace falta. ¿Viste el partido de Argentina?

—Sí, lo vi. ¡Tremenda basura! Pero escúchame, que esto que te voy a contar está bueno y a lo mejor te sirve para una de tus novelas.

—¿Pero tiene que ser sobre Fidel?

—Tú escúchame y luego me dices.

—Está bien, pero quiero más café.

—Dale, sírvete todo el que queda y ven pa acá.

Quedaba una taza de café, le eché un poco de agua y volví a mi lugar en el sofá.

—Déjame preguntarte, ¿terminaste por fin el cuento de los militares y el científico?

—Hace como dos días. Más tarde bajo con la laptop y te lo leo.

—¿Y le cambiaste por fin el título? —dijo y le dio una chupada al cigarro.

—Sí, le puse como me dijiste. Me parece un buen título.

—A mí me hubiese gustado ser escritor —se quitó una hebra de picadura del labio inferior y soltó el humo, despacio.

—Todavía estás a tiempo, y buenas historias son las que se te sobran.

—No lo creo. Alcánzame el cenicero —me dijo señalándome una lata de leche condensada que tenía sobre una mesita junto al sofá— mejor yo te hago los cuentos y cuando tú los escribas me los dedicas y ya.

—Jajá. Creo que vas a ser un personaje en lo próximo que escriba —dije mientras le alcanzaba el cenicero.

—Para mí va a ser todo un honor. Ahora déjame hacerte el cuento sobre el comandante —le dio un golpecito al cigarro para tumbarle la ceniza.

—¡Bueno, qué remedio me queda! —dije y me tomé el café. Puse la tasa sobre la mesita junto al sofá.

—Era el 5 de agosto de 1994.

—¡El día del maleconazo!

—Exactamente. Aquel era un día como otro cualquiera, quitando que no teníamos electricidad, ni comida, ni agua.

—Sí, yo sé. Yo tenía como 8 o 9 años, pero me acuerdo bien de todo.

—Bueno —hizo una pausa para darle la última chupada al cigarro y lo apagó contra la latacenicero mientras soltaba el humo—, déjame hacerte el cuento.

—Está bien, pero si te coge la gente de mi grupo te fusila, ese cigarro todavía está entero.

—Pero no me lo puedo fumar. Está malo.

—Sí, últimamente está pasando eso con los cigarros.

—Bueno, la cosa es que yo estaba ese día preparándome para ir a Güines a buscar un saco de plátanos para hacer picadillo. ¿Tú llegaste a comer picadillo de plátano?

—Yo he comido de todo. Jajá. ¡Y ahora le dicen picadillo de proteína vegetal!

—Tú te ríes, pero en aquella época eso era lo más parecido a la carne.

—¡El verdadero realismo socialista!

—Bueno, estaba por salir cuando tocaron a la puerta. Ya la gente llevaba más de dos horas protestando en la calle y muchos habían bajado para el Malecón.

—Y comenzaron a romper las vidrieras y a robárselo todo.

—No. A la hora que yo te digo aún no habían comenzado a robar, sobre todo porque la policía tenía órdenes de no intervenir hasta ver qué hacía el pueblo. La gente estaba protestando por culpa de la diarrea asesina.

—¿La diarrea asesina?

—Sí, un virus que si te cogía te ponía a mear por el culo, y con peligro para la vida.

—¿Pero la protesta no era porque Fidel había mandado a detener cuatro embarcaciones que se iban para los Estados Unidos?

—Esa fue la noticia oficial. La verdad era que la gente estaba asustada porque pensaban que la diarrea asesina era una especie de cólera y el gobierno no estaba haciendo nada para eliminarla.

—¡Mira tú! ¡Primera vez que escucho eso!

—Pero así mismo fue. Y lo que te estaba diciendo, era que la policía tenía orden de no hacer nada hasta saber qué quería hacer la gente, y como no se decidían si tumbar el gobierno o no, el comandante mandó a dispersar la manifestación y ahí sí fue cuando la cosa se puso fea. Pero si se hubiesen decido por tumbar el gobierno, la orden era meterle los tanques y la infantería del ejército occidental, como pasó con los chinos en la plaza Tian'anmen, en el 89.

—¡Una verdadera masacre!

—Bueno, volviendo al cuento. Como yo no esperaba a nadie, agarré mi bicicleta y fui a abrir, listo pa despachar a quien fuera y partir para Güines. La libra de picadillo costaba 20 pesos y quien tuviera esos 20 pesos era rico.

—¿Y tú ibas hasta Güines en bicicleta?

—En aquel tiempo yo había acabado de retirarme y estaba en perfecta forma. Imagínate que mi entrenamiento consistía básicamente en correr cincuenta kilómetros un día sí y otro no. Y bueno, yo tenía una bicicleta china, nuevecita, que me había ganado haciendo carbón en la Ciénaga de Zapata. Y esa bicicleta, a pesar de ser china, no tenía nada que envidiarle a una de carrera.

—¡Qué casualidad! Horita mismo estaba pensando en la Ciénaga de Zapata.

—La cosa era que en aquella época el transporte estaba malísimo y yo me iba en la bicicleta para cualquier parte. Bueno, déjame seguir con el cuento.

—Dale, no te interrumpo más.

—Abrí la puerta y ahí estaban tres blancos bigotuos que por el uniforme supe al momento que eran de la seguridad personal, además, andaban en uno de los carros del comandante, un GAZ-69. ¡Que por aquellos años el comandante aún se daba de comunista! En cuanto me vieron se pusieron firmes e hicieron el saludo militar. ¿Usted es Victoriano Magallanes?, me preguntó el que estaba al frente del grupo, un teniente flaco y alto al que nosotros en mi comando llamábamos La sombra, porque nunca se despegaba del comandante.

—¿Pero usted no se llama Santiago? —le dije.

—No. Alguna gente me dice Santiago porque soy de Santiago de Cuba.

—¿Pero usted no es de Holguín? ¡Yo creía que usted era de Holguín!

—Lo que pasó fue que unos meses después de que yo naciera mi padre consiguió trabajo como capataz en Holguín, y por eso nos mudamos para allá.

—¡Para la finca de los Castro!

—Así mismo. Pero déjame seguir con el cuento.

—A mí me gustaría que algún día habláramos más sobre cómo fue su vida en la finca de los Castro.

—Está bien. Otro día hablamos sobre eso. Te decía que La sombra me había preguntado que si yo era yo. Pensé en decirle que no, que yo era mi hermano gemelo y que Victoriano se había ido para Güines, pero no me dieron tiempo. La revolución necesita su casa, me dijo La sombra. ¿La revolución necesita mi casa?, pregunté, pero ninguno me contestó. Descargaron tres sacos y entraron hasta la cocina como si conocieran la

casa. Pero claro, tenían que conocerla. Parte del trabajo de ellos consiste en eso. Un saco de arroz, un saco de viandas, y el otro es de carne de res, me dijo La sombra, pero acuérdense que la carne de res tranca, y que en este barrio hay demasiados chivatientes. Y cuando me dijo eso ni se rió ni me hizo ninguna seña. ¡Imagínate como estaba yo con aquellos tres sacos en la cocina! Sobre todo con el saco de carne.

—¡Me imagino!

—¡Hacía como cinco años que no veía tanta carne junta! Pero con más de treinta años de servicio es imposible que alguien pueda detectarme, por eso insistí en mi pregunta: ¿Para qué la revolución necesita mi casa? Pero siguieron sin contestarme. En casos como este el procedimiento es hacerse con el control de la situación, y una de las primeras cosas que tienen que lograr es convencerte de que solo ellos hacen las preguntas. ¿Cómo son las condiciones de su baño?, me dijo La sombra. ¿Podemos pasar a ver? Y sin darme tiempo para dar una respuesta, uno de los otros dos se metió en el baño. ¿Pero me pueden acabar de decir para qué a la revolución le hace falta mi casa?, insistí. Fue por gusto. Magallanes, necesitamos que se ajuste al protocolo, me dijo La sombra. Y como acabo de decirte, el protocolo es que solo ellos hacen las preguntas. El que había ido para el baño regresó y le hizo la seña a La sombra de que todo estaba bien. Entonces me puse firme. Si la cosa era de ajustarse al protocolo, supuse que ellos debían saber quién era yo. Hice el saludo militar y les dije, con voz de mando: ¡Firmes! Y los tres respondieron a mi orden sin titubear. Yo soy el militar con mayor grado en esta casa, soy el único

General de Cuerpo élite que ha tenido la revolución, héroe de la república, veterano de siete guerras, tengo 789 misiones de primer grado y le he salvado el culo a los dirigentes del país en más de mil ocasiones, pero en lugar de culo dije... la vida, solo por el tema del protocolo. Y de los 638 intentos de atentados que prepararon contra el comandante, continué diciéndoles, yo evité 501, así que ustedes son los que tienen que ajustarse al protocolo. Permiso para hablar, me dijo La sombra. Permiso concedido, le dije. Las órdenes se cumplen y luego se discuten, y la orden que se me dio fue que viniera a informarle que la revolución necesitaba su casa, y más específicamente, su baño.

—¡Imagínate tú! ¡A mí, que conozco bien todo lo que se ha hecho en nombre de la revolución, decirme que la revolución necesitaba mi casa!

—Yo no les doy ni los buenos días.

—Bueno, La sombra le hizo una seña al que había entrado en mi baño y el hombre salió prácticamente corriendo. Sería conveniente que nos sentáramos, me dijo La sombra. Se me hizo claro que algún pez gordo iba a entrar por esa puerta. Tranqué la cara, acomodé la butaca de frente a la puerta y me senté. ¿Usted tiene algún inconveniente en que la revolución necesite su baño? Inconveniente ninguno, le dije, pero me gustaría saber para qué lo necesitan. Lo digo porque si van a hacer el dos, aquí hace cuatro días que no entra el agua y lo normal es que no la pongan hasta pasado mañana, y además, tampoco tengo papel. La sombra me hizo señas de que hablara más bajo y de que no me preocupara. Pero si es el uno no hay problema, continué diciéndole, pero en un tono más bajo,

porque pueden hacerlo en el lavamanos. Eso con un vaso de agua se resuelve. Pero ya te digo, si es el dos tienen que darme un chance para salir a buscar una jabita de nailon. En ese momento la puerta se abrió y entró el bigotuo que había salido, y más atrás entró el comandante. El comandante estaba pálido...

—¿Fidel? —pregunté.

—Sí.

—¿Fidel Fidel?

—Sí. El comandante. Te dije que te iba a hablar sobre la última vez que nos vimos.

—Ya.

—Te estaba diciendo que entró el comandante, y estaba pálido, sudoroso. En mi vida nunca lo había visto así, y daba brinquitos como si fuera un pollo amarrado por el culo.

—¿Se estaba cagando?

—Pero déjame hacerte el cuento.

—¿Pero se estaba cagando?

—¡Sí compadre!, pero déjame hacerte el cuento.

—Está bien. ¡Candela! ¡Fidel cagándose el día del maleconazo!

—¿Qué tiene? ¿Acaso el comandante no es un ser humano?

—Nada, que esto está pa escribir un cuento.

—Claro, pa eso te lo estoy contando.

—Me gustó eso de que daba brinquitos como si fuera un pollo amarrado por el culo. ¡Así mismo lo voy a escribir!

—Pero acuérdate de dedicarme lo que escribas.

—Eso es lo primero que voy a hacer.

—Bueno, déjame seguir.

—Sí sí, claro. Sígueme contando. Ahora sí se puso bueno.

—Mira, aquí pasa algo muy interesante. ¿Tú sabes que en los años setenta nosotros inventamos el agua deshidratada?

—¡Viejo! —estuve a punto de reírme, pero me controlé—
¿Agua deshidratada?

—¿Qué tiene? Sí, agua deshidratada. Y diez años después inventamos el agua en polvo.

—¡Viejo afloja! ¡Ahora sí!

—¡Eso es lo que siempre me pasa contigo!

—¡Pero viejo, eso está duro!

—¿Y qué tú quieres que haga? Tanto el agua deshidratada como el agua en polvo las inventamos para resolver el problema del abastecimiento de agua en las ciudades.

—¿Y ahora me vas a decir que las dos son ideas de Fidel?

—¡Para nada! No sé a quiénes se les ocurrió, pero sí sé que no fueron ideas del comandante. Y te estaba diciendo que la cosa era que el comandante estaba apurado. Me saludó en taíno clásico y me dijo que necesitaba que le prestara el baño.

—¿Fidel habla taíno? ¡No jodas!

—¿Qué?

—Nada. Eso. Que si Fidel habla taíno...

—¡Ah! Sí. Taíno clásico. Que no es igual que el taíno siboney. Ese sí lo habla bien. El taíno clásico no. Con el taíno clásico tiene problema con la sintaxis.

—Jajá. El problema de los taxis es viejo. Desde antes de la revolución venimos arrastrando con eso.

Magallanes trancó la cara.

—Sin, taxis —le dije.

—Yo entendí. Pero si me sigues interrumpiendo vamos a estar todo el día en esto, y yo tengo cosas que hacer.

—¡Tranquilo! Si quieres vuelvo más tarde o mañana.

—Lo que quiero es que me dejes terminarte el cuento.

—Ok. Ahora sí no te interrumpo más.

—Lo dudo. Me vas a seguir interrumpiendo hasta que termine.

—No, en serio. Ya no te interrumpo más. Espérese espérese, otra pregunta y ya. ¿Y usted también habla taíno?

—Jajá. ¿Qué te dije?

—Ok, pero después de esa ya no te interrumpo más.

—Déjame decirte. Yo hablo 24 idiomas, 16 lenguas muertas y 40 dialectos, y de los 24 idiomas, hablo la lengua de señas de 20.

—¡No te creo!

—¿Cómo?

—No, este... quise decir que es algo impresionante.

—Sí, yo lo sé. Pero yo he conocido a algunos que hablan hasta 80 idiomas. Eso sí es impresionante.

—Do you speak English?

—¡Y sigues preguntando! ¿No te dije?

—El que más pregunta aprende más. Eso es algo que usted siempre me dice.

—Es verdad.

—Entonces... Do you speak English?

—Perfect!

—Et Français?

—Parfait aussi. Déjame decirte que tienes que mejorar el sonido de la ere.

—Lo sé. Con el árabe me pasa lo mismo. ¿También hablas árabe?

—Piensa un poco. ¿Tú crees que siendo el árabe el octavo idioma más hablado en el mundo, y siendo yo el mejor superagente de Cuba, no voy a hablar árabe?

—No sé. Por eso es que pregunto.

—Mira. Yo hablo árabe, hebreo, maltés, arameo, acadio y otras lenguas semíticas como el amárico y el tigríña. ¿Podemos seguir con el cuento?

—Sin ningún problema.

—Bueno —dijo Magallanes, agarró un cigarro y lo encendió—, el comandante estaba apurao. Me saludó y me dijo que necesitaba que le prestara el baño, pero no me dio tiempo a contestarle. El bigotuo que lo acompañaba le entregó la mochila, y le indicó dónde estaba el baño.

—¿La mochila? ¿Qué mochila?

Magallanes se me quedó mirando. Supongo que pensó que yo había estado entretenido y por eso no me acordaba de la mochila. Recuerdo que en ese momento creí que me iba a soltar un disparate, pero dijo:

—¡La mochila rosada con bolitas blancas! —y le dio una chupada al cigarro.

No pude evitar decirle:

—¡Ah! ¡Esa mochila!

—Bueno, el comandante se metió en el baño prácticamente corriendo —dijo mientras soltaba el humo— ¡Qué malos están estos cigarros!

—Pero déjame aclararle, que usted en ningún momento me habló de ninguna mochila.

Magallanes apagó el cigarro contra el cenicero y lo siguió escachando hasta que lo desbarató.

—Charly, yo creo que es mejor que vuelvas otro día —me dijo— ¡yo estoy muy viejo pa esto!

—Magallanes, discúlpeme. No lo puedo evitar. Usted sabe que yo tengo dislexia.

—Yo sé que tú tienes ese problema de la dislexia, pero es que ya los otros días me hiciste lo mismo con el cuento del carro, y hace como dos semanas con el cuento de los puercos ¡yo estoy muy viejo pa esto!

Lo que me pasaba con Magallanes es que él era lo más parecido al Juan Candela de Onelio Jorge Cardoso. Muchas de sus historias eran extremadamente exageradas y, aunque él las contaba con toda la seriedad posible, había ocasiones en que se me hacía difícil tomarlo en serio. Por ejemplo: En 1980 Deng Xiaoping le regaló un carro que funcionaba con agua. El motor tenía una serie de obturadores que dividían la molécula de agua para usar el hidrógeno y el oxígeno como combustibles y, en teoría, aquel carro era capaz de alcanzar la velocidad de la luz. Si quitamos esto último el cuento es tragable, pero Magallanes lo complicó diciendo que el único problema era que aún no habían inventado las luces para ese tipo de carro. Según Magallanes, nunca pudo llevar el carro

hasta su máxima velocidad de noche, porque iba tan rápido que las luces delanteras se quedaban atrás, y tenía que estar disminuyendo constantemente para que lo alcanzaran. Y como es fácil de comprender, con un cuento como ese terminé riéndome de él en su cara.

—Hábleme de la mochila —le dije— rosada y con bolitas blancas. ¿Para qué era la mochila? ¿Qué había en la mochila?

—No, la mochila no era nada. La mochila del comandante era para lo mismo que la tuya. ¿Para qué son las mochilas? Lo que se decía era que él tenía en esa mochila una serie de cosas de las que no podía separarse, pero yo en realidad nunca supe qué cosas eran. Yo me imagino que además tenía cepillo de diente, desodorante, jabón y cosas como esas.

—Ya entiendo.

—Bueno. El comandante se metió en el baño y al momento comenzó a tirarse unos peos que estremecieron la casa.

—¡No me jodas!

—Fíjate si estaban fuertes, que la pintura de las paredes y el techo comenzó a descascararse.

—Jajá. ¡Candela!

—¡Así mismo! Y entonces La sombra me invitó a que saliéramos a comernos una pizza, pero como en aquel tiempo la gente inventaba con cualquier cosa, le dije que no tenía hambre.

—Yo estoy cansado de oír a la gente diciendo que, como en aquella época no había queso, a las pizzas les echaban preservativos.

—¡Así mismo! Pero sin dudas la idea de La sombra era sacarme de la casa para que no siguiera escuchando los estentóreos del comandante. Pero además, como estaba la cosa, pa lo que menos estaba la gente era pa vender pizzas.

—¿Los estentóreos?

—¡Sí, los estentóreos! ¿Qué tiene?

—No sé. Nada. Pero... es que creo que esa palabra no se usa así. Además de que nadie la usa.

—Eso pasa porque la gente cada día tiene menos cultura.

—Eso es verdad.

—Déjame decirte que una de las estrategias para instaurar el Nuevo orden mundial es esa.

—¿El Nuevo orden mundial?

—¡Sí, el Nuevo orden mundial!

—Ya sé. Esa es la teoría de Lenin sobre la revolución mundial.

—Para nada. Te explico. El Nuevo orden mundial es el nombre de un plan de dominación que los judíos vienen implementando hace más de mil años.

—¿Los judíos? ¿Mil años?

—¡Exactamente!

—¿Y por qué es que yo nunca he oído hablar de eso?

—Eso no puedo saberlo. Lo que sí sé es que aquí se trata de evitar el tema porque no conviene. Sobre todo porque si la gente se pone a investigar van a terminar descubriendo que el gobierno de Cuba es uno de los principales bastiones del Nuevo orden mundial.

—Bueno, eso sí puede ser posible. El gobierno de aquí se va pa donde sopla el aire.

—Pero ya verás que dentro de unos años, cuando comience la reforma del sistema cubano, va a ser inevitable que todos hablen de él.

—A ver si te entiendo. ¿Lo que me estás queriendo decir es que los judíos quieren controlar el mundo? ¿Y que además los comunistas los apoyan?

—Lo primero es que ya los judíos controlan el mundo. Y lo segundo es que los judíos inventaron el comunismo como parte del Nuevo orden mundial.

—Sígueme haciendo el cuento sobre Fidel.

—Si quieres darme por loco no importa, pero luego cuando se te ocurra escribir algo no vengas corriendo a pedirme que te explique de qué va la cosa.

—¡Pero viejo! ¿Cómo usted quiere que le crea que cinco millones de judíos gobiernan el planeta y que además inventaron el comunismo?

—Lo primero es que los judíos son casi 12 millones.

—¿12 millones? Usted querrá decir dos semillones ¿no? jajá. Dos semillas grandes.

Magallanes trancó la cara.

—Mejor seguimos con el cuento —le dije.

—Creo que es mejor. Pero ahora me perdí. ¿Por dónde era que iba?

—Me estabas diciendo que los peos que se estaba tirando Fidel eran tan fuertes que estaban descarando la pintura, y que

la sombra te invitó a comer pizza pa sacarte de la casa y que no siguieras escuchando los regüeldos de Fidel.

—Así mismo. Los regüeldos, las ventosidades, las flatulencias. Aquello era tan fuerte que yo me dije: ¡eso solo puede ser la diarrea asesina!

—De eso era de lo que me estabas hablando horita.

—Exactamente. Por aquella época estaba ese virus dando vueltas, y si te cogía te pasabas hasta tres semanas con diarrea. La gente prácticamente hacía su vida diaria en el baño. Esto nunca se hizo oficial porque era difícil de creer, pero la diarrea asesina fue uno de los factores que provocó el llamado periodo especial. Imagínate, la gente dejó de ir al trabajo por miedo a cagarse en la calle, las producciones decayeron, el país dejó de ganar divisas y todo se fue a la mierda.

—Nunca mejor dicho.

—En ese tiempo el comandante aún se las daba de comunista, y como parte de su personaje se aparecía de sorpresa en cualquier comedor obrero a la hora del almuerzo y se sentaba a comer con los trabajadores. Pero aquello era por la mañana, por eso supuse que la diarrea debía ser por culpa de otra cosa.

—Pero la diarrea la podía tener desde el día anterior.

—El comandante es alérgico a los mariscos, pero eso nunca le ha impedido tomarse en el desayuno un batido de ojos de langosta. El ojo de langosta es lo mejor que hay para la inteligencia y, como él tiene complejo con su coeficiente intelectual, se decía que siempre que la cosa se ponía mala en el país los nervios lo hacían tomarse hasta cinco batidos en el

desayuno, pero después se pasaba todo el día tomando batido de ojos de langosta en lugar de agua.

—Ni idea tenía que el ojo de langosta era bueno para la inteligencia.

—Eso es algo que descubrieron los médicos de un faraón que se llamaba Narmer, que me parece que fue el fundador de la primera dinastía, pero ahora no recuerdo bien. Luego te doy el dato.

—¡Mira pa eso! Déjame hacerte una pregunta.

—Dime.

—¿Esa puede ser la razón por la cual el gobierno le prohíbe al pueblo comer langosta?

—Diste en el clavo. Y no solo la langosta, también todo aquello que pueda extraerse del mar y sirva como alimento, y si no, ¿cómo se explica que en un país como este, rodeado de mar, no haya pescao?

—Con eso namá ya se puede hacer un buen cuento.

—¿Tú conoces a Enrique Serpa?

—Sí, claro. Para mí Enrique Serpa es el mejor narrador que ha dado Cuba, después de mí, por supuesto. Jajá.

—Con toda la humildad y la modestia que no te caracterizan.

—Así mismo.

—Enrique Serpa tiene un cuento sobre este mismo tema.

—¡Aletas de tiburón!

—Aletas de tiburón. Eso es para que veas que el problema del mar y la inteligencia es algo que este gobierno heredó de la república.

—Este gobierno heredó muchas cosas de la república, sobre todo las cosas malas.

—Lo que te estoy diciendo es que Cuba lleva formando parte del Nuevo orden mundial desde que se fundó la república.

—Otro día hablamos sobre el Nuevo orden mundial. Ya ese tema me interesa. Ahora termíname el cuento sobre Fidel que tengo tremenda hambre y quiero ver si salgo a comer algo.

—Aquello fue rápido. De pronto la puerta del baño se abrió y el comandante salió como si nada. Los bigotuos se pusieron de pie, uno corrió a abrir la puerta de la casa y los cuatro se fueron sin despedirse. Luego La sombra regresó y me dijo: Alejandro me mandó a decirte que te comuniques con Katusca, para que manden una brigada que venga a repararte la casa. Pero nunca la llamé. Yo soy un patriota y nunca me ha gustado vivir a costilla del pueblo.

—¿Alejandro es Fidel?

—Todo lo que tengo me lo he ganado con mi propio esfuerzo. ¡Ah! Sí, Alejandro es el comandante. Ese es su segundo nombre.

—¿Y quién es Katusca?

—¿Katusca?

—Sí.

—Ah, Katusca es una especie de secretaria.

—Claro.

—Mira. Yo te estaba diciendo que creía que el hombre tenía diarrea, pero cuando entré al baño de diarrea nada. Aquello era un voleibolista soviético con complejo de luchador de sumo.

—¿El mojón?

—¡Así de este tamaño! —dijo Magallanes y levantó las manos separándolas unos 30 centímetros— ¡Y con tremenda peste!

—¡Candela!

—Así mismo. Pero ahí no terminó la cosa.

—¿Regresó?

—No. ¡Por suerte! Pero mira lo que hice. Lo primero que se me ocurrió fue darle con un palo hasta desbaratarlo.

—Viejo, me tengo que ir. Tengo tremenda hambre y además no se me quita el dolor de cabeza.

—Dame un minuto y ya. Un cubo de agua valía 20 pesos y aquel animal por lo menos me iba a costar 40 o 60 pesos. Es verdad que cuando vendiera el saco de carne iba a sacar más de 4000 pesos, pero en ese momento no tenía ni un quilo prieto partido por la mitad. La cosa estaba fea. Entonces se me ocurrió meter al animal aquel en una jaba de nailon.

—Todavía hoy hay gente que tiene que hacer eso.

—No. Lo que se me ocurrió fue guardarlo para el futuro.

—¿Qué?

—A ver, dime tú. ¿Cuánto tú crees que pueda estar costando en este momento un mojón del comandante?

—¡Coño viejo! ¡Qué asco!

Por suerte en ese momento comenzó a sonar el teléfono.

—¡Miles de dólares! —dijo Magallanes.

Le clavé la vista al teléfono para que dejara de hablar y lo atendiera.

—O tal vez cientos de miles.

—Viejo, coja el teléfono que a lo mejor es importante.

—¡Y me imagino que cuando el comandante la pame, puede costar hasta un millón!

—Viejo, me piro —dije y me puse de pie.

—Espérate un momento.

—Me piro que tengo hambre y la cabeza se me quiere partir.

—Espérate que aún no te he contado lo mejor —dijo y descolgó el teléfono—: Buenas tardes —guardó silencio para escuchar a su interlocutor y me hizo seña de que me esperara un momento; luego me dijo—: es Yeney. Viene para acá —se despidió y colgó el teléfono.

—Viejo, de verdad que tengo que irme.

—Espérate pa que conozcas a Yeney.

—Otro día.

—Bueno, como tú quieras. Pero aún no te he contado lo mejor. Yo sé que a mucha gente le cuesta trabajo creer las cosas que me han pasado, pero en este caso tengo la evidencia.

—¿La evidencia?

—¡Sí, la evidencia! Espérate, voy a aprovechar que el gato no está y voy a buscarlo. El gato no puede verlo. Siempre que lo saco para enseñárselo a alguien me salta encima y comienza a morderme y a arañarme. Como te dije, metí a aquel animal en una jaba de nailon y para que no se descompusiera lo guardé en el congelador.

—Viejo, ese es el final. Ahora sí me piro —le dije y lo dejé pidiéndome que me quedara para que viera el mojón de Fidel.

Cuando abrí la puerta, Bukowski entró corriendo y se subió en su butaca.

—Dame un segundo —me dijo Magallanes.

—Nos vemos luego —le dije y unos días después le pedí que nunca más me hablara sobre ese tema.

—Con una condición —me dijo.

—¿Cuál?

—Que escribas algo con eso.

Y esto fue lo que salió.

**Vladimir y Lenin, el
Mauerpark, el incitador aroma
de la salchicha grillada y el
fantasma de una chica con
nombre de mujer perdida**

Amir Valle

Amir Valle (Guantánamo, 1967) ha obtenido premios literarios en países como Cuba, Colombia, República Dominicana, Alemania y España. Ha publicado más de una veintena de títulos, entre ellos los libros de testimonio *Jinetas* y *Habana Babilonia o prostitutas en Cuba* y las novelas *Las puertas de la noche*, *Si Cristo te desnuda* y *Las palabras y los muertos* (Premio Internacional de Novela ‘Mario Vargas Llosa’ en 2007). Es Premio de Ensayo ‘Carlos Alberto Montaner’ 2019. Reside en Alemania.

*A Lenin Rafael Martínez Vidal
(Holguín, 1966 - Berlin, 2013),
nuestra historia con el Vlado.*

Conocí a Vladimir porque yo me llamaba Lenin. “Estamos condenados a ser amigos”, me dijo, en ese acento cómico, musical y pegajoso con el que hablaban el español aquellos rusos que muchos cubanos veíamos pasar en sus guaguas exclusivas, mirándonos desde las ventanillas como a calandracas que se retorcían en el mar de vapores y sudor compartido que se tragaba La Habana en los meses de calor, es decir, siempre. Pero más que la coincidencia de que nuestros padres, embarrados hasta el tuétano de rojo, nos habían puesto esos nombres: “te llamarás Vladimir, como el gran Lenin”, había dicho su padre allá, en el Moscú de 1966, contemplando engreído al niño que lo miraba curioso desde la cuna con sus enormes ojos azules; “se va a llamar Lenin, como el gran Vladimir”, soltó mi padre en La Habana de 1967, mientras me cargaba y observaba orgulloso en uno de mis enormes güevos el lunar que él consideraba una marca de familia, lo que nos uniría definitivamente fue el amor platónico que sentíamos por una india estruendosamente hermosa llamada Dirne.

—¿Cuándo se nos jodió Cuba, hermano? —susurra.

—Cuando traicionamos a Dirne —digo.

A esta hora de la tarde, desde que vivo en Berlín, el Mauerpark asume la rara semejanza a un inmenso hormiguero castigado por un sol inclemente y tozudo, pero ni siquiera ese

hecho: los cientos de alemanes y latinos y turcos y europeos y africanos que se reúnen aquí para hacer grill - cantar - tomarsol - gritar - empinarpapalotes - conversar - vercorrerasushijos - jugarcartas - hacerchistes, envueltos en el incitador aroma de las salchichas cocinándose en los grilles que humean en muchos rincones del parque, me impidió recordar la tarde en que Vladimir llegó a mi casa en Centro Habana con un libro, forrado en papel periódico, que puso en mis manos con mucho misterio apenas vio que la puerta de la sala se cerraba a sus espaldas.

—Es de Vargas Llosa —dijo en voz baja, mirando hacia la sala donde mi padre escuchaba, como cada día a esa hora, el noticiero. Su cara era una oda magnífica a la complicidad y la conspiración—. Me lo prestó el profe Ezequiel. *Conversación en La Catedral*, otra monstruosidad de novela.

—¡Ya! —contesta—. Siempre el fantasma de Dirne resucitando.

Siento deseos de decirle que esa ha sido nuestra vida desde entonces: intentar resucitar lo único que nos iluminó alguna vez, el único instante en que —si acaso existe la pureza humana— fuimos puros, inocentes, limpios. Pero, a estas alturas, hablar de la suciedad acumulada puede doler. Y más aún si te hundiste en esa suciedad justamente porque no tuviste el valor de poner encima de la mesa esos güevos enormes de los que tu padre tan orgulloso se sintió cuando naciste. El miedo es una tara, quién lo duda, y pocos tienen el valor de confesar que son sus esclavos. Yo, para qué negármelo, me incluyo en ese listado de millones de cubanos que no quieren ni mencionar esa palabra,

miedo, por vergüenza. Porque desenmascara una cobardía que nada tiene que ver con ese mito que tenemos los cubanos de ser valerosos como para vestirnos de coraje, comer coraje a todas horas y exportar el que nos sobra. Por eso prefiero extender mi silencio y darle otra vuelta a las salchichas sobre las brasas.

—¿Cuánto llevas ya en Berlín?

—Diez años se cumplen en octubre —contesto—. Más o menos lo mismo que tú en Austria, ¿no?

Asiente y sigue con la vista el pedaleo cadencioso de una mulata hermosa, evidentemente africana, hasta que la ve detenerse en la otra esquina del parque junto a un grupo de jóvenes, nigerianos por la pinta y esos batilongos coloridos que les gusta vestir.

—Me dijo Berta que fue difícil —dice.

—Lo de los niños fue duro..., pero tuvimos suerte. Ella, madre al fin y al cabo, lo ve de otra forma, por eso de lo maternal, la sensibilidad de la madre, ya sabes, pero caímos aquí con alfombra de oro.

—¡No jodas, Lenin! En esto de emigrar las alfombras de oro suenan a cuento chino. No olvides que yo también soy un exiliado...

—Estuvimos tres años en una beca —le interrumpo, sin apartar los ojos en mi empeño de que las salchichas se doren sin quemarse—. Nos pagaban todo: apartamento, seguro médico, viajes, y nos daban un dineral para gastos familiares. Encima, me soltaban un baro largo por cada conferencia, charla, artículo que ellos mismos me gestionaban aquí en Alemania. Me ayudaron a publicar ocho de mis libros... —una

pausa y otra vuelta a la carne sobre las brasas del grill, esta vez a las postas de pollo, mientras siento el filo sutil de los ojos de Vladimir siguiendo cada uno de mis gestos—. Nos faltaban los niños, sí, pero no creo que *difícil* sea la palabra correcta.

Lior llega corriendo: “Papá, te robo esto”, me suelta, al tiempo que pincha con un palillo una de las salchichas que ya están a punto, y regresa trotando al pequeño campo de fútbol donde otros niños calientan antes del juego, pateando una flamante pelota amarilla.

—Sobre todo, no veo justo quejarnos sabiendo que millones de cubanos exiliados no tuvieron tanta suerte —digo entonces.

—Eres un cabrón gusano y hablas con la tozudez de un comunista tan radical como tu viejo. ¿Te he dicho que en eso eres idéntico a tu padre?

—Un cojonal de veces, Vlado.

Cómo respondería mi padre a esa pregunta: ¿cuándo se nos jodió Cuba?, era una de las respuestas que yo jamás había encontrado. Años enteros intrigándome: ¿habría cambiado algo en la mente cerrada de mi padre luego de ver todo lo que su Revolución le había hecho a su hijo: las censuras, las expulsión de todas las instituciones a las que pertencí, la exclusión laboral, las amenazas de prisión, las golpizas, el destierro... sólo por decir en alta voz lo que miles en aquella islita masticaban día a día en voz baja? Años antes, cuando los atropellos me cercaban y atacaban a dentelladas como perros rabiosos, feroces, obstinados, incluso me había sorprendido pensando si podría preguntársele algo así a quien, pese a todo lo que me

sucedía, seguía viendo en la Revolución un camino de pureza y en Fidel a un venerable Mesías. Pero ya desde aquellos años, tras el primer encontronazo que dejó mi inocencia como las plastas de vacas en el potrero que se extendía, inmenso, frente a la casa donde pasé mi niñez, en un pueblito del campo, estuve convencido de que la solución al dilema: ¿cuándo se nos jodió la Revolución?, era algo muy personal, casi íntimo, incluso cuando los sucesos implicados pertenecieran a términos tan poco individuales como historia, sociedad, sistema social. Y ese convencimiento me llevó a entender que eludir tal respuesta me lanzaría a ese deambular eterno, a ese sino inexplicable, a ese habitar entre dos universos repletos de interrogantes no respondidas, en el que muchos cubanos habitan la isla o vagan por esos mundos. Aunque resultara un fastidio confesarlo, nadie podría saber dónde se había torcido eso que ya sólo los empecinados insisten en llamar “nuestro proyecto social” si no aceptaba que, alguna vez, se dejó torcer su vida, y que esa torcedura, obligada, consentida o voluntaria, del destino que cada quien carga en sus huesos, terminaba oliendo a otra palabreja que, como sucedía con la palabra miedo, muchos cubanos parecían evitar, odiar, huírle como a la peste bubónica: responsabilidad.

—¿Qué te ha hecho cambiar tanto, mi’jo? —me había dicho mi padre años atrás, los ojos con ese brillo de derrota que sólo confieren la tristeza y la impotencia.

—¿Recuerdas lo que me dijiste cuando cumplí 10 años? —fue mi respuesta.

La maestra, una negrita de ojos dulces, voz dulce y gestos dulces, nos había llamado a su despacho esa mañana. Parecía transfigurada: se me antojó una de esas auras tiñosas, de ojos malignos y pose altanera que apedreábamos cuando se posaban, agoreras, siniestras, en las cercas del potrero cercano. No pude entenderlo entonces, como tampoco logré saber, hasta muchos años después, que los alumnos citados eran justamente los hijos de las familias más pobres del pueblo: cinco vejigos hijos de familias muy humildes, que teníamos apenas un par de zapatos y un solo uniforme que, tan pronto regresábamos a casa en las tardes, nuestras madres lavaban y lustraban a diario para que al día siguiente asistiéramos decentes a la escuela.

“Me han dado esta tarea revolucionaria, pienso cumplirla al pie de la letra y ustedes me van a ayudar”, anunció la maestra, y nos hizo saber que a partir de ese día tendríamos que vigilar a esos otros niños que vestían un uniforme cada día, llevaban refrescos y meriendas que, para qué negarlo, mirábamos como a manjares lejanísimos, inalcanzables para los bolsillos rotos de nuestros padres, “y, lo más importante, tienen que averiguar y decirme si esos burgueses son religiosos o si hacen críticas a la Revolución y a nuestro querido Fidel”, aunque cuando pronunciaba con asco la palabra burgueses yo lo que veía eran las caras de Nico, Testigo de Jehova, de Zule, nieta del viejo Luque, el dueño de todas las tierras que rodeaban al pueblo, o de Juan Carlos, Niñito, que vivía con su madre y siete hermanos en la casona que, cuando huyeron a los Estados Unidos, dejaron a su cuidado los Silvestre, otros de los richachones del pueblo. Y esas caras: Nico, Zule y Niñito, no tenían para mí la

pinta de la cara de los burgueses —unos hijos de la gran puta, con narices puntiagudas, ojos de víbora, cachetes mofletudos y uñas terminadas en garras expertas en coleccionar dinero, a los que héroes como mi padre habían sacado a patadas del poder, según creía yo entonces—; aquellas eran las caras de mis mejores amigos en el barrio, de la pandilla de los Tres Mosqueteros y Dartagnan (que era yo, que conste) o de Robin Hood y sus alegres justicieros del bosque de Sherwood...

—Yo no puedo hacer eso, maestra —logré decir, casi temblando.

Mi padre llegó a eso de las seis. Nadie quedaba ya en la escuela. Tuvo que buscarme en la oficina de la dirección, escuchó atentamente a la maestra y al director acusarme de no sé qué “dológico” (la palabra ideología en esos años sonaba en mis oídos como una enfermedad, y de esas sí conocía: oncología, pues mis dos abuelos habían muerto de cáncer; gastroscopía, desde aquella mañana en que me hicieron tragar una manguera hasta casi asfixiarme, o hipocondría, porque era la dolencia que le habían diagnosticado a mi madre, la pobre, que se enfermaba sólo de escuchar que alguien estaba enfermo...) y recuerdo que comencé a temblar cuando miré sus ojos y sentí que aquellos brillos verdes que desprendían, ígneos, titilantes, como a llamaradas, terminarían por incinerarme. Pero esa fue otra sorpresa. Nada me dijo. Como si yo no existiera. Y todas sus palabras, cortantes y frías como el bisturí con el que yo destripaba las ranas toro que cazábamos los de la pandilla en las orillas del río, fueron para aquellos dos guiñapos humanos en que se convirtieron la maestra y el director. Me bastaron esos

brevísimos minutos, ver cómo se achicaban, temblorosos, ante la respuesta de mi padre, para entender por qué lo respetaban tanto en el pueblo, por qué en la Sierra Maestra había ganado los grados de Comandante, por qué lo habían elegido para dirigir la Campaña de Alfabetización en todo el oriente del país y por qué hasta esos grandes hombres que mandaban en Cuba lo trataban con reverencia.

—Cuando salimos de allí, después de decirles que la Revolución no podía dedicarse a ese tipo de persecuciones, me dijiste que me darías el consejo más importante de mi vida —le recordé a mi padre esa vez.

—Yo hice esta Revolución, mi'jo, entre otras muchas cosas, para que tú pudieras pensar y decir todo lo que quieras, aunque estés equivocado. Jamás dejes que alguien te impida pensar y hablar. Rebélate contra eso. Quizás ahora no lo entiendas, pero no olvides nunca estas palabras —le había dicho él, casi discursando, a ese niño de 10 años que era yo y que no lograba sopesar el verdadero impacto que aquel consejo paterno provocaría en mi vida.

—Ahora me preguntas qué me ha hecho cambiar, y tengo que responderte: Nada me ha hecho cambiar, viejo, simplemente he seguido aquel consejo.

Ese Vladimir que ahora mismo abre la mochila nevera en la que trajo las cervezas pedaleando desde el barrio de Kreuzberg donde está su hotel hasta este rincón de la ciudad en el que alguna vez se levantó el muro, transformado ahora en un largo descampado donde la gente viene a descansar o soñar, como hacíamos los cubanos allá en la isla sobre el también

larguísimo muro del malecón, ya no tiene mucho que ver con aquel que pasó a ser el hermano que mis padres no me dieron, como si la coincidencia mítica en torno a nuestros nombres nos marcara con una cruz única que ambos, a la vez, teníamos que cargar. Si eso no fuera así, ¿cómo entender que su padre, un reconocido oficial de la contrainteligencia rusa, fuera destinado a trabajar en La Habana; que un fatal accidente —todos los accidentes son fatales, pero en este caso, uso el lugar común pues lo fatal siempre es también sinónimo de estúpido— le hiciera morir achicharrado mientras ayudaba a colocar el alambrado electrificado que impediría a curiosos indeseables el acceso a la base naval soviética en Cienfuegos; y que la pobre Nadia, con su pequeño hijo, se enamorara un año después de un ingeniero, negro como la más negra sombra, compañero de la refinería donde la habían ubicado, con quien decidió casarse poco después?

—La verdad es que me alegro de esa decisión de mi madre —me confesaría Vladimir cuando, ya en la universidad, me contó su historia—: varios de mis amigos rusos, de esos que vivieron en barrios aislados de los cubanos, con transportes que los traían y llevaban a la escuela o al trabajo, me dicen que veían todo esto que tú y yo vivimos como si estuvieran viendo a peces en un acuario. Hoy se alegran de que eso haya ido cambiando y por eso, ahora que están cada vez más obligados a vivir como un cubano de a pie, se admiran de todo lo que puedo enseñarles sobre esta vida —y se irguió e hinchó el pecho, fingiendo alcurnia—. Vamos, que ahora soy todo un Señor Asesor en Cubanía.

—Me gusta esa imagen —dije, mi pensamiento recreando como en una rápida sucesión de remakes una imagen que sus palabras habían inyectado en mi cabeza.

—Sí, eso de ser un Señor Asesor suena impresionante, ¿no? —soltó, imprimiéndole más teatralidad a su pose alcúrnica.

—No —le aclaré—. Eso de que nos miren como a peces desde el otro lado del cristal. Según yo lo veo, pareceríamos más calandracas que peces.

Quedó mirándome en silencio unos segundos y, apenas sin transición, sonrió burlón.

—Tienes razón, Lenin —dijo—. La verdad es que tienes cara y cuerpo de calandraca. Flaco, pelón, cabezón y con los ojos botados. Ya sabes, si te metes a la actuación, hacer de larva de mosquito será tu papel más natural. ¡Te forras con eso!

Justo cuando cursábamos el quinto año de la carrera de periodismo en la Universidad de La Habana, Dirne volvió a nuestras vidas. El amor de su vida. Y de la mía. Nuestra pasión platónica. Una espina que ella clavara literalmente en nuestros corazones, por cursi que esto suene, en aquellos años en que la veíamos pasar por los pasillos de nuestra escuela, junto a sus compañeros del noveno grado, que jamás nos miraban a los de séptimo o, si lo hacían, era para burlarse o hacernos padecer bromas pesadísimas. Y aún así, flaco, de poco pelo, cabezón, orejudo y con los ojos grandes, “el señor Calandraca”, se burlaba Vladimir, mi labia proverbial y mi facilidad para escribir poemas y cartas de amor me ayudó siempre a ganarle a él en todas nuestras apuestas: “veamos quién se tumba primero a la mulatica nueva del Séptimo B”, me retaba, pero

no me permitió lograr aquella obsesión por Dirne —para ella parecíamos seres invisibles, creíamos entonces. Más ninguna de todas esas rencillas tontas que jamás desembocaron en otra cosa que no fuera el juego, nos haría imaginar que Dirne sería la única brizna de discordia que conseguiría agrietar el muro de complicidad que habíamos construido desde la mañana de 1979 en que coincidimos en la secundaria y el profesor, siguiendo el orden de la lista de estudiantes, apuntando su cabeza hacia el aula cada vez que pronunciaba un nombre, leyó: “Lenin Martínez”, “aquí”, contesté, y luego: “Vladimir Martynov”, “prresente”, contestó Vlado, fricando levemente la erre.

—¿Has leído a Solzhenitzyn?

—*Un día en la vida de Iván Denisovich* —contesté—. Hay una vieja edición de inicios de los 60. Luego, con todos los rollos que él tuvo en tu país, se convirtió aquí en unapestado.

Abrió su bolso y sacó un grueso ejemplar, creo que una edición mexicana, no recuerdo: *Archipiélago Gulag*, léi.

—Son dos tomos —murmuró, como siempre, oteando con nerviosismo hacia la sala, territorio que entendía él eran los dominios de mi padre—. Léete este. Yo ya estoy terminando el segundo. Será un mazazo, te lo aseguro.

Nuestra complicidad lectora había empezado —parece repetitivo decirlo— por otra coincidencia en nuestras vidas: igual que yo, Vladimir confesaba que había perdido la fobia a la literatura rusa del realismo socialista cuando leyó la que ambos considerábamos una de las más desgarradoras historias de la fidelidad entre el hombre y las bestias llevadas a la

literatura: *Adios, Gulsarí*, de Chinguiz Aitmatov. Y el hecho de que ambos leyéramos, con fruición inoculada por los consejos familiares, *La carretera de Volokolamks* de Alexander Bek, *Así se templó el acero* de Nicolai Ostrovski, *Un hombre de verdad* de Boris Polevoi, *El destino de un hombre* de Mijail Sholojov, y que nos sintiéramos embobados con las maniobras secretas, la dura doble vida y los sueños ocultos del espía ruso Stirlitz en los capítulos, repetidos año tras año por la televisión cubana, de la serie televisiva soviética *17 instantes de una primavera* (aunque ninguno de los dos habíamos leído el libro de Iulián Semionov), nos condujo a preguntarnos —también casi a la misma edad, como sabríamos después por nuestras rememoraciones— si existía otra literatura que no fuera aquella y, en especial, cómo sería esa otra versión sobre momentos tan heroicos en el país al que la propaganda en Cuba se refería como “la gloriosa nación de los soviets”.

Así, hasta que nos hicimos asiduos visitantes de la biblioteca del profe Ezequiel, cada uno siguiendo pautas personales en bibliotecas de amigos y familiares, él en ruso y yo en español, habíamos ido sumando a nuestras socialistas lecturas, la obra inconforme, contestataria, de escritores como Vasili Grossman (pasamos horas hablando de esa maravilla que es *Vida y destino* intentando entender qué hizo a Jruschov considerarla una obra antisoviética), Boris Pasternak y su *Doctor Zhivago*; Isaac Babel y *Caballería roja*, e incluso Victor Serge y una compilación resumen de varios de sus libros que me pareció rarísima, *Las verdades anunciadas*, se llamaba ese libro, que tenía extractos de *De Lenin a Stalin*, *Destino de una*

Revolución, La verdadera personalidad de Lenin y Treinta años después de la Revolución Rusa, obras cuya satanización Vladimir resumió con una simpleza aplastante: “era un comunista más rojo que la sangre, dándole desde muy temprano, y desde dentro, patadas por el culo a todo ese cuento de la pureza socialista”. Y, ambos sabíamos que siguiendo esas peligrosas pesquisas no podía faltar, habíamos llegado a la incómoda Anna Ajmátova y a otra coincidencia: de ella lo primero que leímos fue su poemario *Requiem*, y nos sentíamos impactados por la idea que nos dejaron aquellos versos: una Rusia de cadáveres ilustres y muertos sin rostro que tenían la suerte de encontrar la paz mientras los vivos habitaban un eterno viaje de sufrimientos, con el fantasma tenebroso de un campo de castigos persiguiéndolos a todas partes; en simples palabras, la sensación de asfixia trasmutada en poesía.

—¿Te has preguntado qué seríamos, dónde estaríamos hoy, si no hubiéramos leído todo aquello, si no hubiéramos estudiado periodismo precisamente en esos años o —y aquí extiende una pausa que, no sé por qué, me parece dolida, memoriosa—... si Dirne no hubiera aparecido de nuevo.

Un muchacho árabe llega hasta nosotros y pregunta en un alemán casi incomprensible si podemos prestarle algo con lo que encender su grill. Sus amigos han olvidado traer fósforos y él no se atreve a pedirle nada al grupo de alemanes que se sienta sobre la yerba, cerca de ellos. “Ustedes son extranjeros, como yo, así que me siento más cómodo”, dice, y sonrío agradecido, una sonrisa limpia de dientes grandes y muy blancos, cuando le extiende algunas mechas para encender y le muestro cómo

funciona el antiquísimo encendedor que siempre traigo a estos grilles.

—Si no hubiera sido Dirne, otra cosa nos hubiera lanzado a este mismo sitio, no lo dudes —contesto entonces, y hasta yo siento que intento filosofar para no reconocer que también sobre mí gravitan esos vientos revueltos de preguntas sobre las que no tengo respuestas, de las que he creído escapar —arte de fuga en el que los cubanos insistimos en querer nadar sabiendo el riesgo de ahogarnos—, pero que han estado persiguiéndome, porfiadas, molestas, durante ya más de diez largos años.

—¡No puedo creerlo! —dijo Dirne aquella vez. Fue ella y no el profe Ezequiel, nuestro fiel prestamista de libros prohibidos, quien abrió la puerta—. Vladimir y Lenin en persona. ¿No me reconocen, cabrones?

—¿Llegaste a decirle alguna vez que nos babeábamos por ella? —la voz de Vladimir trae ese aroma ridículamente dulzón, pegajoso, de la nostalgia; un aroma empapado de tristeza del que llevo huyendo desde que me echaron de Cuba, allá en el 2005.

No he sabido nunca, o quizás no he querido pensar en ello, si aquel “cabrones” en boca de Dirne era una simple alocución, ese modo con el que los cubanos tan naturalmente utilizamos esa palabra, o si había en ella algo de la carga de odio, rencor y deseo de venganza que tenía derecho a sentir hacia nosotros por los dantescos sucesos en los que nos vimos envueltos en 1980. Sucesos donde ella vistió el traje de víctima y, como consecuencia obligada de las circunstancias, nosotros tuvimos que enfundarnos, por puro miedo, el disfraz de verdugos.

¿Cambiarían o empeorarían algo los hechos el confesar que pasamos nuestra adolescencia añorando ser Tom Sawyer para que Dirne fuera nuestra Becky Thatcher y nos besara en alguno de esos rincones que conocíamos en el laberinto infernal de edificios del reparto Alamar adonde se mudaron nuestros padres provenientes desde Cienfuegos y Holguín? ¿Que al encontrarnos cada mañana, de camino a la secundaria, Vladimir y yo nos contábamos cuál sería nuestra estrategia de atracción ese día para atrapar aunque fuera unos segundos la mirada de aquella muchacha de cachetes pecosos y ojos azulísimos como ese mar profundo en el que nos bañábamos los fines de semana, lanzándonos desde los dienteporros de la costa? ¿Que escribimos larguísimas y melcochosas cartas de amor que jamás tuvimos el valor de entregarle? ¿Que ambos, cada uno siguiendo tácticas elaboradas en nuestras noches de desvelo, se había dicho muchas veces:

“hoysílehablolediréloquesientoasídecarretillayquesealoque sea”, pero al tenerla cerca parecíamos Blancanieves, asfixiados, lelos, con la manzana atorada en la garganta? ¿Que no nos importaba que nuestros amigos se burlaran: “ese dulce no es para muertos de hambre como nosotros”, aseguraban, incluyéndonos en ese plural como víctimas de una verdad que para todos era indiscutible: Dirne era de familia rica y ni por equivocación noviaríacon gente como nosotros?

—¿Recuerdas la gran pregunta? —dice, y esta vez sí es palpable ese efluvio gelatinoso de la tristeza escapando de sus palabras.

—A lo mejor no se decide porque la acosamos los dos —le dije a Vladimir una tarde, de regreso a casa—. Es hora de que nos hagamos la gran pregunta.

—¿La gran pregunta? —se limitó a decir.

—¿Quién de nosotros dos debe ser Tom Sawyer y quién Huck Finn? Al que le toque ser Huck tiene que apoyar a Tom en la conquista de Dirne, nuestra Becky.

—Nunca nos pusimos de acuerdo —respondo y lo miro, dejándome llevar ya por la memoriosa sucesión de imágenes del pasado que me asalta. A lo lejos, mi hijo parece seguir el mismo camino del niño enamorado que fui y hace malabares con la pelota, bien lo sé, buscando impresionar a la rubita hija de nuestros vecinos, que juega cerca, con otras niñas. “Mi novia”, me ha dicho él, aunque seguro ella no lo sabe—. ¡Mira que hicimos tonterías por Dirne!

¿Cómo entender entonces que estuviéramos allí, aquel día ominoso que siempre se ha negado a salir de mi cabeza, insistiendo en seguir enredado en esa telaraña inmundada, gris, en la que el tiempo convierte los malos recuerdos? ¿Tuvo que ver algo la rabia mascada en las palabras de mi padre por esos días? «A estas ratas traidoras que abandonan el barco de la Revolución hay que aplastarlas como lo que son, bestias sucias, malagradecidas», había dicho cuando el país entero supo de la guagua llena de cubanos que se habían colado en la Embajada del Perú para pedir asilo, la decisión del embajador peruano de concederles protección, el anuncio de Fidel de que todo el que quisiera asilarse allí podría hacerlo sin represalias y el caos que se armó cuando en el pequeño edificio se apiñaron más de 10

mil cubanos llegados de todas partes de la isla. Y el odio. Y el miedo. Y la rabia impotente. Estallando como miles de cocteles Molotov en las calles. Porque fue en esos meses cuando aprendí que eran esos —lo han sido hasta hoy— los ingredientes perfectos para convertir al cubano en el lobo del cubano, que el año cincuenta y nueve murió la Caperucita Roja y todos nos vestimos de lobo feroz y nos disfrazamos de abuelita buena para decirle al de al lado: “¿viste qué ojos más grandes tengo?, ¿qué nariz más larga?, ¿qué dientes tan enormes?”, presuntuosos, amenazantes, cínicos, haciéndoles saber que al menor descuido nos lo comemos a mordidas.

—Dirne se va del país. Hay una pila de gente gritando frente a su casa —escupió Vladimir. Venía corriendo, el pecho agitado, sudoroso, y eso fueron sus palabras: una escupida. Dolorosa.

Llegamos (cómo atravesamos tan rápido los edificios, descampados y calles que nos separaban de la casona de Dirne, es algo que aún hoy no me explico) y allí estaban todos: los vecinos del barrio, los compañeritos de mi escuela, los maestros con pancartas, los que iban o regresaban del supermercado y, compelidos: “de esa casa se van unos gusanos, vamos a darles lo que se merecen esos mierdas”, se sumaban, al inicio apocados, luego como contagiados por la ira. Gritando todos: ¡Pin pon fuera, abajo la gusanera! Repitiendo, como en una bulliciosa liturgia: ¡Que se vayan! ¡Que se vayan! ¡Que se vayan! Desentonando, vociferantes, el estribillo melódico del momento: ¡Carter, Tarrú, Fidel es un cojonú! Y, sobre todos aquellos rostros, conocidos algunos, extraños la mayoría, la

cara colérica de mi padre que dirigía a todos los indignados, sus venas a punto de reventarle el cuello, su mirada pendenciera. Y un gesto seco ordenando que me acercara. Vladimir y yo obedecimos. Colándonos entre el gentío. Empujando. Sin hablar. Y otro gesto de mi padre apuntando, autoritario, enérgico, hacia la loma de piedras que un buldozer manejado por un militar había dejado frente a la casa de Dirne minutos antes. Y, apenas nos llenamos las manos, aquella voz: “¡ahí salen!”, ¡Gusanos de mierda!”. El padre y la madre de Dirne, avanzando hacia el maquinón lujoso de la familia que ahora manejaba alguien que no reconocimos. Segundos de expectación que se congelaron en un silencio omnipresente, paralizador. Sus pasos sobre las losas de mármol rosado que llevaban desde la puerta de la casa hasta el portalón de salida en la cerca. La mirada de Dirne, aterrada. La cabeza arrogante de su padre, firme, mirándonos. Hasta que el silbido de algo que rompió esa densa nata que era aquel aire estalló en la cara del hombre que, recuperado del impacto del huevo contra su frente, irguió nuevamente su pose y siguió avanzando mientras aquella baba amarillenta, gelatinosa, se escurría por su cara hacia su elegantísimo traje.

—¡Aplanten a esas ratas —aulló mi padre, porque aquello no fue un grito.

¿Cómo podría explicarle a Dirne que jamás olvidaré el latigazo enérgico de mi padre al lanzar la primera piedra? Justo la que hizo doblar de dolor a su madre, alcanzándola en el pecho y obligando a que su padre abandonara el deseo de atravesar con dignidad aquel trance para abrazarlas en un

intento absurdo por protegerlas. ¿Olvidaría ella el llanto de su madre, sus gritos de dolor o esa sangre que brotó de la cabeza de su padre por la lluvia de piedras, huevos y palos que cayeron sobre ellos en esa breve carrera hacia la máquina? ¿Lograría arrancarse alguna vez de la piel de la memoria el hedor ácido de los escupitajos, los huevos podridos o los pedazos pestilentes de las bolsas de mierda vieja que algunos lanzaron? ¿Nos perdonaría si le dijéramos que éramos niños, que un hijo debe obedecer a sus padres y que el mío estaba allí, gritándome: ¡y tú qué cojones esperas, tira esas piedras, coño!, y que no tuve el valor de soltarlas en el piso y perderme de allí, del barrio, de la isla, del mundo, porque precisamente la única piedra que arrojé fue esa que le dio a Dirne en la espalda, y que la hizo volverse a mirar, unos fugaces segundos, como si supiera que había salido de mis manos? ¿Cómo hacerle entender que el desamparo de sus ojos anduvo persiguiéndome durante muchas noches y que esa desamparada mirada regresó como una aparición cuando, años después, fue ella quien abrió la puerta de la casa de su tío Ezequiel?

—Tío, ¿sabías que ellos fueron de los que nos dieron aquella amable despedida en el ochenta? —le oímos decir, en un momento de nuestra conversación.

—Sí, sobrinota —respondió el profe, y nos miró, como siempre, franco, abierto, con aquella sonrisa donde la honestidad era cautivante—. Pero no te preocupes. Te garantizo que ya ellos conocen el verdadero rostro de este paisito. Y no te niego que yo, como dicen aquí los extremistas, les he “envenenado” el alma con la verdad.

Dirne estudió biotecnología en Estados Unidos. Por esos recovecos secretos de la política, había salido de Cuba cuando la llamada Crisis de los Balseiros de 1980 y encontrado las puertas abiertas para el regreso, décadas después, gracias a los caprichos de Fidel Castro. Había sido uno de aquellos gusanos miserables que, como dijo mi padre, “abandonan el barco de la Revolución para ir a lamer las botas al Tío Sam”, cuando a Fidel se le metió entre ceja y ceja limpiar el país de cubanos descontentos con su gestión, aprovechándose del anuncio de Carter de recibir con los brazos abiertos a quienes decidieran irse de la isla y, como por arte de birlibirloque, regresaba transfigurada en una hermosa mariposa —la avalaba su prestigio como una de las más renombradas investigadoras en ingeniería genética de un Centro de Investigación gringo— cuando Fidel decidió convertir a Cuba en una potencia en esas investigaciones y, entretelones, aparcando en un rincón su tozudez agresiva hacia ese “imperio” que tanto criticaba en la esfera pública, estableció relaciones bilaterales para que especialistas de ambos países trabajaran juntos.

—Niégame que no has soñado muchas veces con hacerme el amor —me dijo Dirne una noche.

No supe contestar. Vladimir no estaba allí para que me sintiera tan mal, pues yo había pasado de casualidad a devolver uno de los libros que el profe Ezequiel me prestara días atrás: *Lolita*, de otro Vladimir, el gran Nabokov, pero no niego que supe que aquellas palabras me estaban empujando seductoramente a un abismo donde la nostalgia y los viejos

amores le clavaban una traicionera aguja a una hermandad que consideraba intocable, indestructible.

—Aunque no respondas —se contestó ella misma, sus ojos clavados en los míos—, no importa. Yo sé la respuesta —me miró con una ternura tan desvalida que subyugaba, como si de pronto, dueña absoluta del tiempo, lo detuviera y volviera a ser aquella muchacha de cachetes pecosos y ojos azulísimos como ese mar profundo en el que nos bañábamos los fines de semana, lanzándonos desde los dienteperros de la costa, allá en la Cuba de mi adolescencia. Luego murmuró, pícara, melosa—. Y esta noche tú y yo vamos a saldar esa vieja deuda.

Mi hijo llega: “tengo sed”, dice, y se sienta a mi lado. Lo siento triste. Jamás pensé que uno podría sentir cuándo algo espiritual no anda bien en un hijo, como si desde la sangre una voz nos alertara. Miro hacia el grupo donde jugaba y veo a “su novia” hablando animadamente con uno de los niños alemanes, otro rubiecito como ella. ¿Qué decirle? ¿Que ha nacido en una familia donde las mujeres convertían a los hombres en sus marionetas, simplemente con unas pecas en los cachetes, una sonrisa dulzona o palabras engañosas? ¿Que ese poder se hacía total cuando nos llevaban a una cama —sí, porque tanta timidez en los hombres de la familia siempre ha provocado que sean ellas las que nos metan entre sus piernas? ¿Que lo único que nos queda para encontrar el equilibrio es resignarnos y esperar a que aparezca alguien como su madre, un ser especial, comprensivo, que sepa tomar su lugar y poner cada cosa en su sitio? Mas no hace falta. Uno de sus amigos deja el grupo y se acerca a nosotros: “nos toca ser centro delanteros en el próximo

juego, vamos”, dice, y percibo en el salto que mi hijo da para levantarse que la tristeza se evapora. Le encanta eso de meter goles. Y es muy bueno el cabrón.

—¿Te dijo que le lamieras las heridas? —dice Vladimir cuando lo ve alejarse, retomando el jodido tema que, sin ponernos de acuerdo, habíamos decidido sacarnos de las tripas de una vez y que, obviamente por ser “cosas de adultos”, dejamos cuando mi hijo vino a sentarse junto a nosotros, minutos atrás.

Dirne, desnuda, su cuerpo flaco de enormes senos y muslos duros, musculosos: “hago pesas y corro todos los días para despojarme el stress del trabajo”, había caído a mi lado luego de lo que ella misma llamó “la doma” y que yo, extasiado, perdido en los laberintos de un sueño que ella convertía en algo tangible, memorable, vivo, siempre había considerado una perfecta cabalgata, aceptando que mi destino era que las mujeres que aparcaban alguna vez en mi vida se hundieran sobre mi miembro y me cabalgaran como a una bestia que, en eso sí tenía razón Dirne, terminaba indefectiblemente domado.

—Lámeme las heridas —había pedido ella esa primera vez, allí, en el cuarto que ocupaba en casa de su tío.

—¿Qué heridas? —alcancé a decir, la respiración aún agitada, buscando en su desnudez con una rápida mirada.

—Las que no se ven, las que me hiciste con aquellas piedras —dijo. ¿Era en verdad amargura, desconsuelo, aquello que vi en sus ojos? —. Las heridas del alma.

—Era una puta cursi, Vladimir —contesto—. También me lo pidió.

—Una puta adorable, ¿no crees? —y sonrío. Siento que todo ya está dicho, todo limpio—. Se acostó las mismas veces con cada uno de nosotros, nos pidió que le hiciéramos las mismas cosas, que la acompañáramos a los mismos lugares, románticas escapadas que recordaría siempre, nos dijo. Como un rito.

—Y no te imaginas la coincidencia mayor —digo entonces, y siento que sonrío tristemente, sintiendo que algo duele revelar aquel secreto—. ¿Ya te diste cuenta que Dirne, en alemán, significa ramera?

Queda en silencio, la mirada perdida en el gentío que, como hormigas locas, entran en el pulguero que los domingos montan los alemanes en el Mauerpark. Después de más de diez años viviendo en Viena, perseguido como yo por esa obsesión por Dirne, sería muy raro que no hubiera notado tal casualidad. Lo haya notado o no, mi pregunta queda sin respuesta.

—Lo jodido es que hagamos lo que hagamos, nos ganó esa pelea —y siento que tiene toda la razón de este jodido universo. Por eso asiento cuando dice, casi mascando las palabras—. Siempre será nuestra puta, LA puta.

¿Lo hizo por venganza, sabiendo que nos marcaría de por vida, como se marca a las bestias de corral con el sello de sus amos, o respondía sólo al deseo de cumplir un sueño de su niñez, si era verdad aquello de que siempre le gustamos y pasó todos esos cursos en la escuela deseando que alguno de los dos diera el primer paso? Aunque estuviera envuelta en los tintes posibles de la mentira, esa, ni Vladimir ni yo podríamos negarlo, sería otra de las muchas preguntas sin respuesta que atesorábamos sobre

nuestras vidas. Incluso en eso ella hizo su capricho: nos pidió que fuéramos a despedirla al aeropuerto, nos dio a cada uno un beso en la boca, dejándonos allí, desconcertados, momificados en un no saber qué hacer ni qué decir, encendidos de un rencor creciente y desolador suponiendo la traición mutua que ella desenmascaraba con aquel beso.

—No me olviden, cabrones —murmuró, la voz quebrada, sus ojos azules con ese brillo que anuncia el llanto—. Si nos vemos, será por esos mundos. A esta isla de mierda no vuelvo más. Ni convenios serios puede una hacer con este gobierno sin que lo caguen todo con su cochina política —y nos dio la espalda para atravesar las casillas de inmigración.

El profe Ezequiel estaba preso. Lo supimos aquella mañana. Alguien había dado un chivatazo: “de esta casa entra y sale gente con literatura contrarrevolucionaria, hace mucho tiempo te estamos cazando la pelea”, nos contó un vecino que le había dicho a Ezequiel el oficial de la Seguridad del Estado que dirigía el operativo contra una de las tantas bibliotecas independientes que la oposición comenzaba a crear en muchos rincones de la isla, en un intento por llevar a la gente esos miles de libros prohibidos por el gobierno. Y aunque jamás imaginamos que aquella fuera de esas bibliotecas —y en verdad tampoco sabíamos que existían esas bibliotecas ilegales—, ambos intuimos que alguna mierdilla nos salpicaría: estábamos convencidos de que nadie nos ganaría en eso de haber leído decenas de los miles de libros censurados que habíamos visto en las estanterías de aquella casona. Y el orgullo de sabernos usuarios tan fieles y compulsivos de toda esa gran literatura,

se substituyó de golpe por un nerviosismo fastidioso cuando coincidimos delante de la oficina del Decanato y, como si lo hubiéramos ensayado hasta lograr la sincronía perfecta, nos preguntamos a la vez: “¿también te citó la decana?”.

Fue como si compráramos un ticket en primera butaca para asistir a la puesta en escena de una cacería de brujas en la que nosotros seríamos las brujas cazadas, maniatadas, arrastradas por los caminos más pedregosos, empaladas o lanzadas al más profundo de los pantanos con una pesadísima roca amarrada en los pies. Dos años antes, y justo gracias a nuestro vicio de andar lejos de los pasillos de la Facultad de Periodismo en busca de o leyendo los tesoros secretos de la biblioteca del profe Ezequiel, nos habíamos librado de estar en el centro del blanco de otra despiadada cacería contra muchos de nuestros compañeros de carrera que, en un acto de ingenuidad cercano a la estupidez, habían osado encarar al mismísimo Líder en un encuentro que, como descubrimos en el curso de aquella reunión, no tenía nada de casual: “pasaba por aquí y supe que Aldana estaba reunido con ustedes, así que me dije que sería interesante entrar a saludarlos”, explicó Fidel esa tarde, conocedor de que pocos en aquel teatro, en el Palacio de Gobierno, sucumbirían ante esa infalibilidad que los cubanos habían aceptado como parte de la sangre de alguien a quien se consideraba un Mesías.

Llovieron las preguntas, irreverentes en verdad, inesperadas para quienes se habían acostumbrado a no ser jamás cuestionados: ¿por qué los periodistas no podían escribir de cualquier tema con libertad?, ¿qué razones había para

limitar el periodismo a un simple instrumento de propaganda revolucionaria?, ¿por qué el culto a la personalidad a los líderes y, en especial, a Fidel?, y muchas otras que hicieron que el mítico líder, a quien considerábamos un maestro de la cordura y el arte de embelesar con la seguridad casi sobrehumana de los elegidos, se mostrara irascible, se retorciera como una víbora acorralada y, aprovechándose de una pregunta sobre cómo asumiría Cuba los cambios provocados en la Unión Soviética por la perestroika y la glasnost, agarrara las riendas y aturdió todos los reclamos con un discurso de más de cuatro horas, que terminó cuando ya la madrugada se enseñoreaba, plácida, cálida, sobre esa Habana que muchos recorrimos a pie de regreso a nuestras casas, aplastados, decepcionados, apesadumbrados, pero sin que nada nos permitiera atisbar que habíamos despertado monstruos infernales que convertirían en un riesgoso descenso al infierno los años que restaban para el término de nuestra carrera, e incluso nuestras futuras vidas de periodistas.

—Llegué a casa ese día y ya alguien había llamado a mi madre para anunciarle que nos habían echado de la Facultad por graves problemas ideológicos — recuerda Vladimir, porque esa parte yo jamás la supe hasta hoy: sólo sabía que una mañana apareció en mi casa y mastico las palabras, como si le rasparan la garganta mientras las soltaba “mañana regreso a Moscú”.

—Esa noche yo ni pude dormir en casa —contesto, ¿cómo olvidar aquel día, la voz de mi madre, temblorosa, al otro lado de la línea: “mi’jo, duerme hoy en casa de tu tío, si vienes, tu padre te mata”—. También lo habían llamado y

le dijeron las peores palabras que él podía oír, que su hijo no era digno de ser vocero de la Revolución, que se había dejado contaminar por las ideas de los enemigos del pueblo y por eso no podía continuar en la Universidad. Ya tú sabes, ese cuento de que, encima de nuestras supuestas debilidades ideológicas, las aulas universitarias eran para los revolucionarios.

Nunca llegó a Moscú. Apenas se bajó del avión que hacía escala en Canadá, encaró a los primeros policías que vio y les dijo que pedía asilo político. Dos días antes acababa de conocerse un tratado que anunciaba la disolución de la URSS y el nacimiento de la Comunidad de Estados Independientes, así que para la concesión del asilo bastó el simple hecho de que Vladimir manifestara huir de Cuba luego de haber sido expulsado de la Universidad y de que regresar a su país natal en circunstancias tan turbulentas sería riesgoso por ser hijo de un alto militar soviético. Ocho años permanecería en Canadá, donde había conocido a Edam, una hermosa muchacha india, madre de sus dos hijas, y luego una oferta de trabajo lo llevaría a Viena, desde donde me había contactado gracias al Facebook.

—Contigo sí que se ensañaron, Lenin —dice. Se da un buche largo de cerveza y queda mirando a las brasas del grill.

Pese a la distancia, “y a que no quise comunicarme contigo para no embarrarte más, que bastante tenías con lo tuyo”, a través de su madre y de otros amigos comunes que le escribían desde Cuba en secreto, había estado al tanto de cada uno de los traspies que me habían puesto a partir de nuestra expulsión: mi conversión de “promesa de las letras cubanas” en “escritor que busca fama escribiendo las mentiras que los enemigos de Cuba

quieren propagar”, la imposibilidad de encontrar trabajo, la expulsión de mi esposa de su Instituto: “mamá me contó que a tu mujer le dijeron que se moriría de hambre si no se divorciaba de ti”, la negativa a mi hijo mayor cuando quiso entrar a la universidad, pese a tener las mejores notas de su escuela: “la universidad es para los revolucionarios y para los hijos de los revolucionarios”, le recordaron, lanzándome el mensaje de que por mi culpa toda mi descendencia estaría marcada con el hierro de fuego de la eterna sospecha.

—De todos modos me hicieron un favor, ¿no crees? —le digo, y busco en su cara alguna reacción a mi empeinado optimismo al encarar las patadas que a todos nos reserva, alguna vez, la vida—. Si no me hubieran cerrado todas las puertas, yo habría seguido creyendo esa falacia de que para ser algo hay que serlo en su tierra. Me vi obligado a conquistar este otro mundo, al que hasta entonces no había mirado, como muchos allá, creyendo que es suficiente con ser reconocido en la isla.

—Tú y tu jodido optimismo, Lenin... —mueve la cabeza, en ese gesto de hacer ver que alguien no tiene remedio.

—Es puro pragmatismo, Vlado —replico—. Ahí están los hechos. Allá me conocían sólo ustedes, mis amigos, y la gente del gremio de escritores. Punto. Hoy mis libros se publican en todo el mundo, en varios idiomas; se estudia mi obra en las universidades; alimento a los míos como periodista y como escritor, viajo a cualquier parte gracias a ese prestigio... ¿Vas a negar que no valió la pena que algún cabrón decidiera impedir mi regreso?

—Sí —suelta, esta vez asintiendo con un resignado y leve movimiento de su enorme cabeza rubia—. Supe que el pajarraco de Abel Prieto dijo que a las papas podridas era mejor sacarlas del saco para que no pudrieran a las demás. Pero, ¿fue duro o no?

—Que salgas al extranjero creyendo que en un par de semanas volverás a abrazar a tus hijos, a tus padres, y no puedas hacerlo, siempre es duro. ¿No lo fue para ti?

—No es lo mismo —y ahora sacude la cabeza en una negativa rotunda—. Yo elegí quedarme; a ti te desterraron, como a Martí. ¿Quién me diría que mi Señor Calandraca viviría la misma experiencia que nuestro apóstol nacional?

—¡Vete a vacilar a tu madre, Vlado!

Y se ríe, con esa alegría de tiempos mejores. Por eso también río, por lo bajo, y siento que hay hilillos invisibles que nada ha podido romper; que la Historia, así, escrita con mayúsculas, puede perseguir y fastidiarle el rumbo a cualquiera, pues al final somos eso, simples calandracas que nos retorremos en las aguas podridas de una historia que alguien observará, burlón, omnipotente, desde el otro lado del cristal, pero que también sobrevivirán reminiscencias intangibles, imperceptibles canales que nos comunicarán con esa única cualidad salvable en nuestra especie, el humanismo, palabreja tan gastada por políticos y científicos que en su esencia es puro, simplón y jodido amor, aunque reconocerlo ahora sea y me suene tan cursi como aquella Drag Queen que en un show clandestino en La Habana Vieja se travestía y entonaba, ridícula, ostentosa pero magistralmente, las canciones de Alla Pugachova.

—De todos modos, no contestaste: ¿cuándo se jodió todo? —insiste Vladimir cuando dejamos de reír y volvemos a nuestro rito de dorar las salchichas y los trozos de pollo sobre la parrilla del grill, entre trago y trago de cerveza.

—No se jodió, Vlado. A Cuba la jodimos los cubanos —digo.

HOMBRE DE ÉXITO
ÁNGEL LUIS FERREIRO

Ángel Luis Ferreiro Betancourt (San Luis, 1958). Escritor y periodista independiente. Ha colaborado con la agencia Cuba Sindical y la revista Puente de Letras. Tiene inédito un libro de relatos, *Hombre de éxito*. Reside en La Habana.

Para el Dr. Manuel de La Fe, la máxima según la cual “una vista vale más que mil oídas” perdió toda validez el 4 de febrero de 1993. La revelación nació de un encuentro fortuito con un antiguo e ignorado conocido, mientras esperaba al mecánico de su auto:

—Doctor, usted no me conoce pero yo sí. Mi difunta madre, en el otro gobierno, era la cocinera de su casa. Su mamá permitía que usted siendo niño entrara a la cocina y que jugáramos, donde no hubiera peligro, con todos sus juguetes... y en ocasiones hasta me regalaron alguno; esto no era usual en casa de los blancos y mucho menos si eran blancos con clase como ustedes. La difunta agradecía mucho esta actitud, era devota de ustedes, a veces pienso que era una negra sumisa. Pero pase Doctor, no se quede en la acera. Le brindo un trago del bueno, me lo traen directo de la fábrica, en el mercado casi todo el ron está adulterado y el mecánico es un poco informal, no sé si lo será también con los médicos. Enseguida vuelvo.

Indeciso, el médico entró a una sala sobrecargada de muebles y adornos de mal gusto, propios de gente con dinero pero sin cultura. En una esquina, observó un altar primitivo católico-africano.

El hombre volvió del interior de la casa, puso en la mano del doctor un vaso con ron y, en una mesita de centro, una botella casi llena. Bebió un largo sorbo de su vaso y continuó la plática, o mejor, el monólogo:

—Doctor, es increíble cómo de pronto pueden cambiar las cosas sin que nadie lo espere. Quién podía pensar que el triunfo de la revolución cambiara las reglas del juego, que la

clase alta perdiera sus privilegios y que, por ejemplo, su padre, usted mismo y su hijo, médicos los tres, estuvieran tan lejos de buscarse el dinero que me busco yo. Sí, Doctor, desde que salí de la cárcel, hace seis años, y empecé a trabajar de ayudante en la torrefactora, soy un hombre de éxito, me he buscado más dinero que el antiguo dueño, ¡por eso creo que el comandante es el hombre más grande del mundo! Mire si la cosa se emparejó, que yo puedo comprar su casa aunque haya que repararla. Se ve bastante deteriorada y usted, Doctor, dicho con todo respeto, no cuenta con recursos para una reparación semejante.

El médico observaba al hombre y hablaba poco, sólo respondía brevemente algunas preguntas. Deseaba despedirse pero un extraño interés en el palique se lo impedía. El hombre bebió otro trago y continuó:

—Fíjese si el negocio da, que pude fabricar esta casa, compré un carro y mis dos hijos, aunque no se lo merecen, se dan vida de ricos. A la hembra no sé cuánto dinero le di para sobornar profesores y que la aprobaran en el preuniversitario, y hasta la prueba de acceso a la Universidad le pagué. Aunque de mucho no sirvió, no sabía nada y tuvo que salir en el primer año. Tiene que ser bastante torpe porque otros que compraron también la prueba se mantienen en la Universidad; no sé cómo será. Todo esto lo hago por complacer a la madre, porque ellos no agradecen nada. El varón es un caso más complicado, no le hace caso a nadie y se enredó, sin ninguna necesidad, en un lío de drogas que sonó mucho. La policía lo agarró con una libra de coca y hace más de seis meses que está preso, esperando juicio. El instructor me dijo que el caso es grave porque es

tráfico de droga, no sólo consumo. Yo estoy gestionando con los santos y otra vez me cuesta un dineral. El trabajo lleva una calavera y huesos humanos, y eso se consigue solamente en el cementerio. Pero el dinero todo lo puede y pasado mañana recojo la mercancía... al menos ya tienen marcada la tumba de un tal La Fe-Acosta.

El médico, de súbito, se puso de pie. Miró fijo al hombre mientras se despedía. “Cuando vuelva a salir de Cuba me quedo fuera, los míos se irán después”, reflexionó camino de su casa, ya en el auto. “En este desastre de país no se respeta ni a los muertos”.

LA TRINIDAD Y EL TRIÁNGULO
ARMANDO DE ARMAS

Armando de Armas (Santa Clara, 1958). Escritor y periodista. Ha publicado, entre otros libros, las colecciones de relatos *Mala jugada* y *Carga de la caballería*, la novela *La Tabla* y el libro de ensayos *Mitos del antiexilio*, traducido al italiano por el sello Spirali. Fue Premio de Narrativa ‘Reinaldo Arenas’ 2017 con su novela *El guardián en la batalla*. Reside en Miami.

El canto de un gallo se dejó oír en la madrugada y Cortadillo despertó, bruscamente, y tuvo miedo, un miedo atroz; y muy a su pesar fue reintegrándose, ubicándose, a la realidad; su cabeza descansaba, como protegida, entre los muslos de La India Guanaroca; supo que era ella por el olor del sexo, un olor impúdico, como el impacto de un bofetón, penetrante, abarcador, algo como las emanaciones de una cabra montaraz y del bacalao seco al sol en villorrio de pescadores; ante sus ojos el sexo de La India era manchón negruzco, acolchonado; hizo un esfuerzo y miró, como si tomase puntería con la escopeta 16 de dos cañones que de pequeño solía robar al padre y perderse por entre los cañaverales imaginando que era un guerrillero a las órdenes del Che en las selvas bolivianas; a lo largo de la línea-cicatriz que bajaba del clítoris al ano y apuntó hacia la cuchilla de leopardos en la empuñadura, semiabierta sobre la cómoda, filosa y penetrativa y extrañamente manchada de un color indefinido a la luz del amanecer que se acercaba; cálida, entrecortada, como el hálito de vida primigenio, sentía la respiración de la Pía en los testículos, y ésta, como en mortal tijereta, oprimía entre sus poderosos muslos la cabeza de La India Guanaroca, de cabellos negros; un negro como el azabache; que ocultaban la cara y bajaban por la espalda y se esparcían por las sábanas como nido de sierpes alborotadas y se unían al ternario de los cuerpos y al entrelazado de piernas y brazos y formaban como obra del arte ornamental vikingo, dándole al conjunto una expresión de fuerzas que se dispersan y expanden inexorablemente atadas por un sentido de ligazón indestructible a la realidad, a la imposibilidad de salir,

trascender, esa realidad, el mundo de lo fenoménico, de las divisiones y el caos, para ir hacia el encuentro, o reencuentro, del Uno que contiene a la Trinidad que contiene al Todo, a la nada, al punto no manifestado y al Mundo, o los mundos, de lo posible; eran, pues, imagen y semejanza, la cosa simbolizada, un remedo de algo muy elevado o incomprensible, el aliento divino, el Verbo, la concreción del Verbo, letras, palabras, el sueño de un escritor loco y presidiario en celda de la España del siglo XVII; pero eran, sobre todo, tres vikingos acorralados por la furia de los monikongos, por la incapacidad de los monikongos de ser como ellos, de ver el mundo como ellos lo veían o creían verlo o intuían verlo, y Cortadillo tenía miedo, miedo; entre otros miedos, de que la Pía y La India despertasen y le confirmasen lo ocurrido durante la noche y que él entreveía a través de una nebulosa de marihuana y alcohol y se preguntaba si cada una de ellas no tendría también el mismo temor a confrontar la opinión de los dos restantes, y permanecían, como él, haciendo como que dormían, dejando pasar el tiempo, retardando el tiempo de reconocerse despiertos, esperando que el tiempo dijese la última palabra y pasase lo que tenía que pasar; lo cierto es que Cortadillo presentía que ninguno de los tres quería ser el primero en cuestionar, en esperar, pendiente como de un hilo, el de la vida y la muerte, la respuesta afirmativa o negativa de lo sucedido durante la noche; de alguna manera Cortadillo culpaba de la situación en que se encontraban a La India Guanaroca, ella había influido para que él y la Pía cambiaran de estrategia en la lucha contra los feos y deformes y regimentados monikongos; Cortadillo creía firmemente en el

poder subversivo de la perversión ejercida sobre las estructuras totalitarias de la Administración Monikonga; él tenía experiencia en ese tipo de guerra pues junto a las huestes de Monipodio había combatido en Sevilla la estabilidad del régimen del camarada rey Felipe II; mediante el comercio con los de las vikingas naves para la obtención del billete verde que te quiero verde que permite ser un poco más libre del control absoluto de la monikongada; la noche en que La India irrumpió en sus vidas habló con tal poder de convencimiento que no dejó lugar para las réplicas, además de que todo ocurrió inesperadamente, inexplicablemente, como una revelación divina, y de que La India hizo al Cortadillo ofertas que resultaron verdaderamente tentadoras; era una de esas noches de verano en que las estrellas brillan con luminosidad que invita a fundimos con la noche y esparcirnos por el Universo, o los universos, catapultados por una fuerza misteriosa y vislumbrar la esencia cósmica, lo extraordinario, a Dios, y el aire refresca el ambiente y nos hace flotar sobre un halo de magia en el tiempo o vivir todos los tiempos en el Tiempo; Cortadillo y la Pía, enterados de la llegada de naves vikingas, habían acudido a la Rotonda de Punta Gorda prestos a la lucha, y la noche había comenzado bien, pues apenas llegaron la Pía ligó dos alegres muchachones vikingos con varios días de travesía y más horas de manipulación priápica, que al columbrar la calidad de la mercancía-Pía se mostraron en extremo efusivos y corteses, y obsequiaron a Cortadillo cuatro cervezas Polar; Cortadillo, celoso guardián de los restos de Dignidad Nacional, dio un lacónico gracias; con el ademán majestuoso del caballero

que regresa de las Guerras Cruzadas y encuentra su castillo en ruinas y se ve obligado a vagar por los caminos reales, de bruñida armadura, caballo escuálido y porte marcial, aceptando dádivas, orgulloso, y convencido de que el deshonor no está en él, en su ejecutoria de hombre venido de exponer la vida en harto peligrosa empresa, sino que, más bien, son otros los que deben recibir esas dádivas como látigos de fuego en pleno rostro; Cortadillo fue con sus cervezas a sentarse en el malecón de la Rotonda, frente a la escultura de hierro fundido de La India Guanaroca, abrió una y se la empinó, glotonamente, dejando que la espuma le chorreara por el bigote y le bajara por el cuello hasta el pecho; guerrero vikingo mamador de la flamante osa enlatada; y se dispuso a cumplir su misión de caballero protector de damas en peligro, y oteó el horizonte en busca de ululantes carros de monikongos al acecho, extrajo la navaja sevillana de leopardos en la empuñadura y se dispuso a entrar en combate si la Pía daba la señal de que los alegres muchachones se querían pasar de listos; las olas golpeaban monótonamente contra el malecón y un barco pitó quejumbroso a la entrada de la bahía, Cortadillo fue sedándose y miraba embelesado a La India Guanaroca, sentía una extraña atracción por aquella armazón de hierro que con una de sus manos atrapaba un pájaro en el intento de emprender el vuelo hacia las estrellas, estrellas que daban al conjunto una visión fantasmagórica y formaban arco iris con los chorros de agua que brotaban de la boca y los genitales de La India; Cortadillo no podía precisar qué tiempo estuvo en aquel éxtasis contemplativo, y, menos aun, en qué momento el pájaro se

desprendió de la mano de La India en un brusco rozar de metales y un plateado batir de alas que lo hizo describir círculos cada vez más ascendentes, concéntricos y estrechos, hasta perderse rumbo a las estrellas; los dedos de La India se cerraron en el vacío con un crac seco, como adolorido, y la estilizada y enorme estructura metálica se estremeció de pies a cabeza, centelleó en la noche con destellos enceguecedores, y hubo un arrastrar, y rechinar, de cadenas por sobre raíles de línea como anunciación de llegada del dios Oggúm, y la tierra se paralizó, y las cadenas saltaron en pedazos, y los clavos de línea se dispararon, en punta, a la frente de los crucificadores de Cristo, y Cristo descendió de la cruz, y el coloso de hierro bajó de su pedestal y avanzó con paso torvo, trastabillante, de brazos abiertos en dirección a Cortadillo, pero no lo abrazó; de lo cual Cortadillo estuvo muy contento; y se limitó a sentarse a su lado; un olor a musgo y algas y peces podridos y multiplicados y cosa primigenia cubrió a Cortadillo, que se sintió húmedo y resbaladizo como una anguila, e intentó guardar la compostura y se empinó la cuarta lata de cerveza, mientras el esqueleto metálico comenzó a cubrirse de una sustancia como mezcla de agua y barro, que se amoldaba, y acomodaba, a la geometría de la estructura férrea, proceso que comenzó por el rostro y en segundos bajó por el cuello, los hombros, los brazos, los senos, el abdomen, y el sexo, que se conformaba rotundo, protuberante, y seguía en su afán recubridor contorneando los muslos, las piernas y los pies; debido a las excrecencias que eliminaba el invisible torno, se había formado un charco de agua y lodo que en su gotear manchó con salpicaduras la inmaculada vestimenta

blanca del Cortadillo, que, molesto, miró retador al engendro, pero nada le dijo pues el rostro aquel ya nada tenía que ver con el barro primigenio, sino que presentaba todas las características de la carne en un acabado de líneas un tanto toscas, selváticas, y unos ojos almendrados y negros y el cabello también negro que brotaba del cráneo como nido de sierpes alborotadas al batir de la brisa costera, y brindaban a La India una expresión de firmeza, y nobleza, que Cortadillo no había visto nunca en las mujeres de este siglo; el proceso de carnalización, como el anterior, continuó su camino descendente por todo el cuerpo de La India y en unos instantes Cortadillo tuvo a su lado una muchacha como de 25 años, de piel oscura y apariencia estilizada que contrastaba con unas nalgas salientes y provocativas y senos como para amamantar a un batallón; La India sonrió con unos dientes blanquísimos y erosionados por la acción abrasiva de los carapachos de moluscos masticados a todo lo largo de la Costa Sur y el Tiempo, y dijo; hola; en un español y con una naturalidad que Cortadillo no esperaba, por lo que le respondió; ¿que volaaaaaaa contigo?; y ambos estallaron en una sonora carcajada de viejos camaradas en la recolección de moluscos en una remotísima era no tan feliz como ha pretendido la edulcorada leyenda indigenista; La India, calmándose de los estertores de la risa, comenzó a hablar; he venido para comunicarme contigo, quiero que seamos socios; Cortadillo, codicioso, pensó que tal vez la India venía a hacerle revelación de ocultamiento de pepitas de oro en el seno de algún río de la comarca realizado por los Principales de las Tribus ante la desmedida rapacidad de los Detentadores del

Rayo, y elucubró cómo se enriquecería con el trueque de oro por caras-baratijas en las Casas de Cambio que habían establecido los monikongos cual degenerados émulos de los Detentadores del Rayo; La India, como si le adivinase el pensamiento; no, no se trata de eso, ya te explico, pero antes, vamos a ponernos en nota, yo sé que a ti te gusta; y, desbrozando el tupido bosque de la pelambreira pública, se abrió la vulva entre el pulgar y el índice y extrajo un estuche rojo de delicado entrelazado de algodón, y de éste, unas hojas de marihuana que con virtuosismo de experta comenzó a liar en un pitillo que terminado alcanzó una longitud como de 10 centímetros y se dispuso a prenderlo, pero hubo el inconveniente de que Cortadillo no portaba encendedor pues no fumaba, al menos no fumaba cigarros de tabaco, por lo que La India se puso a cuatro patas sobre el malecón; ofreciendo a Cortadillo un voluminoso trasero que brillaba como embadurnado de miel a la luz de las estrellas; y comenzó a buscar unos trocitos de mangle seco que le sirviesen para hacer fuego a la manera indígena, pero no los encontró o los que encontró estaban mojados, y volvió frustrada junto a Cortadillo, pues ella tenía la ilusión de mostrarle cuán dependiente de artilugios incapacitadores de las habilidades manuales y atrofiadores del instinto se encontraba el hombre moderno, hasta el punto de llevarlo a un estado de total indefensión ante situaciones límites; entonces Cortadillo le pidió que esperase y se encaminó hacia unas muchachas que charlaban a lo lejos mientras esperaban la oportunidad de hacerse con un vikingo, de donde volvió con un cabo de cigarro encendido y una expresión de

triunfo en el rostro; se acomodaron sobre el malecón en posición de budas y La India prendió fuego a la hierba y aspiró fuerte, muy fuerte, con pasión, asmática crónica, ansiosa, aferrada a su aparato inhalador como si la vida le fuera, o se le fuera, por aquel pitillo y no pudiera desaprovechar nada de aquel humo salido como de la lámpara de un genio; Cortadillo ahuecó sus manos y las juntó a las de ella y crearon una especie de campana aislante y de arcano y corazón encendido y zarza ardiente y Jehová aprehendido en el tabernáculo y universo iridiscente y espada flamígera señalando la salida, o la entrada, al Paraíso; ella pasó la hierba a Cortadillo y éste aspiró con el mismo deseo de incorporar toda aquella magia, de fundirse con la magia y ser uno con ella, con La India, que era la magia y flotar hasta Dios Padre hijos pródigos prodigiosos hijos del Prodigio Primero encadenados como budas que no bugas y los ojos se les achicaron y fueron cocuyos adormilados entre las hojas de la floresta como luciérnagas de espíritus temerosos de contravenir el dogma oficial científicamente demostrado y demostrable y La India habló con una voz cavernosa, como salida del fondo de los siglos, acerca de que Cortadillo y la Pía debían, no cambiar, sino más bien incorporar una estrategia más en la lucha contra los monikongos, además de socavarles el poder en la lucha por el dólar, debían, también, cubrir la ciudad de arco iris, que éste era un sistema logístico que resultaría mortífero para las huestes monikongas, pues esa raza poseía un desperfecto en la retina que la hacía incapaz de tolerar más allá de un color, preferiblemente el rojo, y que una explosión de arcoíris por toda la ciudad podía desequilibrar la

estabilidad síquica del poder monikongo, es decir, la utilización de la plástica como arma, invadir el territorio con un torrente de colores subvertidores del orden retinal de la monikongada, arte de compromiso, la Primera Revolución Plástica en la Historia de la Humanidad, la Rebelión de los Colores, el arte como exorcismo, la Cruz y el Diablo, el Diablo que huye ante la Cruz, la guerra de los Colores, que ellos tres podían conformar la primera célula de guerrilleros plásticos y los monikongos caerían como moscas atontadas ante el chorro de colores multiplicándose en las fachadas de los edificios públicos y en el decorado de los bares y cabarets y a la entrada de tiendas para turistas y en las unidades militares y carros patrulleros y en los arrecifes de la costa y las playas, una fiesta, una verdadera fiesta del color, del pluralismo del color, de la diversidad embriagadora del mundo de los sentidos en función del espíritu, que ella sabía que Cortadillo se movía como pez en el agua con la estrategia pervertidora, pero también conocía de su sensibilidad artística, y que la lucha pervertidora no sería soslayada, sino más bien incrementada, y prueba de eso era que ella estaba dispuesta a contribuir con el desarrollo de los placeres lésbicos en la Pía, que formarían una especie de triángulo amoroso, de matrimonio postmodernista, como dirían los críticos etiquetadores de la realidad, o de lo que entendemos por realidad, sin tener en cuenta que ella, la primera mujer, ya había practicado ese tipo de relación con Hamao, el primer hombre, y una tal Eva que había caído expulsada de no sabía qué paraíso a punta de llameante espada y metida dentro de una gigantesca güira como dentro de una cápsula espacial,

atribuyéndose el título de Primera Mujer; título que ha favorecido la Literatura Occidental; y que ella no se molestó en desmentirle pues en verdad era una buena gozadora y más valía gozar que entrar en pugnas políticas por la posesión de un título que muy pronto dejó de tener validez pues la propia Eva no lo mencionó más cuando vio que Hamao las favorecía a ambas por igual; antes de llegar a ellos la Pía se despidió de los dos vikingos y avanzó con los dólares cobrados en buena lid apuñuscados en una mano, y la intención de defender a su hombre de aquella enigmática puta que para colmo, a medida que avanzaba se había dado cuenta, se encontraba completamente desnuda, pero, antes de llegar, la reconoció como La India Guanaroca bajada del pedestal, y se sintió contenta, pues estaba agradecida de La India que le había transmitido fuerzas en el momento supremo en que por vez primera decidió vender sus placeres a los vikingos, y recordaba que en aquel instante creyó ser la India, y hubo siempre una misteriosa comunicación entre ella y la férrea estructura, mudo testigo de sus grandiosas hazañas puteriles; La India lanzó a la Pía una mirada entre tierna y lasciva, y la Pía se estremeció, se le subieron los colores al rostro, un color púrpura intenso, como de restos de pudores conservados a pesar de los avatares de la guerra, de la vida, y que ahora afloran, dispuestos a esparcirse, a desintegrarse, en busca de una totalidad que la rescatase, aunque sólo fuera por instantes, del caos circunstancial, del caos que era su vida, y la vida de Cortadillo, y la de La India misma, a partir del momento en que había decidido unirse a ellos en el mundo de las compartimentaciones espacio-

temporales; La India ofreció marihuana a la Pía y ésta fue a tomar el pitillo, pero La India, con una sonrisa como quien niega el juguete a un niño, le rechazó la mano y aspiró ella y tomó el rostro de la Pía entre sus manos y lo acercó al suyo y pegó sus labios en los labios de ella que se entreabrieron como en un temblor y fue pasando, lenta, estudiadamente, todo el humo acumulado en su boca a la boca de la Pía que fue relajándose y dejándose llevar por aquel éxtasis lésbico-marihuanero, hasta que presa de incontenible frenesí comenzó a succionar, y mordisquear, los labios que se le ofrecían seductores como tajadas de mamey en Espejo de Paciencia, y bajando el cuerpo introdujo una mano entre las piernas de La India; que continuaba frente a Cortadillo en posición de Buda; y comenzó a amasarle la apelotonada vulva en un acuoso chas chas que se confundía con el monótono batir de las olas; después, los tres, quemáronse los labios y los dedos hasta consumir todo el pitillo y comerse las cenizas como mendigos o hechiceros que en iniciático ritual disputáranse las migajas de un diabólico pan y se fueron cantando alegremente la canción de Cortadillo y la Pía que cuenta la historia de una cucaracha marihuanera y una marihuana cucarachera; La India caminaba en el medio, abrazada por la Pía y Cortadillo que cubrían sus desnudeces de las miradas de indiscretos noctámbulos, y llegaron al cuarto de la Pía y se hicieron el amor hasta la madrugada y la Pía les confesó que lamentaba no haberlo hecho antes de aquella forma tan excitante y que como quiera se alegraba de que La India Guanaroca hubiese sido la primera porque tal vez con otra no hubiese funcionado igual y Cortadillo

sonreía satisfecho y pensaba que era feliz en ver realizados sus sueños de constituir una familia triangular; a partir de esa noche y después de luchar el verde en la Rotonda de Punta Gorda se dedicaban a pintar arco iris por toda la ciudad, y cayó sobre ésta una avalancha de colores, una pandemia que dieztaba y mantenía en jaque a las fuerzas monikongas que, aterrorizadas, invertían miles y miles de dólares en la importación de unas gafas especiales que permitían al monikongo que las usase ver la realidad de un solo color, el color afín con la esencia monikonga, pero el poder subvertidor de la Balística del Arcoíris, como dieron en llamarle las agencias internacionales de prensa a aquel derroche multicolor, era tal que las gafas protectoras estallaban en miríadas de cristallitos que al entrar en contacto con la luna formaban a su vez miríadas de arcoíris por lo que el remedio venía a resultar peor que la enfermedad, sólo los Altos Jefes Monikongos tenían un tipo de gafas, especialísimo dentro de las especiales, que lograba anular la realidad de los arcoíris, pero el costo de cada uno de esos portentos resultaba millonario, por lo que había que dar por descontado que se pudieran ofrecer no ya a la población, sino a las capas de dirigentes monikongos intermedios, lo cual hubiese significado la bancarrota total de la ya maltrecha Economía de Planificación Monikonga; pero, el cerco se fue cerrando en torno a la guerrilla de terroristas plásticos, los Servicios de Inteligencia Monikonga actuaban día y noche, movilizaban a sus redes de informantes y las introducían en los bajos fondos y en las esferas intelectuales, y ofrecían cuantiosas sumas de dinero y galardones extraordinarios tales como el de

Monikongo Destacado y el derecho a vestir la Toga Viril Rojo Escarlata de la marca Cristian Dior a quienes dieran información que pusiera en la pista de la captura del Comando de Acción Plástica; y ahora Cortadillo estaba atrincherado entre aquellos poderosos muslos y apuntaba con la escopeta 16 de dos cañones hacia la cuchilla de leopardos en la empuñadura, aguantaba la respiración, cerraba el ojo izquierdo, y hacía coincidir la línea-cicatriz que bajaba del clítoris al ano, apuntaba bien, al borde y centro inferior de la filosa y penetrativa hoja extrañamente manchada de un color indefinido a la luz del amanecer que se acercaba; el objetivo era borrar de un perdigonazo esa mancha que bien podía ser negruzca, de un ocre coagulado, era, irónicamente, como combatir, borrar, acabar, liquidar, desintegrar, desaparecer la violencia con la violencia, un disparo al corazón de la violencia, al recuerdo de la violencia, a la huella dejada por la violencia, un volver a la anterioridad del hecho o a un después del hecho, un verdadero después situado a la distancia en el tiempo y que le permitiese al Cortadillo o al escritor loco y presidiario en celda de la España del XVII, o a ambos a la vez, pues era difícil determinar hasta qué punto uno había creado al otro o hasta qué punto se habían creado por la simple manía de crear o demostrar que estaban hechos a imagen y semejanza del Creador; una vez situado en ese después distanciador de las pasiones y las contingencias de lo Inmediato absorbedor de las potencialidades reflexivas y discernidoras entre categorías del Libre Albedrío y la necesidad, llevar al verbo, a la palabra escrita, la atmósfera y sensación que produce el monikongo uniformado que ha sorprendido a los tres

guerrilleros en plena faena de la Balística del Arcoíris y se lleva la mano a la cintura en busca de la pistola acortadora de distancias, y Cortadillo que flota como en nube de marihuana y alcohol, no ve, no se da exacta cuenta, no racionaliza, sino que ve más allá, intuye, reacciona como venido de una dimensión en que sólo existe el todo abarcador y homogéneo y donde acaban entre otras cosas las divisiones y esquematizaciones y pertenencias en el plano del enfrentamiento vikingos-monikongos y pues qué más da ya que estamos unidos en un más allá que sólo yo vislumbro unirnos un poco sólo un poquitín en éste más acá que me acorrala y atenaza y desgarrar y hace saltar de dos zancadas sobre el monikongo y le acuchilla y de la primera cuchillada sale como rugido de caballeros jaguares enardecidos y combatientes en las Guerras Floridas a la captura de corazones para el dios Huitzilopochtli ahíto de sangre como una chinche y de la segunda el monikongo como que se afloja y tambalea y suelta la pistola que cae pesadamente sobre la acera y de la tercera el monikongo se recuesta de espalda a la pared y se va sentando lenta, cuidadosamente, como con miedo a manchar el piso, o a tocar el piso, y se bambolea, cómica, ridículamente, como títere o pelele manejado por invisibles cuerdas que tirasen desde la acera; fue entonces que sintió a la Pía y a La India que intentaban hacerlo huir del lugar, sin entender porqué el monikongo se había sentado y lo miraba con aquellos ojos que parecían preguntarle qué cosa tan tremenda o tan insignificante había pasado en fracciones de segundo, o tal vez ya no preguntasen nada sino que, simplemente, estuviesen allí como dos bolas de vidrio dejadas

como por azar en el rostro del Monikongo para reflejar la mortecina luz del alumbrado público; la Pía y La India corrían arrastrándolo como a un autómatas, cada una asiéndolo por un brazo; no como al hombre escindido, desgarrado y anulado en sus potencialidades por el poder absorbedor, posesivo, destructor y obsesivo que emana de la fricción entre las oquedades de dos mujeres en el intento por incorporarse el mayor tiempo posible al lingam penetrativo que cada una de ellas cree abrigar con más eficacia de la desolada intemperie a que lo condenó el Creador, y que convirtió al hombre en cazador maldito a la búsqueda de refugios ocasionales con que aliviar un tanto su indefensión en medio de la perpetuidad de las nieves, algo como volver a la protección y calidez y seguridad y suavidad de la fuente materna, que a su vez ha hecho que él se disfrace de protector, para darse ánimos, para justificarse y olvidar que ha caído en la trampa de cazador cazado entre las redes de las ansias protectoras, hasta maternas, de esas terribles, profundas, acogedoras, oquedades como huecos negros en el espacio; no así, sino que La India y la Pía lo guiaban con el sentimiento más positivo del deseo protector de las oquedades conchíferas, pero Cortadillo se resentía de tanto alarde de fuga hollywoodense, pues no veía nada de extraordinario, menos incluso de malo y peligroso para ellos en el hecho de que el monikongo se hubiese dejado ir, resbalar de espaldas contra la pared hasta sentarse cómodamente en la acera con aquella mirada de estupefacción o de toro en el instante de la castración o tristeza o complacencia o inquisición u odio o cansancio o hastío o desesperación o miedo o de

modorra en hamaca colgada ante la brisa que viene de los cañaverales o todo eso y nada a la vez, y se hubiese quedado en actitud tan pacífica y resignada esperando sabe Dios qué, todo había resultado tan fácil, tan irreal, que no veía por qué el aspaviento femenino ante un par de puntazos al muñeco de pajas allá en la cofradía de Monipodio como ejercicio militar por el Día de la Defensa; era como si Cortadillo y el monikongo hubiesen danzado en cámara lenta, una danza a través de la niebla, una niebla espesa y envolvente como en el Londres de Jack el Destripador, una niebla de coches que flotan y casas y chimeneas que desaparecen como castillos encantados en un tiempo de brumas hendido a cuchilladas en la infinitud de guerras libradas y por librar, eternidad transgredida, violada, tan sólo para ser eternidad, y nada más, y nada más, entonces, a qué tanto correr de estas locas, como si ellas fuesen culpables, ¿culpables de qué?, si acaso culpables, o culpable él, ¡vamos a depurar responsabilidades!, de haber salvado el alma del monikongo, un alma más que salvaba, que se liberaba de un cuerpo feo y contrahecho y regimentado y como todo cuerpo al fin y al cabo almacén de inmundicias parado en dos patas, un alma que escapaba hacia el rebaño celestial y un triste cuerpo de monikongo sentado a la mortecina luz del alumbrado público; desmembrar, perder, destruir, esparcir, incinerar el cuerpo por salvar el alma, aunque tal vez el alma no hubiese volado del cuerpo, tal vez sólo ocurre que el cuerpo está cansado, hendido, perforado, pero no vacío de alma, puede que ella esté allí dentro todavía, o quizás, ¡no vamos a pedir tanto!, ya no esté dentro del monikongo, pero puede que

revolotee en torno a él como una paloma asustada, temblorosa, una paloma expulsada de su jaula, que no sabe a dónde ir ni qué hacer con la libertad recién adquirida, un alma que revolotea en torno a su monikongo, y Cortadillo se daba a disquisiciones teológicas acerca de la existencia o no de alma en el cuerpo de los indios y si es lícito el usarlos en las encomiendas como bestias de carga; él pudo muy bien haber sido un encomendero, haber zarpado hacia América del puerto de Sevilla como polizón que huye de la justicia y desembarcado en Cuba y hecho una fortuna y tener un harén de indias y después partido a la conquista del Imperio Azteca bajo las órdenes de Hernán Cortés en busca de horizontes que la insularidad y la escualidez de los indios a su encomienda no le permitían siquiera visualizar; él pudo haber hecho eso y mucho más, pero ahora lo único que parecía ser cierto es que el monikongo había quedado sentado en la noche, un monikongo triste y solo con una palomita asustada revoloteándole encima, y que él tenía deseos de restituir, la paloma a su jaula, de volver atrás en el tiempo, o ir hacia adelante en el tiempo, muy adelante, pero no permanecer allí haciendo como que dormía, temiendo que ellas se despertasen, temiendo que ellas estuvieran haciendo como que dormían, un triángulo que juega al sueño, el sueño del triángulo, el triángulo de la bandera; los vértices del triángulo duermen o fingen dormir, al menos uno de los vértices no duerme, y maldice no estar dormido o enmarihuano y se le ocurre la idea de desenmascarar, o despertar, si es que en realidad duermen, a los restantes vértices y afrontar los hechos, y tal vez lejos de inquietarle las opiniones

lo tranquilicen, tal vez los puntazos no fueron suficientes para que la paloma escapara y el monikongo se sentó de miedo, tal vez sólo había ocurrido eso, que el monikongo se asustó, un soldado monikongo que se asusta en la Guerra de los Colores, tema para una película postmonikonga, tal vez no fuese más que una alucinación, tenebrosidades que acechan desde lo profundo del Inconsciente, pero, ¿por qué tenía miedo él?, ¿no había resultado vencedor en aquella batalla contra el dragón secuestrador de impúberes doncellas?, ¿no estaba vivo?, ¿no se acercaba el amanecer?, ¿dónde había leído u oído que nunca es más oscuro que cuando está a punto de amanecer?, ¿en qué medida podía ser cierto que un poco se muere cuando se mata? ¿había él matado?, ¿matarilerilerile matarilerilerile matarile rilerile lo?, ¿no odiaba él a los monikongos desde siempre y para siempre?, ¿odio?, eso no, podía haberlo matado, está bien, pero no podía darse el lujo de odiarlo, el odio era un lujo, debía desterrar el odio, era un odio viejo, de siglos, de eternidades, ponzoñoso, y ese odio lo había lastrado en su desempeño de guerrero del tiempo, y ya era hora de que se desembarazase de esa cosa amorfa, gelatinosa y rudimentaria que le roía el pecho desde adentro; el sexo era un remedio eficaz contra el odio, además de que le permitiría saber si los restantes vértices del triángulo dormían o fingían dormir, no apuntó más con la escopeta 16 de dos cañones de La India, y se dio a la tarea de lamerle la mirilla-clítoris y una vaharada como de cabra montaraz y bacalao seco al son en villorio de pescadores en una costa española del siglo XVII le golpeó en el rostro, e inmediatamente, como sincronizados, los restantes vértices del

triángulo se estremecieron en movimientos espasmódicos, desacompasados, bruscos, expresión de la impotencia de las rectas que forman el triángulo pero no pueden penetrarse enteramente, tragarse mutuamente y fundirse en una sola recta; todo el triángulo se contorsionó en quejidos guturales, de bestia dulcemente herida, lamida en sí, succionada en sí, pagada de sí, de su capacidad placentera, gozadora, orgiástica, y de sus lenguas babeantes que se buscan y retuercen y penetran en las más insospechadas oquedades, y se fue a un corcoveo frenético de vértices que se alargan o encogen como acordeón serpentoso en la eterna intención de ascender, de trascender la condición de bestia triforme, dividida, compartimentada, efímera y perecedera, y llegar, o al menos intentar llegar, acercarse, al Todo, al Absoluto, a la Trinidad, y no ser, y no poder ser, y no poder trascender la condición humana, obligados a ser pequeños dioses, partes del Dios, condenados a no ejercer sus potencialidades divinas, un te ofrezco la boca y el paladar y los más exquisitos manjares y no te doy la posibilidad de que te los lleves a la boca aunque también te he dado las manos, o algo como la impotencia de Cortadillo a la hora de llevar esas experiencias a la cuartilla en blanco, porque en el instante mismo en que las lleve, ya serán otras experiencias, otras realidades distintas a las que él vivió o pretendió vivir, otro universo, que no es ni siquiera el universo que visualiza crear, el que proyecta, y ocurre como si en el espacio-tiempo que va de la mente a la mano y de la mano a la cuartilla extraviara el camino por insospechados vericuetos y llegara a universos otros que sorprenden y se burlan y viven independientemente de

Cortadillo como Cortadillo vive independientemente del presidiario loco que una vez lo creó o pretendió crearlo; como existe el triángulo independientemente de la Trinidad, la Trinidad y el triángulo, el triángulo y su agónica aspiración a reintegrarse a la paz abarcadora del Uno irradiador que es la Trinidad que contiene al Todo; la Trinidad y su única gran frustración, la que surge en el instante supremo de la Creación del triángulo en la página en blanco del universo de la protomateria, la diferencia entre lo que visualiza la Mente Universal y el triángulo que surge como imposibilidad de ser incorporado, reintegrado, a la Totalidad Trinitaria en tanto imagen y semejanza y corpúsculo independiente, imposibilidad que, sí, puede ser eliminada, pero sólo al precio de eliminar al triángulo, las rectas del triángulo, la conformación del triángulo, desintegrarlo, esparcirlo, y tomar la esencia, y salvar el alma, un como si el cuerpo fuera especie de protuberancia, excrecencia, enfermedad del Espíritu Santo, un desvarío, un sueño erótico, el hijo de una masturbación divina, la perversión de lo que debió ser impervertible, y sólo es curable mediante la extirpación o cauterización y que vendría a ser como la vindicación de los vilipendiados Tribunales de la Santa Inquisición en su perseverante accionar a favor de la destrucción de las cárceles de la forma, de lo superfluo y alejador de la Totalidad; el espejo, esférico y colgante del bajo y telarañoso techo de zinc; colocado allí por Cortadillo en franco desafío al apotegma borgiano acerca de que la cópula y los espejos son monstruos porque multiplican la realidad; reflejaba, contenía, un amalgamamiento de cabellos en desorden y cabezas y bocas succionantes entre

muslos que atenzan y contraen en un sobrehumano esfuerzo por no dejar escapar ni gota de la faena que con tanto empeño se les hace allí en el centro del mundo, de los mundos, de manos que se crispan y agarrotan unas sobre otras como manos de condenados a morir fusilados a cañonazos por órdenes del Carnicero de Lion, de nalgas que se aprietan y expanden como reminiscencias de pucheros cósmicos en una insaciable ansia de ser penetradas, y recibir y abrigar y contener e incorporar, por los huecos negros, y en toda su magnitud, a la Gran Serpiente Sideral escupidora de chorros galácticos; un aire frío penetró por las persianas y el espejo giró sobre sí en un estremecimiento que desprendió una nube de comejenes de las vigas del techo, que como película de polvo se adhirió a los sudados, ensalivados, lubricados cuerpos que gozaban y se debatían en el intento de trascender la condición de cuerpos, de individualizados animales, y no percibieron al inoportuno comején, como tampoco el tercer canto del gallo en la madrugada y cómo éste era secundado por un coro de cantos de gallos diseminados a los cuatro vientos de la ciudad y cómo por encima del concierto de las aves solares se dejó oír un ulular de sirenas y tableteo de ametralladoras como trompeta de ángeles que anunciaran lo que podría ser la reunificación de la Trinidad y el Triángulo.

TIBURCIO LABORANTE

CARLOS ALBERTO

MONTANER

Carlos Alberto Montaner (La Habana, 1943). Escritor y periodista. Ha publicado alrededor de treinta libros, varios traducidos al inglés, el portugués, el ruso y el italiano, entre ellos las novelas *La mujer del coronel*, *Otra vez adiós* y *Tiempo de canallas*, la autobiografía *Sin ir más lejos* y la compilación *Póker de brujas*, a la que pertenece este cuento. La revista Poder lo ha calificado como uno de los columnistas más importantes en lengua española y en 2012 Foreign Policy lo eligió como uno de los 50 intelectuales más influyentes de Iberoamérica. Reside entre Madrid y Miami.

*–Enana, acércate más a la Infanta,
para que tu deformidad destaque su belleza...*
(Velázquez mientras pintaba las Meninas.)

I

Tiburcio era un hombre bueno. En su favor se pudieran almacenar docenas de adjetivos sin exagerar ni un poquitín. Era afectuoso, piadoso, bondadoso, sentimental, noble, cariñoso, gentil, caballeroso, etc., etc. Sólo tenía un problema: era enano. No enano, como despiadadamente se les llama a los hombres de corta estatura, sino enano de “nación”: treinta y dos pulgadas con los zapatos puestos. Además, como casi todos los enanos, no tenía la cabeza enana. Por el contrario, de acuerdo con el tamaño de la testa, le correspondía un cuerpo de siete pies de altura. La Naturaleza podría hacer a sus enanitos como mínimas reproducciones de los hombres normales; pero, con cierta crueldad y sadismo, en vez de contentarse con reducirlos los somete a las más grotescas desproporciones. Los brazos siempre débiles y pequeñitos; la cara, chata, como moldeada a tablazos. Las piernas, cortas, gruesas y arqueadas; ideales para soportar el peso de una región glútea dotada con la más impúdica generosidad. Si es cierto que las características físicas se determinan en los cromosomas, las de los enanos tienen vocación de pintores surrealistas. Tiburcio era así. Desde que descubrió el primer espejo abandonó la idea de ser feliz. Aquella era una fachada que sólo servía para andar por casa y con los

postigos bajos. Sin embargo –no nos cansamos de repetirlo–, Tiburcio no había desarrollado ese odio explicable que sienten los anormales contra la humanidad. Tiburcio amaba a la humanidad. La amaba de lejos, porque no se atrevía a acercarse a ella. Presentía que su apariencia le habría de cerrar todas las puertas y fue creciendo milímetro a milímetro mientras leía poesías. Le gustaban las del período romántico y se enternecía hasta las lágrimas leyendo a Bécquer. Una vez compuso unas estrofas inspirado en una vecinita que lo enloquecía. La vecina fue muy cruel y le insultó: “Si me dedicas otra poesía, te mato de un pisotón”. Tiburcio lloró amargamente aquel desengaño; nunca más volvió a enamorarse: su estatura lo condenó al celibato.

Mientras duró la herencia de su padre –era huérfano de padre– vivió con modestia y pulcritud junto a la autora de sus días. Pero la vida se iba encareciendo y su mundillo doméstico desarrollaba necesidades perentorias a las que no se les podía virar el rostro por más tiempo: había que trabajar y pronto.

Una sociedad casi diseñada para gigantes, no aceptaba con facilidad la presencia del diminuto Tiburcio. Cuantas veces iba en busca de trabajo, se encontraba con que los empresarios le lanzaban la carcajada o le daban una cariñosa palmadita en la espalda con el consabido: “Lo sentimos, no hay plaza disponible”.

Tiburcio, además de bueno –insistimos en su bondad–, era digno. La única oferta concreta de trabajo fue con un pequeño circo local que recorría las poblaciones cercanas montando y desmontando la agujereada carpa en donde se presentaba la

menor oportunidad. A él le tocaría un sitio en el recinto de los anormales, junto a la mujer peluda, al gigante sin brazos y al hermafrodita. Había otro enano, pero lo despedirían porque Tiburcio era más pequeño. Una de esas contradicciones de la vida en que expulsan «por grande» a un sujeto de tres pies de altura. Tiburcio no aceptó el trabajo: cualquier cosa —hasta morir de hambre, si fuera preciso—, pero nunca caer en la deleznable práctica de exhibir su miserable anatomía. Si otros enanos eran tan indignos como para prostituirse, él nunca haría semejante cosa. Y siguió buscando empleo sin perder la fe en la humanidad. Una noche, después de recorrer media ciudad, se fijó en un suelto del periódico que le llamó la atención:

«Se solicita hombre joven y dispuesto para desempeñar un cargo en la promoción de nuestros productos. Buena remuneración y poco trabajo. Puros Monterrey.»

Al día siguiente Tiburcio se presentó en la oficina de la empresa:

Tiburcio: —Vengo por lo del empleo.

Secretaria: —¿Usted viene a solicitar trabajo?

Tiburcio: —Sí, señorita. No le haga caso a mi estatura, yo puedo hacerlo bien...

Secretaria: —No, no, si no me había dado cuenta de su estatura. No faltaba más... Voy a llamar al jefe. Espere un momento.

Secretaria: —Jefe, hay un enano que dice que quiere trabajar. ¿Qué hago?

Jefe: –¿Un enano? Si yo quiero a un hombre para que me reparta muestras gratis de nuestros tabacos, ¿cómo voy a colocar a alguien que es una muestra gratis de hombre?

Secretaria: –Jefe, usted siempre tan simpático y original. Le diré que ya se ocupó la plaza...

Jefe: –Espera, se me ocurre una idea. Sí, dile que pase.

Jefe: –Adelante, ¿señor...?

Tiburcio: –Tiburcio. Tiburcio Pérez, para servirle a usted y a Dios.

Jefe: –Bien, me dicen que anda usted en busca de trabajo.

Tiburcio: –Así es. Lo necesito mucho; y créame, señor, que yo puedo hacer cualquier cosa como si fuera hombre grande.

Jefe: –No sólo le creo, sino que me ha impresionado usted notablemente. El puesto es suyo. La labor, en realidad, es muy fácil y agradable: todo lo que tiene que hacer es repartir muestras de muestras de puros en algunos lugares céntricos.

Tiburcio: –Magnífico. Cuando usted quiera empiezo la tarea. Está usted seguro que no le defraudaré. Sólo quiero pedirle una cosa: en ningún momento me trate como a un ser anormal, ni tampoco utilice mi defecto para cuestiones comerciales. Yo primero soy un hombre y después soy enano.

Jefe: –No tema. Yo respeto la dignidad humana como nadie en el mundo. Déjeme darle otro detalle sobre su trabajo: nosotros anunciamos por radio en dónde se encuentra nuestro agente con la propaganda, a los efectos de que el público acuda a recibirla.

Tiburcio: –Me parece muy bien. ¿Algo más?

Jefe: –Sí. La secretaria le dará una radio de pilas para que usted sepa exactamente cuándo debe empezar a repartir los puros. Esta tarde deberá estar a las dos en punto en la Plaza Central. Vaya bien vestido, pero no lleve ropa lujosa.

Tiburcio: –Entendido. Esta tarde, a las dos, en la Plaza Central.

II

MONÓLOGO: Para qué me habrá dicho que traiga ropa de poca calidad. ¿Será que él espera que haya problemas? Seguro que no. Sabe Dios a qué se debe esto; lo mejor es no darle importancia.

Son casi las dos y la plaza está llena. Si los anuncios tienen éxito, es muy probable que la propaganda me salga a las mil maravillas. Me alegro; yo sabía que las cosas no me podían fallar: Dios siempre se ha acordado de mí. Yo creo que es hora de poner la radio; sólo faltan cinco minutos. Ojalá todo me salga bien. Mi madre se va a poner muy contenta cuando lo sepa. Quizás pronto pueda poner mi compañía de publicidad: «Promociones Tiburcio». No es mala la idea... Ya es la hora: ¿cómo serán los anuncios?

RADIO: «A cogerle..., a cogerle..., al enano de la suerte. Los tabacos Monterrey dan su premio. Hoy, en la Plaza Central, hemos soltado a Pulgarcito, nuestro enano de la suerte, con un puro premiado en mil pesos. Rompa el anillo de un puro y, si encuentra la «P» de Pulgarcito, los puros Monterrey le darán

mil pesos. No pierda de vista al enano..., no lo pierda de vista..., no lo pierda de vista... ¡A coger al enano! ¡A coger al enano!»

Tiburcio se quedó anonadado. Dos rabiosas lágrimas aparecieron en sus ojos. Su cara chata se contrajo con la mueca del que tiene ganas de llorar y gritar. Un chiquillo mocososo y desdentado le señaló con el dedo.

—Allí está. Allí está Pulgarcito, el enano de la suerte. Corre, papá, que si lo cogemos ganamos mil pesos. Allí, allí...

Los gritos histéricos de la jauría humana comenzaron a sentirse en toda la plaza: ¡A coger al enano! ¡A coger al enano! ¡Al que lo coja le dan mil pesos! Corre, por allí va...

Tiburcio, lleno de miedo, había comenzado a correr en dirección al parque; le seguía un buen grupo de gentes. Lo que más le aterraba eran los alaridos. Las lágrimas casi no le dejaban ver el camino. ¿Por qué a él? ¿Por qué le perseguían si él era bueno y lo había sido siempre? La gente grande es mala; los hombres altos son malos; las mujeres altas son malas. Los niños son malos, porque van a crecer. Ahora lo comprendía: la humanidad era mala y era perversa. Y él, tan imbécil, había sido bueno. Los enanos tienen que ser como todos los enanos: malos, malos como la gente alta. Un enano bueno es un enano traidor. Los gritos se oían más cerca: ¡A cogerlo! ¡A cogerlo! La turba crecía, la risotada tronaba, la humanidad se divertía. Tiburcio lloraba más; entre el miedo y el asco, sus ojos se habían oscurecido. Cayó. Una piedra le golpeó la frente. La sangre se mezcló con las lágrimas. Se incorporó llorando y sangrando. El mocososo delator lanzó una piedra a su cabeza grande. Tiburcio sintió el impacto y una cosa caliente que le empapaba la nuca;

corrió más..., y más... La maldita gente grande no se cansaba... Sus piernecitas cortas no daban más. Vio un frasco roto clavado en la tierra y se dio cuenta que no tenía nada que meditar. Se tiró de pecho, como dicen que hacen los hombres grandes: el agudo vidrio se clavó en el lugar exacto, le partió el corazón, su corazón de enano bueno, en mil pedazos inmóviles. Allí quedó tendido, con su fea cabezota manchada de sangre, con su cara sucia de tierra y de lágrimas, con sus piernas cortas, con sus brazos chiquitines y débiles extendidos sobre la hierba. A un lado, todavía sonando, una pequeña radio inútilmente pretendía seguir destrozando la nobleza absurda del pequeño Tiburcio. Tiburcio era un enano bueno.

IN MEMORIAM, VA PASANDO

CONSUELO CASANOVA

Consuelo Casanova Orozco (Las Villas, 1947). Periodista, editora, poeta y narradora. Finalista en el Concurso 13 de marzo, en 1985, con el poemario *Días completamente humanos*. Mención en el Concurso Regino Pedroso, en 2001, con *Cartas desde París*. Finalista en el certamen internacional de minicuentos “El Dinosaurio”, en 2006, con su relato *Medianoche*. Su obra aparece publicada en antologías y revistas cubanas y extranjeras. Tiene publicado el poemario *Querer la oveja* (Ediciones Extramuros, 2007). Reside en La Habana.

Quizá el sexo era para ella un nuevo lenguaje con que aprender la vida. O quizá una manera de sobrevivir en un país donde todo escaseaba. No ocultaba su debilidad emocional. Vestía provocativamente. Demasiado ajustada la ropa. *Top* que mostraba casi todos sus senos, *lycras* ceñidas que denotaban su ascendencia mestiza. Era como una alternativa. Como algo marginal.

El día que entró a mi consulta me dijo que se sentía mal: estaba emanando calores y peligrosos efluvios. Esbozó su teoría del amor: *El amor es un sueño para dos en el que frecuentemente uno sueña y el otro se deja soñar*. Pero ella no lo sentía así. En su cabeza, en su espíritu, merodeaba un falo. Simplemente un falo. Desde su infancia vio a sus padres hacer el amor. Después su esposo, un funcionario del gobierno que entraba y salía de la isla, le compraba “productos eróticos” para exacerbar más su fecundo sentido del placer. Ella estaba en la gloria y necesitaba cada vez más nuevos hombres en su cama. Se hizo fetichista. Soñaba con una cama redonda quizá para ser más original: creía que nadie en la ciudad podía tener una cama de ese tipo. Y así la hizo después de visitar a innumerables carpinteros. Agotó toda su energía en esa búsqueda. Sus sueños eran raros pero le hacían la vida más llevadera. Se creía simpática y a veces una actriz famosa, de cine. Su favorita era Liz Taylor. Su incipiente obesidad le preocupaba pero no hacía nada para combatirla. Tras un fuerte sicoanálisis, traté de establecer con ella diversas terapias, todas relacionadas con la búsqueda del placer fuera del sexo y, por supuesto, con ejercicios al aire libre. Logré

que empezara a trabajar de asistente de un dentista. Terminó dejando la consulta.

Se hizo religiosa. Adoptó la religión afrocubana y, por supuesto, se hizo devota de la Caridad del Cobre. Diosa del amor, reina de las aguas dulces, sus bailes imitaban a los manantiales, le gustaba bañarse con miel de abejas y canela. Bailaba a veces desnuda. Era la diosa de la dulzura. En la última entrevista que tuvimos, habló con vehemencia de un gran amor que había encontrado. *Entre la religión y el Gran Amor voy a salir de mis problemas*, pensaba. Creí que estaba experimentando un cambio, su forma de vestir era más discreta. Su maquillaje brotaba de lo más natural de su rostro. Ahora sonreía y decía que todo había que pedírselo a los montes como fundamento del cosmos. La cité de nuevo. Quería evaluarla otra vez en quince días.

Llego a la consulta después de hacer auto stop. Pido las historias clínicas. Veo que Vivian tiene turno hoy. Me preparo para hacer un nuevo sicoanálisis. Me interrumpe el teléfono. Oigo una voz rápidamente: “No esperes a Vivian, ella murió antes de ayer. Apareció desangrada, en su cama, víctima de un punzonazo en la vagina”. Andan buscando a un hombre que salió de su casa en la madrugada.

Hay un extraño en la cama de Vivian. Vivian en primera plana. El último morado aún sigue marcado. Me lo callo. Me lo trago. Se me quita el miedo. Salgo de la oficina de la consulta. Voy a la dirección del hospital. Pido la renuncia como terapeuta de conductas anormales a través del sicoanálisis y el arte. Me dirijo al cementerio. Compró un ramo de flores blancas. Busco

su tumba, deposito las flores. Hay un extraño en su tumba. En la tierra una mujer inerte. Si no fuera por el miedo que me metes en el cuerpo... Adiós, Vivian. Me lo trago, me lo callo.

ALEJANDRINA, LA POZA Y YO
EMELICIO VÁZQUEZ

Emelicio Vázquez Tamayo (Boca del Toro, Granma, 1946). Poeta y narrador. Promotor cultural. Su obra ha sido publicada en múltiples revistas literarias y antologías. Ha publicado los libros *Relatos de amor y odio*, *Por la estampa prendida* (premio 13 de Marzo) y *Sonata para los herederos*. Reside en La Habana.

*La esperamos
para pellizcarle con nuestras
bocas su cuerpo, porque se fue
un día dejándonos su única flor,
y dicen que hoy viene,
entre muchas y con muchas flores.*

Los guayacones

Yo estaba parado aquí mismo en esta piedra grande y vi como Alejandrina se me perdió entre aquella loma y la otra, que es por donde se mete el río y por donde coge el camino que ella debió seguir. Pero ya debía ir lejos, porque bien sabía yo que ese caballo era veloz y porque el miedo que ella llevaba en el pecho se le bajaba aprisa por todo el cuerpo hasta llegarle a las espuelas y de ahí se le cruzaba para la panza del animal y enseguida se convertía en sangre y carrera.

Ahora me alegro de estar sentado aquí en esta piedra que tiene la mitad dentro del agua, desde donde estoy mirando esos guayacones que se meten por entre el lino verde que parece irse siempre con el agua y está siempre en el mismo lugar. Y me alegro, porque quiero que se ahogue ese otro que está ahí debajo; porque ahora me da por pensar que entre mucha gente habría que repartir la culpa si algo malo le hubiera pasado a Alejandrina. Yo sé que parte de la culpa la tiene ese que está mojado y que tiene sus ojos puestos en los míos. Aunque de todas formas no hubiera tenido mucho de qué arrepentirme, porque aquí los padres fueron muy malos, se las arreglaban

nada más con doblarles el forro del machete o con hacerles marcas de soga en todo el cuerpo a sus hijos, como le hacía el padre de Alejandrina, que la ponía a bailar la suiza.

Y después, la contra, era ir por aquel farallón que está más arriba del cafetal grande a buscar un haz de leña; porque allí hay mucho Carbonero y el Carbonero arde muy bien. Y si no, pasarse el día con un cubo en la cabeza de la casa al río y del río a la casa, subiendo y bajando, subiendo y bajando.

Pero un día, un día su padre pagó bien cara la gracia, porque él, con la hebilla del cinto, sin querer o queriendo, le hizo una herida en la cara que, por cierto, ahora se le ve muy bien la cicatriz, porque le atraviesa la ceja izquierda y le forma un arquito como si fuera una luna en cuarto menguante. Ella, entonces, le robó la hebilla y me la trajo. Me dijo que la cuidara, porque eso costaba caro y porque era muy vieja, más vieja que el padre de su padre. La hebilla es dorada y tiene un caballito blanco y brillante en el centro, parado en dos patas y haciendo algo así como un relincho.

Después sí que la cosa se puso mala, porque su padre la anduvo buscando para entrarle a machete y me buscó a mí también para hacerme lo mismo, pero con más rabia todavía.

Y nada... aquí estuve sentado en esta piedra que tiene la mitad de su tamaño metida en el agua, frente a la poza donde yo le enseñé a nadar a ella; aquí estuve con este machete bien afilado, porque si él viene con la intención de cortarme la cabeza para que yo no pueda vivir más, ¡ah!, entonces si que esta poza se iba a poner roja, mucho más roja que la última vez, cuando nos bañamos Alejandrina y yo.

Los dos, entonces, le encontramos más belleza que nunca a la poza, porque estaba transparente y tenía un hilito rojo en el centro que se dejaba llevar por la misma corriente del río...

MIRADA

FÉLIX LUIS VIERA

Félix Luis Viera, poeta, narrador, periodista, nació en Santa Clara en 1945. En Cuba, recibió en dos ocasiones el Premio de la Crítica. Su poemario *La patria es una naranja* fue merecedor en 2013, en Italia, de uno de los premios Latina en Versos. Comenzó su carrera literaria con el poemario *Una melodía sin ton ni son bajo la lluvia*, Premio David de Poesía en 1976. Es Premio Nacional de Literatura Independiente ‘Gastón Baquero’ 2019.

La muchacha vio pasar a los hombres desbordando los tres camiones, lentos camino afuera, hacia el albergue.

Muchos de los hombres miraron a la muchacha, quien estaba de pie, junto a la puerta de la casa, con una flor mariposa prendida en un lado de la cabeza, cuya blancura contrastaba con su cabellera oscura. Aun algunos de los hombres, sin quitarle la vista, le dijeron algo en alta voz aludiendo a su figura, su belleza. De ellos, hubo uno que la miró más que los otros, más tiempo y más adentro tal vez.

Cuando los hombres llegaron al albergue revisaron, afianzaron, tensaron literas, determinaron el sitio más propicio para sus pertenencias.

Luego del almuerzo la mayoría se acostó. Ya se habían olvidado de la muchacha. Menos uno, el que más tiempo y más adentro la había mirado al pasar.

Luego del almuerzo la muchacha se acostó; no había olvidado la masa de hombres pasando sobre los tres camiones, pero sólo recordaba a uno: el que la había mirado como si lo hiciera por dentro, como si la mirara para toda la vida, pensó. Puso la flor mariposa en un vaso con agua sobre un mueble junto a la cama, y se durmió. Y soñó con el hombre que más adentro la había mirado al pasar.

El hombre se durmió, tratando de obviar el calor que parecía prensado, sólido, metiéndose como en bloques desde el techo hasta las literas. Soñó con la muchacha. Soñó unas

trecientas veces con la muchacha en ese sueño de una hora más o menos. Siempre lo mismo: ella diciéndole adiós desde la puerta de su casa mientras él pasaba en el camión.

En ese mismo momento la muchacha soñaba que el hombre pasaba una vez tras otra en el camión y ella le decía adiós.

El hombre despertó de mal humor porque era un sueño ridículo. Pensó que los sueños, ya que lo son, podrían ser más prácticos, al menos un poco más ambiciosos, más abarcadores de esa realidad que debería ser propia de los sueños; pues, ya que lo son, se dijo, para qué sirve un sueño que ofrezca menos que una realidad.

La muchacha despertó de mal humor, pues, aunque los sueños sólo los sabe el que los sueña, se halló en este un poco estúpida por dedicarse únicamente a ver un hombre pasar y decirle adiós; sin hacer algo más que decirle adiós a un hombre que cruzaba constantemente en el camión y la miraba de esa forma que, estaba segura, nadie la había mirado y tal vez nadie la miraría nunca más. La muchacha se dijo que jamás el hombre sabría que ella había visto su mirada exactamente como él se la había dirigido, ni mucho menos, sabría que ella había soñado con él. Él, pensó, se entretiene ahora entre un grupo tan numeroso y ya no recuerda nada. Pero si pasara otra vez, si me mirara otra vez como entonces o como cuando lo soñé, no haría lo que hice en el sueño, sino que iría hacia él, le hablaría o le pediría que me hablara; entonces, este sueño me ha servido de algo, se dijo. Tomó la mariposa y se la puso en el

cabello, donde la llevaba cuando cruzaron los hombres en los tres camiones.

El hombre se vistió y salió bajo las casuarinas que rodeaban al albergue, vio que las hojillas caídas habían formado un grueso colchón en el techo, que seguramente atenuaba el calor. Se sentía molesto porque estaba seguro de que la muchacha había mirado al grupo en cada camión y jamás sabría que él había sentido mirarla de otra manera, como si lo hiciera desde otra tierra humana diferente al resto. Pero es imposible, se dijo, que ella mirara a una sola mirada que viaja en tan cerrado grupo en movimiento. Y molesto además porque luego había soñado con ella, con esa tontería de sueño, razonó, porque ella nunca sabría que él, alguien a quien no conocía, la había mirado de esa forma y luego había soñado con ella. Entonces meditó que este era un argumento decididamente contundente: él había soñado con ella, él, un desconocido, había soñado con ella, una desconocida. Si la viese de nuevo le diría todo esto, le diría, para empezar, que debía hablarle porque había soñado un sueño cretino donde la veía diciéndole adiós y él pasando constantemente, y eso no era justo; sí, le haría saber que este sueño le había prendido la soberbia y llevado a expresarle que no era justo que un hombre que sintió mirarla así como él lo hizo, estuviese sufriendo un rato después esa miseria de sueño con ella.

Sobre las tres y treinta la muchacha fue al portal. Unos minutos después salió al camino de tierra y miró hasta la curva donde este se perdía de vista; luego de la curva se hallaba el albergue.

Sobre las tres y treinta el hombre pasó las lajas que hacían el caminillo desde el comedor al terraplén, miró hacia allá y vio la curva que mataba el camino ahí mismo, no era posible ver más allá, hacia la casa donde la había visto al pasar.

El sol estaba fuerte. Alrededor de las cuatro la muchacha volvió adentro, se acostó de nuevo y de nuevo colocó la mariposa en el vaso.

El sol estaba fuerte. Alrededor de las cuatro el hombre entró en el comedor. Tomó la merienda que repartían y, cerca de las cinco, terminaron una reunión allí mismo. El hombre no logró atender muy bien a lo dicho por las autoridades en la reunión, sólo, con un esfuerzo casi supremo, condensar que era imprescindible limpiar los cañaverales que les correspondían en los seis días que estarían allí, aun con las lluvias que casi todas las tardes se dejaban caer, aun con el agua en los surcos, no había otra solución.

Poco después de la reunión, el hombre se acostó nuevamente, vio que las sombras, como uniéndose por pedazos, iban ocupando todo el hueco del techo. Pensó en lo mismo.

La muchacha, acostada, pensó en lo mismo. Pensó, entre otras posibilidades propias más bien de un sueño, que si el hombre viniera hasta la casa, ella, sin más, le contaría todo como si fuera un hombre a quien conociera desde mucho tiempo, desde toda la vida, aunque a él le pareciera absurdo. Pero absurdo era, se dijo, imaginar que el hombre llegara a su casa sin más preámbulo, a decirle qué, con qué motivo. A las seis, la muchacha se bañó y a las seis y treinta fue a la mesa. Durante la comida esquivó como pudo los comentarios de sus

padres en cuanto a su mutismo, su ensimismamiento, su vista perdida más allá de los platos, el mantel, los cubiertos. Después de comer fue al patio y cortó una mariposa con las que sustituyó a la que ya se había marchitado. Vagó por el portal, miró hacia varios puntos y por fin se sentó en un sillón, solitaria, en la sala.

A las seis el hombre se bañó y las seis y treinta fue al comedor. No habló con nadie, sentía que cierta ira, que creyó sin asidero, sin raíz, sin causa original le iba creciendo. Vagó alrededor del comedor, entre los arbustos y las flores y, sin escoger ni mirar a derechas, tomó la primera a su alcance. Fue a sentarse a la puerta del albergue. Pensó que por primera vez en su vida —que era aún breve— lo tomaba esa sensación de estar solo dentro de un grupo.

A las siete y treinta comenzó un aguacero que no dejaba escuchar un ruido más allá de medio metro. El hombre fue hacia su litera. La muchacha fue hacia la cama. El hombre miró hacia arriba y quedó escuchando el sonido de la lluvia sobre el techo. La muchacha miró hacia arriba y quedó escuchando el sonido de la lluvia sobre el techo. El hombre recordó el sueño de la muchacha y a la muchacha y quedó dormido y soñó el mismo sueño, la muchacha quedó dormida y soñó el mismo sueño. Él que pasaba cientos de veces y ella le decía adiós, ella que él pasaba cientos de veces y ella le decía adiós.

Como a las nueve y treinta dejó de llover. Él se levantó, prendió un mechón, se vistió, la muchacha se levantó, encendió un quinqué, se vistió y regresó al sillón.

El hombre fue hacia el camino de tierra. Al salir por la puerta del albergue ya estaba tras él —unos con la vista y otros

con franca presencia— un grupo que ya, mientras él se vestía, le había preguntado con insistencia qué le pasaba, hacia dónde iba. El hombre le entró derecho al camino de tierra, por el mismo medio, el fango en algunos pasos le iba más arriba de la caña de las botas; no era un novato, sabía que al fango de un camino en una noche eficientemente oscura como esa, debía entrarle como lo había hecho, con la seguridad absoluta de que se iba a enfangar de todas formas.

El hombre, al pasar la curva, miró todo lo lejos posible y vio una luz encendida, a la derecha. Quizás es en la misma casa, se dijo. Al pasar la curva había sentido que no sólo el camino, sino él mismo, marchaba por un plano recto, sintió que iba él en un sentido verdaderamente recto; comprendió que esto debía ser una simple sensación y que algo o mucho podría haber de lírico, mítico, cursi, en esa sensación, pero no obstante estuvo conforme con sentir así y, sobre todo, estaba seguro de sentir así, que era lo más importante, se repitió. No se veían estrellas ni más luces hacia los puntos cardinales. Y solo dos sonidos: el constante de sus botas chapoteando en el fango, el alterno de algunos perros a los lejos. Siguió caminando.

El hombre era pleno fango. Pensó que la luz sería una ilusión puesto que por segundos se le perdía, pero luego confirmó que sólo ocurría cuando se pegaba al borde del camino, y alguna rama la tapaba, según el vaivén del paso. Ahora estaba seguro que existía: era una luz cercana, una verdadera luz dentro de una verdadera casa cerrada cuyos contornos ya se vislumbraban en la oscuridad. Verificó, por la posición del camino, sus bordes, los árboles, el olfato tal vez dentro de la negrura, que

era la misma casa en la que, por la mañana, vio a la muchacha y la miró con una mirada de nunca antes y nunca después. Llegó. Abrió una puerta de madera, de resorte, pasó y avanzó por una tira al parecer de ladrillos, entonces fangosos, que iban desde la cerca, junto al camino de tierra, hasta el portal.

La muchacha, desde el sillón, escuchó el golpe de la puerta allá en la entrada y unos pasos que avanzaban hacia la casa. Escuchó que raspaban el fango de las suelas contra el canto de cemento, donde comenzaba el portal. Luego los pasos ya dentro del portal, y tocaron a la puerta. La muchacha sonrió. Y fue a abrir.

**NANAS PARA
DORMIR A LOS BOBOS**
JOSÉ HUGO FERNÁNDEZ

José Hugo Fernández (La Habana, 1954) es escritor y periodista. Durante la década de los años 80, trabajó para diversas publicaciones en La Habana, y como guionista de radio y televisión. A partir de 1992, se desvinculó completamente de los medios oficiales y renunció a toda actividad pública en Cuba. Premio de Narrativa ‘Reinaldo Arenas’ 2017, tiene alrededor de una veintena de libros publicados. Actualmente reside en Miami.

Los sueños son recuerdos de un futuro ya acontecido. No es un descubrimiento propio. Otros lo pensaron antes. Yo sólo acabo de descubrirlo para mí mismo. Noches atrás soñé que me había hecho rico convirtiendo funerarias en casas de putas. Fue así como empezó todo. Quiero decir esto de convertir cada cosa en su contrario para obtener beneficios. En cuanto al enrosque de los sueños con el futuro y del futuro con el pasado, también fue por ese conducto como llegaría a pillarlo. Luego de haber redondeado un buen capital convirtiendo funerarias en casas de putas, me dediqué a convertir: Iglesias en bares, aulas Magnas en discotecas Gogó... Sólo hace falta un mínimo giro para que una cosa se convierta en otra. Lo había propuesto el poeta William Carlos William. De modo que al convertir a los apóstoles en el rey Midas, yo estaba en línea con muy elevadas. Y rotundas. Certidumbres de la poesía. Convertí el hambre en hartazgo. Los padecimientos en virtudes. Las guerras en reuniones de Alcohólicos Anónimos. La anafrodisia en orgasmo. La tortura en caricia. Los desiertos en apacibles lagos de agua dulce. La venganza en deuda de gratitud... Ya iba disparado a encabezar la lista Forbes de los hombres más ricos del planeta. Así que me gasté el lujo de convertir el oro en serrín. Fue cuando me convocaron a una reunión urgente con los sabios de la historia. Creo que estaban todos por allí. Sócrates, Platón, Aristóteles, Arquímedes, Newton, Kant, Hegel, Descartes, Einstein, Borges... Se habían congregado para puntualizar que, en efecto, los sueños son recuerdos de un futuro ya acontecido. Sin embargo, no les parecía lúcido de mi parte tomar estas cuestiones tan a pecho. Porque, a) si yo no

conozco cuál será mi futuro, es evidente que no sé cómo llegar a él, aunque forme parte de mi pasado, o aun menos por eso; b) si bien es cierto que cada cosa no es lo que es sino lo que ha sido y lo que será, no lo es menos el hecho de que todo es consecuencia de un proceso en el que cada minuto de la vida resulta un fin en sí mismo. De lo cual se deduce que no todo puede ser convertido ad libitum en un medio para conseguir algo distinto que a su vez nos serviría para conseguir algo más, siempre según la compleja dinámica de lo que uno piensa acerca de cómo deben ser las cosas. La lección me pareció un tanto simplificadora, considerando su procedencia. Así que abandoné la reunión digamos que elegantemente. Debía aprovechar el tiempo para completar mi tarea. Convertí el Ártico en una fecunda dilatación primaveral. A los terremotos en masajes para los pies cansados. A la noche en día. Al pecado en redención. Al odio en su contrario, que no es amor, ni perdón, sino desgana. A las medusas en sirenas. A los millonarios en limosneros y viceversa. El próximo atajo se caía por su peso. Al modificar el futuro, incurrí en la modificación del pasado. Y ya me había avisado alguno de aquellos sabios que modificar el pasado no es modificar un solo hecho: es anular sus consecuencias, que tienden a ser infinitas. Una de ellas hará que me convierta en mi peor enemigo. De modo que ahora estoy aquí, entonando nanas para dormir a los bobos. Igual que el chorlito inflama el buche. Y canta. En la boca del cocodrilo. Antes de ser devorado.

LA MANO

MANUEL GAYOL MECÍAS

Manuel Gayol Mecías, escritor, editor, investigador literario y periodista, ganó el Premio Nacional de Cuento del Concurso ‘Luis Felipe Rodríguez’ de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC) en 1992, y en el año 2004 el Premio Internacional de Cuento ‘Enrique Labrador Ruiz’ del Círculo de Cultura Panamericano de Nueva York. Ha publicado, entre otros libros, *Retablo de la fábula* (poesía), *Valoración múltiple sobre Andrés Bello* (investigación), *El jaguar es un sueño de ámbar* (cuentos), *Marja y el ojo del Hacedor* (novela) y *La noche del Gran Godo* (cuentos). Reside en California.

La mano camina de costado, hacia atrás, siempre con sus dedos finos y saltones. Es una mano huesuda y arácnida, misteriosa y enrarecida bellamente por el tiempo. Mano que pronostica el futuro, que se llena de callos en las fábricas de los Acreditados y muchas veces se transforma en un puño rabioso. Mano que va y regresa al mismo lugar, que recorre las paredes y los muebles, que registra las gavetas, que abre cerraduras y ventanas buscando tesoros escondidos. Mano que ahora tamborilea sobre el lecho de un Acreditado, silenciosamente inquieta, porque ve una mosca que se posa sobre el cuerpo de la mujer, y entonces se mortifica y con la rapidez de un resorte escala la almohada para quedar al acecho, calculando la situación del insecto; y comienza a acercarse con sigilo, articulando sus movimientos, pero al disponerse a saltar oye el suspiro y la respiración acompasada del cuerpo, y la mano con un movimiento brusco se repliega. Así, otras moscas vuelan libremente por la habitación y en un santiamén se detienen en la región de los Senos Erectos. En buena medida la mano da brinquitos y se excita por la ira que le producen esos dípteros. Sin embargo, es testaruda y hace que sus falanges corran a encaramarse de nuevo sobre la almohada. La palma, ahuecada y rígida, salta en el mismo instante que los insectos desaparecen y la mujer siente el golpetazo y se mueve y cambia de posición... De hecho, la mano ha quedado prendida de un seno para no resbalar y lentamente afloja su tensión, se hace flácida, calurosa. Ahora es una mano ardiente que se desliza por el tórax y soba el abdomen, se tiende plana, sin peso, con las coyunturas estiradas y la sangre corriendo por las falangetas. De esa forma, los dedos acarician las curvas de la

cintura. Entonces el cuerpo se vira entreabriendo los muslos y, en unos segundos, la mano, convertida en un equipo de dátiles ágiles, merodea por la región de los Glúteos Insólitos. Y el Índice señala el camino por el cual los demás dedos comienzan a resbalar despacio hasta entrar en un sendero maravillosamente cálido. En seguida, los muslos forman un escorzo propicio y el dedo privilegiado y autosuficiente del Hacedor penetra en la región del Buen Infierno, donde pasa a ser el Embolo Sagrado. Con movimientos acertados, profesionalmente compaginados, el dedo-émbolo va extrayendo el licor de la vulva. Y el cuerpo de la mujer (que puede ser el de alguien llamado Marja o de otras mujeres de cuerpos y nombres tan sugerentes como Charlize, Nicole, Mónica o la mismísima Cleopatra) se estremece, desprendiendo suspiros y susurros, y con respiración intensa y palabras incoherentes viene el jadeo, y los espasmos y los ruegos de placer, y en el instante infinito (porque esa es la imagen que con mayor fuerza se graba en la memoria), cuando el cuerpo se arquea entregando la sustancia vital, la mano del Hacedor se paraliza, queda expectante, y tan sólo dos segundos le bastan para comprender que está casi atrapada, porque ahora en la puerta de la habitación golpea el Acreditado, porque los ojos de la muchacha se han abierto y se incorporan en el lecho y la miran con un rostro engañado —pero que se sabe cómplice—, comprimido entre el terror y la ira, porque el Acreditado impertinente forcejea ya con la cerradura que cruje... Y la mano salta de entre los muslos, con su humedad viscosa. Y tiene la certeza del momento fatal, cuando oye el grito de la mujer y la puerta que cede... Y la mano se precipita, corre al

igual que una araña asustada, trepa por la ventana y se pierde en la oscuridad de la noche, entre las callejuelas de La Habana, como un cangrejo despavorido.

ROJO

MARIBEL FELIÚ

Maribel Feliú (Holguín 1963). Poeta y narradora, ha obtenido varios premios por su obra, entre ellos el Isla Negra en poesía, en 2004, con el poemario *Una taza de sueños*, y el Regino E. Boti con el cuaderno *El reino de los muros* (2007). Tiene publicado el libro de cuentos *Los pájaros inmortales* (Ediciones Holguín, 2005). Poemas y cuentos suyos han aparecido en diferentes revistas y antologías de México, España, Nueva Zelanda, Argentina, Estados Unidos y Honduras.

Papá llegó temprano. Ana le sirvió una taza de café, él encendió un cigarrillo y buscó los periódicos. Yo le quité las botas y acaricié sus pies húmedos.

Llamaron a la puerta. Él invitó a entrar a los dos señores elegantemente vestidos, y luego dijo: “están en buen estado, cuatrocientos pesos y son suyos ahora mismo”. Papá acababa de poner en venta el juego de comedor. Mamá se quedó blanca como una mariposa. Ana puso cara de perro con rabia. El búcaro con flores plásticas se rompió cuando sacaron la mesa. Mamá y Ana lloran, en cambio yo estoy alegre pues no volverán a fastidiarme con eso de que lave las flores con un cepillo sin dientes.

La abuela masca tabaco. Se mece sin parar, le ha dado por ponerse a esperar la muerte. Dice que Esmérida, o sea mi madre, no nació para mi papá. A mí también me parece lo mismo.

Comeremos como los chinos, dice papá, mientras deja caer una docena de cojines rojos. La abuela aplaude. Se imaginan las caras de mamá y Ana. A mí me agrada la idea.

Mamá está cansada de tanta pobreza. Ana engorda por días. Dice papá que sólo piensa en las blusas anchas como el cielo. Tiene musarañas en la cabeza, es por eso que Ana en cualquier momento va a salir volando. Yo a veces le tengo lástima.

Están quitando el polvo que antes no le molestaba a nadie. La cosa es que hasta las telarañas hay que tumbarlas. Extrañamos a las arañas. A papá le encantan, es por eso que manda a tejer a todo el mundo. A mí no, porque soy la más

chiquita. Cuando le da por gritar, vamos a tejer, la situación se pone al rojo vivo. Ana refunfuña en voz baja, viejo e mierda. Papá le suelta un pescozón. Mamá se eriza como gallina sin plumas, pero termina haciendo la voluntad de papá. Ella no se da cuenta de que papi no puede vivir sin las arañas. Esmérida tiene la voz apagada y se pone hojas de salvia en la frente. Me gusta buscarle las hojas, porque me escapó y llegó hasta el río. Hablo con los pecesitos, les digo que papá es rojo. Que estamos comiendo en el piso. Que Ana no quiere a papá. Que mamá siempre se está quejando. Que yo soy tan roja como papá. Y que abuela anda pensativa por los rincones. Subo saltando hasta la mata de guinga y le hablo porque se pone triste y se enoja conmigo cuando sigo de largo y no le doy un beso, entonces sigo por el trillo que inventé yo misma, para cuando peleen en casa salir corriendo y escabullirme entre las yaguas. Ya me han cogido un montón de veces comiendo hierba, tierra, bichos. Hoy, cacé un chipoyo verde, verde y grande. Parecía un elefante. Agarré un palo y empecé a pincharlo. Me dio sentimiento ver como se encogía de dolor y apresuré su muerte, le metí el palo por la boca y se lo saqué por el trasero, ya no le duele. Hice una fogata y lo asé como a un puerco y luego me lo comí, sabía delicioso. Salí andando hasta el río y recogí hermosas piedras rojas, las deposité en una cazuela, así cuando no me dejen salir puedo conversar con ellas.

Regresaron los hombres en busca del escaparate. Son deudas que tiene mi padre, y las deudas hay que saldarlas, dice la abuela, mientras escupe en una palangana bucheros largos y oscuros. Cuando el recipiente se llena, comienza a correr entre

nosotros la sangre. Sí, porque es igualita a la sangre. Papá es el que la limpia. Mamá y Ana vomitan como condenadas. A mí, no me da nada, será porque me gusta el rojo.

Con el poco dinero que teníamos papá compró una lona roja y la tendió a lo largo de la sala, para poder ver mejor la tele. Es maravilloso ver a papi sentado frente al televisor fumando sin parar. Mamá no, ella protesta por todo.

Tejen y tejen, el viejo quiere vernos a todos vestidos de rojo. Están tejiendo a punto de palomita, medias, corbatas, camisas, pantalones y vestidos. A papá se le ha metido que hasta los bloomers tienen que ser rojos. Y a mí me encanta la idea, dice papá que me veré preciosa porque soy blanca y el rojo me viene de maravilla.

A Ana nunca le dije que era novia de Albertico, en realidad yo no sabía qué éramos. Haremos como mamá y papá, me decía, y ponía su pipi en el mío. Nos besábamos y luego me crecía la barriga, entonces él me operaba. El nené nacía y yo le daba mis teticas. Así nos pasábamos las horas hasta que a mamá se le ocurría llamarme. La voz de mami era como un rayo. Qué fastidiosa, a veces yo también quiero que muera.

Fui a encontrarme con los peces y les dije que si no sería mejor que mamá muriera. Entonces pensé en Ana, se quedará tan solita. No, mamá no debe morir. Arranco flores rojas y las llevo hasta el jarrón que está en su cuarto. Cuando mamá las ve se pone blanca como la nieve. Pero yo sigo poniéndolas, porque a lo mejor un día le llega a gustar el rojo.

Papá se apareció con cinco latas de pintura roja. Mamá y Ana empezaron a insultarlo, a papi le saltaron las lágrimas.

La abuela se encogió y se puso muy triste, y yo grité y grité y grité más fuerte, creo que los dejé sordos. Salí corriendo trillo abajo y no me encontraron hasta llegada la noche. Ya habían comenzado a brotar las estrellas y el cielo era oscuro, los árboles rugían con el viento y yo, acostada sobre la tierra mirando, sintiendo como el calor del suelo penetraba en mi cuerpo. Cuando regresé, la casa estaba huérfana. No había muebles, sólo el hondo balance de la abuela. La mata de guanábana creció de repente dentro de mí.

Ana y yo siempre peleamos, ella es muy celosa. Yo la quiero, pero cuando se pone pesada me dan ganas de pegarle y al instante ya nos estamos riendo. Ana no es mala, lo que sucede es que a ella y a mamá el rojo las pone melancólicas.

A papá nunca le comenté lo de Albertico. Yo no sabía si era la novia de él o de Ana. Por las noches mi hermana quiere jugar a la tortuga ciega. “Cierra los ojos —dice mientras me quita el bloomer, y repite—, se me perdió una tortuguita por ahí, déjame ver dónde está”. Y cuando ella dice a no dormir se pasa la noche dándome besos en la cosita.

Vuelven los señores y ya no hay nada que venderles. Papá continúa con las deudas. No hay comida, dice mamá, y la culpa la tiene tu padre por esa comedera de mierda de estar empecinado con el rojo.

Mamá echa chispas.

Me voy cantando. Agarro la yagua y me lanzo desde la loma. Voy a dar al río. Me lavo las manos, el agua está fría, fría. Me gusta mirarme en esa agua transparente y le pregunto “por qué mami no me quiere”. Y no es que ella esté muy atareada,

cuando me acerco para darle un beso, dice: “déjame, chiquilla mocosa”. Entonces me siento en las piernas de papi, lo beso, le halo la nariz. Le digo que él es mi rey y lo siento temblar y su pipi crece como una palma. Ya sé que debo quedarme tranquila. He visto a papá con una corona roja en la cabeza. El rey rojo, como en las aventuras. Ya me duermo en sus brazos. Al otro día papá amanece contento y le pido que me deje ir a recoger flores rojas. Las amapolas se mecen y tararean canciones. Vuelan bandadas de pájaros alborozados. Las flores que hay en mi jardín son mariposas blancas, no me gustan porque cuando me ven salir, dicen “ya vas de nuevo para el río, se lo diremos a tu mamá”. Les sacó la lengua y sigo a toda carrera. Y es que en el río yo me olvido de todo, hasta de papá. Me entretengo y de pronto ya no hablo más. Me quedo mirando al cielo y voy imaginando que entro en una casa enorme con cortinas de nieve, y el humo, un perro, un gato, una cotorra y por supuesto, geranios y rosas rojas.

Esta tarde Esmérida me pegó. Yo quería lavarle las camisetas a papá. Me regañaron por acabar con el jabón de algarrobo. Llegó papi con un cuadro rojo. Ella se quedó bizca y dijo esto era lo último que me faltaba. No te has percatado de que eso no tiene nada pintado. Papá respondió, es rojo, coño, rojo.

Comeremos tomates, remolachas y mermelada y nos hemos vestidos como personas decentes y rojas, así es como a la abuela le gusta. Papá me ha prometido ir a visitar la cueva. Voy en busca de saltamontes y hormigas rabúas. Luego papá y yo jugamos al escondido Papá por fin me encuentra y me

hace cosquillas hasta que creo morir. La cueva es oscurísima, hay manantiales y crecen plantas todos los días. Tiendo sobre las piedras las sábanas rojas. Papá está cansado, así que nos acostamos. Él me quita las ropas, dice que estoy hecha una mujercita. Que soy su princesa y que voy a ser escandalosamente bella. Abre mis piernas y acaricia mi gatita, porque si no la lame se enojará con él. Le gusta por ser pequeña y roja. Después me pide que le bese el pipi, y ese si que es grande, no se parece al de Albertico.

Me ordena que me quede quietecita. Besa mis dos naranjas, y ellas crecen. Él dice que es el papá más feliz del mundo y pasa su pipi por mi tota. No te asustes, hoy sangrarás, te convertirás en una mujer, te dolerá un poco pero después te acostumbrarás. Y empieza a empujar su león. Y me duele. Y pienso en mamá, en Ana, en la abuela, en las piedras, en el río. Me arde y papá está como loco moviéndose sin parar. Me asusto, pero tengo que ser roja como él. Sudo. Un fuego se come mi totica, me quema. Papá grita, y yo que ya no me siento las piernas, la barriga, tengo frío. Y siento como la voz de papi se va alejando cada vez más. Estoy muy triste desde que no lo veo. Mamá llora, parece que ahora sí me quiere, me abraza fuerte y dice que papá se ha ido al cielo. Y yo me quedo mirando largo rato y ya me invento una escalera.

PÁGINA 66

ODELÍN ALFONSO TORNA

Odelín Alfonso Torna (La Habana, 1969). Periodista independiente y narrador. Ha sido colaborador de medios digitales como Cubanet y Primavera Digital. Reside en Miami desde el año 2016.

Pepa irrumpe accidentalmente en el Caribe, al encuentro del pretencioso Fito Carabao. Encuera hasta la médula, se desplazaba sobre aquella espaciosa e irregular superficie, cubierta de diminutas partículas de polvo.

Por primera vez accedía a aquel lugar, que percibía húmedo, silencioso y con luces intermitentes. Lo hacía con cierta cautela, como quien teme ser presa de la sorpresa o de un trágico y eventual incidente.

A pesar de que su fina y semitransparente piel no le permitía exponerse excesivamente a la luz, Pepa asumía con temeridad la naturaleza de aquel nuevo artificio.

Su cuerpo púber e inocente sentencia el eros con la fragilidad que caracteriza el trazo abrupto y fértil de su maduración genital. Erotiza en cada paso su lento acercamiento a Carabao, supuestamente escabullido en algún lugar del Caribe o detrás de sus extraños elementos, aquellos que por primera vez evalúa con desconfianza.

Recién iniciada la exploración, Pepa se detiene al pie de una amarillenta y despuntada hoja de libro. La página debió permanecer tendida sobre aquel apartado lugar por mucho tiempo. Sus bordes quizás sirvieron de aperitivo a la voracidad de algún insecto.

Frente a Pepa, mil quinientas letras develadas en negro, la página 66 de *Retratos de ambigú*, narrativa de Juan Pedro Aparicio.

Circundando el aventurado y capitulado espacio de Pepa, la crispación matrimonial de los Fonseca –Pedro y Sandra–

tocaba fondo. Una avalancha de insultos, en ambas direcciones, distorsionaba la paz hogareña.

La catarsis se debía a que un grupo de trabajadores sociales peinaban el barrio de San Isidro. Efectuaban un censo poblacional con el objetivo de cambiar los equipos electrodomésticos de alto consumo.

—No seas comemierda, Sandra.

—Tú sabes, Pedro, que este cuerpo lleno de celulitis ya no da ni para vicios (...) Mejor cá-lla-te (...) no lo voy a cambiar nada porque es un recuerdo de mi padre.

—Lo nuevo es nuevo, so puta... ¡tu padre está en el quinto infierno por borracho y maricón!

Pedro da un puñetazo encima del televisor. Esta vez el rostro de Sandra escapa de los nudillos, de esa mano áspera y callosa de agricultor.

La página 66 se mueve unos centímetros, alguna brisa o estruendo, quién sabe. Pepa la lee detenidamente: “la metáfora de mi vida: la búsqueda continuada de la justicia. Por eso os lo digo a vosotros, aquí y ahora, que sois mis amigos, pero también quisiera decírselo a la oposición, a esos que se han atrevido a pedir contra mí una moción de censura”.

—Sandra, no vale la pena empingarnos por culpa de lo que se les ocurrió a estos hijos de puta. Uno siempre sale jodido en todo esto y ellos son los que se llevan la gran tajada.

—Tienes razón, Pedro, discúlpame. No tenía por qué recordarte mi andanzas como jinetera.

—¿Por qué? ¿Qué se me puede censurar? He buscado a Chacho, como he buscado durante toda mi vida la realización

de la justicia en este mundo”, repasa con la vista Pepa a mediación de la página amarillenta.

–A mí tu pasado me importa un bledo, Sandra. Por mí puedes templarte a otro delante de mis ojos. Por el contrario, eso me excita –rezongó Pedro mientras se tocaba el escroto.

–¿Qué será de Fito Carabao? –se pregunta Pepa al tiempo que prosigue leyendo. “Si no lo he conseguido más se debe a lo ambicioso de la meta que a mi empeño...”.

A la puerta de los Fonseca toca uno de los trabajadores sociales, un lánguido moreno, rapado y de facciones gruesas. Blandiendo unas planillas que lleva en sus manos, pide pasar con el acento que caracteriza a un guajiro serrano.

–Adelante chamaco, ¿qué se te ofrece? –pregunta Pedro dándole la espalda.

El cuestionamiento de Pedro era mera rutina, la visita se esperaba. Estuvo antecedida por una fuerte discusión.

–¿Qué tienen para cambiar? ¡Ahora o nunca! Los equipos tienen que estar funcionando... si no, olvídense.

–Entonces puedes irte, el refrigerador no funciona y el televisor se oye pero dejó de verse hace unos minutos... no sé por qué cojones –replica Sandra malhumorada.

–Entonces no procede –responde cautelosamente el lánguido serrano.

–Total, se llevan el equipo viejo y ni siquiera lo valoran. De todas formas no tengo como conseguir tres mil ciento veinte pesos para pagar el nuevo –intercede Pedro virando sus bolsillos.

Pepa sigue bajando la vista sobre la página 66, la detiene sobre un guion y prosigue la lectura: “Metáfora, quimera, utopía, todo eso me parece genial. La vida, alcalde, es toda una larga metáfora...”.

El moreno abandona la casa de los Fonseca. Siente el brusco cierre de la puerta tras sus espaldas. Sandra y Pedro se ofuscan otra vez, la discusión se torna violenta. Ambos se toman violentamente por el cuello. Los latidos del corazón de Pedro aumentan y la respiración se le hace insuficiente.

Sin desprenderse uno del otro, caen al suelo y ruedan hasta el televisor (marca Caribe), que se desploma abruptamente sobre ellos.

Pepa, la pequeña salamandra, se desploma aferrada a la página 66. Las piezas dentro de su entorno Caribe se confunden. Rodeada de componentes metálicos, semiconductores y placas de baquelitas conformadas por estañadas líneas de cobre, lee su última frase: “¿Metáfora, quimera, utopía...? Me gusta, me gusta”.

Las lumbradas se agotan en el tubo de rayos catódicos. También la fatigosa pelea de Sandra y Pedro, y los pocos vestigios del lagartijo Fito Carabao, quien queda electrocutado con el alto voltaje del televisor.

Un humo pestilente inunda el espacio todo, el Caribe, la casa de los Fonseca y la ya indescriptible página 66, que sentencia el poco aliento de Pepa la salamandra.

EL CENTRO Y LA PERIFERIA

ORLANDO FREIRE

Orlando Freire Santana (La Habana, 1956). Escritor y periodista independiente. Colaborador de Cubanet y Diario de Cuba. Ha publicado, entre otros libros, *Así lo quiso Dios y otros relatos* y la novela *La sangre de la libertad*, con la que ganó el Premio Kafka en la República Checa. Premio de Ensayo ‘Carlos Alberto Montaner’ 2020, del proyecto Puente a la Vista, con su libro *La libertad es una sola*. Reside en La Habana.

Todos voltearon sus cabezas casi al unísono. Fue una reacción en cadena que siguió a la mirada hacia atrás de uno de los sentados en la primera hilera de sillas, como si presintieran que algún acontecimiento extraordinario rodearía con un hálito de misterio el inicio de la ceremonia. Y lo vieron avanzar a través del estrecho pasillo, orondo, la frente altiva, cual Gengis Khan por aldea conquistada, exhibiendo la guayabera elegante que resaltaba su indiscutible condición de Jerarca de la cultura nacional. Detrás, a prudencial distancia, porque la jerarquía es la jerarquía, marchaban la esposa y la hija del Jerarca, con la misma progenie que la del Gallardo, el orgullo de quienes se saben egocéntricas, y la voluntad de conducirse como tropa victoriosa pero no inclemente.

Permanecían vacías tres sillas en el centro del salón, y a ti, Ernestico, te asaltó la curiosidad de desentrañar si los invitados a esta singular fiesta de bodas seguían el consejo de Jesús que conocieron por San Lucas, y evitaban escoger los asientos de honor en la mesa por temor a ser desplazados de los mismos, u obedeció a una decisión de los organizadores de no ocuparlos para que esa noche la premiación del evento literario se adornara con una presencia distinguida.

Si tú escribieras como desentrañas, de seguro habrías ganado este concurso, Ernestico. Ya presentes el porqué de los asientos del Centro, porque si el Jerarca se ubica en la primera fila, enseguida empiezan los comentarios de que los últimos serán los primeros, o no van lejos los de adelante si los de atrás corren bien. Porque el Centro es el Centro. Esos tres sangre

azul son núcleo, corazón, esencia, foco. Ustedes los periféricos apenas circunferencia, epidermis, escoria, penumbra.

Una rápida sucesión de ideas te llevó a desenredar la otra hipótesis. Cuando viste a la hija del Jerarca recordaste que era escritora, y que escribía cuentos, género sobre el que versaba el concurso. Comoquiera que era costumbre en los organizadores el informar a los agraciados con anticipación, intuiste que la afortunada descendiente sería la triunfadora, y la ilustre parentela officiaría como palo referencial de una astilla vanagloriosa.

Sufriste en silencio la certeza de que tu presunción se hiciera realidad, y una vez más quedaras en el oscuro papel de participante con penas y sin glorias, y buscaras un chivo expiatorio en el inefectivo empleo del narrador, o la chatura de tu realismo antimágico, o el empobrecedor lenguaje, o la manifiesta incapacidad que exhibías para redactar un cuento largo, un cuentinovela como ya lo nombran los críticos, esos que sirven para que los narradores poetizen y los poetas narren. Claro, Ernestico, en el fondo está la controversia entre Mañach y Lezama, y como tú eres un mañachniano te toca joderte. Lezama es el Centro. No entiendes la literatura de moda, como tampoco Mañach entendió la poesía de Lezama. Ahora la escritura es hacia adentro, endógena, poco comunicativa. La realidad es para sufrirla, no para reflejarla, chico. Pero, por Dios Ernestico, un poco más y el malestar te conduce a ignorar al Ilustre y su comitiva, ya ubicados muy cerca de los asientos que les servirían de pedestal, en el trajín cotidiano de quitarles

el polvo a las sillas, pero de pie todavía como quienes aguardan por el merecido aplauso de la concurrencia.

Te convenciste de que ibas a ser el único que incurriría en la inadvertencia, pues sin dudas el resto de los presentes enfocaban su atención sobre los recién llegados. Algunos, colmados de amor propio y liberados ya del nerviosismo de la competencia, amasaban con deleite la posibilidad de estrechar la mano del Eximio. Que importa enviar un cuento y no ser premiado por el jurado. Recibir la distinción bien podía tratarse de un hecho coyuntural, fortuito, adherirse a la tendencia prevaleciente: ya lo narrado no interesa, el tema, si lo hay, carece de trascendencia, el lenguaje deviene en personaje central, penetramos en un laberinto de excelente dominio lingüístico, técnica apabullante, pirotecnia verbal y gran dosis de ensayismo. ¡No te vayas a lamentar más! Lo que tienes que hacer es crecer, empínate y anda. Mira el ejemplo de Lezama, que con tamaña adiposidad supo trasladarse de la Periferia al Centro. ¡Imítalo! Tú, en cambio, insistes en que afiliarse a la moda no necesariamente denota la real significación del que escribe. Ser conocido de un Jerarca de la cultura nacional, pensabas, constituye algo imperecedero, ajeno a los vaivenes de lo casuístico, excluyente de que la farándula literaria nos contemple como a unos neófitos.

Ya a punto de sentarse, el Insigne lanzó un primer saludo a los miembros del jurado. Estiró el brazo izquierdo con la mano en posición de decir adiós, después su puño se cerró, y finalmente dos de sus dedos adoptaron la señal de la victoria. Tras lo cual, sin perder el sonreír de la plena realización humana,

se alisó con cuidado la guayabera impecable y comprobó que las dos escuderas habían ocupado sus asientos. Un claro mentís a esos que reservan esa prenda masculina sólo para mediocres, oportunistas y segurosos. Esa es una visión europeísta, y por tanto estrecha y parcialmente inexacta acerca de la realidad de la isla. Tú sabes, Ernestico, que también sirve para vestir a los Hidalgos, como éste que satisfecho por la recepción, afónica pero omnipresente, posó sus mustias asentaderas sobre la silla agradecida.

Los jueces del certamen reciprocaron enternecidos, como si un arcángel los iluminase desde el cielo. En nada se veían contrariados por la demora debido al acomodo de los arribantes. De existir cierto malestar en ellos era por la distancia que los separaba del Distinguido, y que les privaba en ese momento de un abrazo, una palmadita en el hombro, o un ósculo en el caso de las féminas con esta gloria de la nación. En el caso de los periféricos, Ernestico, no todos compartían tu intrascendencia. A veces las apariencias engañan. Por ejemplo, observa a aquel joven a quien el desenfreno instó a quebrar las normas protocolares, cual shiíta que idolatra a su Imán. Corrió a donde estaba el Glorioso y lo saludó emocionado. Un apretón de manos que se prolongaba, matizado por un intercambio de opiniones exponente de cierta intimidad, una inobjetable credencial para el mozuelo, al que de inmediato imaginaste una promoción sobresaliente de los talleres literarios, o un esperanzador pino nuevo de la Brigada Hermanos Saíz, tal vez algún discípulo aventajado del chino Heras, quizás un fiel representante de la más reciente generación de poetas. Pero,

sobre todo, ya una persona importante en esta peculiar velada literaria.

Sobrevino el dilatado comienzo. Uno de los integrantes del triunvirato justiciero leyó el acta que reflejaba el consenso conseguido tras las deliberaciones. Pero en el ambiente de aquel salón flotaba una atmósfera disociante. Parecía como si a nadie le interesara mucho concentrarse en lo que leían. La gente miraba de soslayo al Sobresaliente, espían sus gestos y comportamiento, y sobre todo se mantenían muy alertas ante el más mínimo ademán de saludo que transmitiera a un feliz destinatario. Hasta el propio triúnviro levantaba de vez en cuando la vista del papel para buscar el asentimiento del Caballero, cuyas pupilas se parapetaban detrás de unos cristales pulcrísimos que iban montados sobre una bella armadura niquelada, que era como de oro, ese mineral que acostumbran hurtar los morenos en la calle, muy distinta a tus rústicos espejuelos, Ernestico, confeccionados de un plástico horrible, herencia legítima de los tiempos en que la marea esclava desbordó el Mar Negro y contaminó el noroeste del Caribe.

Tú mismo reconoces que nunca antes un suceso no correspondiente a la ceremonia en sí hubiera monopolizado tu atención durante las muchas premiaciones en las que habías participado. Confeccionaste un catálogo visual con las personas que aprovechaban la menor oportunidad y se levantaban de sus asientos para encontrarse con el Patricio: una visita al baño a orinar o alguna salida fugaz de la sala de reuniones. Formaban parte de una clase social superior. Aunque, a decir verdad, no todos refulgían con luz propia. Los había capaces de sostener

una pequeña plática con el Benemérito, esos ameritaban que éste ignorara por unos minutos al lector. Dabas por descontado los méritos que acumulaban: una considerable obra publicada, miembros prestigiosos de la Unión de Escritores y Artistas, integrantes del consejo de redacción de alguna resucitada revista literaria, beneficiarios de giras al exterior o acreedores de que el filantrópico Fondo para el Desarrollo de la Educación y la Cultura les financiara la adquisición de un ordenador con que ponerse a tono con los tiempos desde la intimidad de sus hogares. Por supuesto, Ernestico, nos referimos al FONCE o al FONDE, como quieran llamarlo. Qué importa una denominación u otra en este mundo postmoderno donde no hay mayor postmodernidad que una sigla. Sí, ese ubicuo mecenas que lo mismo le resuelve una vivienda a un pintor, que unos espejuelos bifocales a un comediante, o le repara el ascensor a una bailarina, o le gestiona una operación en el extranjero a una escritora medio ciega, o le paga el pasaje a México al hijo de un director de orquesta, o le abona cien dólares al mes a un artista ocambo para que desde su casa enarbole la condición de Centro. Las Personalidades son las Personalidades, Ernestico, no seas envidioso. Y un mecenazgo crea espacios, como tú dices, pero al propio tiempo los condiciona... Ya, ya, Ernestico, estás tomando por un derrotero que no conviene. La Perestroika hace tiempo que pasó de moda y en cualquier momento el Centro aduce que estás aplicando razonamientos extraliterarios, recuerda que la cadena siempre se quiebra por el eslabón más débil. Mejor te fijas en el segundo grupo, más numeroso que el anterior, quienes sólo lograban que el Admirable les estrechara

la mano, pero sin mediar palabra u otro tipo de reverencia. Serían funcionarios anexos al sector de la cultura o en el mejor de los casos escritores de la periferia, con exiguas reservas de papel y los disquetes a cuestas para que un amigo piadoso les imprimiese algún texto. Otros acudían a saludar a la hija o la esposa del Brillante. Se inscribían en el círculo de amistades de una de ellas y el nivel no les alcanzaba para acceder directamente al padre de familia. Mas, ya de retirada, asimilaban jubilosos la cortés congratulación del Egregio.

En la base de esta pirámide privilegiada ubicaste a cinco o seis individuos, quienes más por voluntad que por derecho, se aferraron en obtener la bendición del Preclaro. Fue lamentable verlos mendigar un gesto amistoso, que apenas se limitaba a un frío contacto de manos sin mirar a los ojos del intruso y con evidente maledicencia por el fastidio. Inoportunos principiantes que esporádicamente habrían coincidido en tertulias o recitales de poesía con esta cumbre de nuestras letras. ¡Qué siguieran machacando con la máquina de escribir y las copias ilegibles a papel carbón! ¿Y qué restaba para los vedados de la democracia en esta Grecia inventora de la democracia?. Eran unos desclasados que a esa hora debían sentir sobre sus espaldas el torrente acusador de los presentes. Tú, infeliz Ernestico, creías ser el centro (no el Centro) de la compasión colectiva al no provocar ni un anémico guiño de ojo del Esclarecido. Un impulso repentino casi te insta a pararte y correr hacia el trono, pasara lo que pasara, te ultrajaran o te humillasen. Pero no, el hombre debe darse su valor, te dijiste en un atinado arranque de dignidad que mantuvo tu cuerpo clavado en el asiento.

Llegó el momento culminante. Los jueces informaron que por decisión unánime el premio era compartido entre dos participantes. Por supuesto, el primer nombre mencionado fue el de la hija del Héroe. En medio de una salva de aplausos la joven se abrió paso por la fila de sillas y salió al pasillo en dirección al jurado. Esbelta, tiposa, de andar firme, una marcialidad ensayada, al compás del regio vestido maxifalda en el más fino estilo de un Pierre Cardin o un Christian Dior. Da igual. Lo importante es el exotismo de la firma que atestigüe la apertura de la isla hacia el mundo. El Epónimo aplaudía sin cesar, eufórico, como si rememorara el éxito de sus lúcidos poemas o las tantas ediciones de los trotamundos ensayos calibanescos en los que defendía a capa y espada la identidad latinoamericana.

Oh, sorpresa, sobre todo para ti, Ernestico. Parece que asistimos a un capítulo más de la rebelión de las masas. El otro premiado resultó ser un joven insípido, vestido con la última cuota de ropas de la libreta de racionamiento de productos industriales, quien con explícita inseguridad e implícita carencia de familiares en el extranjero que se ocupen de él, arrastró su insulsa existencia hasta llegar junto a su encopetada predecesora. Allí posaron para unas fotografías. Qué nítido contraste: la bella y la bestia, el Norte opulento y el Sur subdesarrollado, la princesa y el mendigo, el Centro y la Periferia, una concesión de Plejánov acerca de la cordialidad entre las clases sociales.

Se aflojaron las tensiones. Los organizadores proponían un receso que fungiría de transición relajadora para pasar a la actuación de un joven trovador. Era la oportunidad de

pararse y estirar las piernas, ir al baño o beber un vaso de agua fría. Pero el Excelente continuaba en su silla. Miró a uno y otro lado e intercambió breves frases con su cónyuge e hija. Estaba contento, disfrutando la dicha que la vida le ofrecía a cada instante. Mas la privacidad le duró poco, pues pronto fue rodeado por un grupo de simpatizantes que repetían la visita, esta vez con el pretexto de felicitar a la laureada. Había que reafirmar el lustre que se ostentaba.

De repente apareció entre la muchedumbre. Quizás muy pocos habían reparado en su presencia, sin embargo aquel hombre canoso, de ojos claros de luna llena y ademanes extratropicales se fue acercando hasta arribar al centro del salón. Actuó como un clásico rompe grupos. Al verlo, el Excelso abandonó su silla, apartó a los aduladores y se fundió en un estrecho abrazo con el flamante personaje. Las dos mujeres también se pusieron de pie en el acto, cual sirvientas que llevan con diligencia el escudo del Caballero, o mejor, listas para parangonarse con uno de su linaje. Quedaste extasiado Ernestico. Presentiste que acababas de conocer a otro grande de la cultura nacional. Ciertamente que no recordabas su nombre, pero esa cara te era familiar, seguro habrías leído algún libro suyo, o cualquier colaboración en la revista del Primado. A partir de esa noche tendrías mucho que contar a tus futuros hijos y nietos; no importa que tu condición ante ellos fuese la del beato frente al Mesías. Habrías estado cerca de dos seguros acreedores al Premio Nacional de Literatura, centristas conversos y confesos, y ahora más lezamianos que la familia Vitier-García Marruz, no importa si su procedencia fuese origenista, ciclonista o lunista.

Rectificar es de sabios, Ernestico, no digo yo si de simples intelectuales también, por muy centrípetos que sean.

Tras la emoción de este encuentro, ¿qué más podías pedir? Lo cierto fue que pronto te diste cuenta de que no aguantabas más en aquel lugar. Qué te importaban el trovador y el grupito de insistentes que seguían tras las huellas del Magnánimo y su familia. Preferible era salir y tomar la brisa de la noche. Pero no te hagas ilusiones, Ernestico, esta fue otra derrota literaria para ti. Y siempre que sucedía un descalabro era inevitable que te asaltaran malos pensamientos... ¿ Que en qué se parece la democracia a muchos concursos literarios? Que la democracia ateniense era democracia sólo para algunos, y muchos concursos literarios son concursos sólo para algunos, para los que tienen un nombre, pues muchas veces las obras de los desconocidos, de los periféricos, no te dé pena reconocerlo, no son ni leídas... O aquella tarde en que visitaste la exposición de libros españoles en el Salón de los Pasos Perdidos en el Capitolio Nacional y te acercaste a la colección de los premios Cervantes ,y viste nada más y nada menos que toda la novelística de Vargas Llosa, y después te informaron que esa colección iría para la Biblioteca Nacional, y te afileste los dientes imaginando que al fin ibas a leer *La ciudad y los perros*, *La casa verde*, *Conversación en la catedral* y *La guerra del fin del mundo*. Pero qué decepción cuando comprobaste que a la Biblioteca Nacional no llegó nada de Vargas Llosa, los libros se quedaron por el camino, hicieron honor del salón donde se exhibían, o fueron a parar a las manos de esa fauna que esta

noche se cogió para sí al Superior. Los estrangularías con tus propias manos...

Cuidado, Ernestico, tanta soberbia y ensimismamiento son peligrosos en una ciudad capital. Es verdad que escasea el combustible, pero no tanto como para cruzar una calle con la mente en las musarañas. Un poco más y resultas atropellado por un automóvil que salía de la actividad artístico-literaria. Como sucede en esos casos, quisiste ver la identidad del chofer, y éste comprobar lo desapercibido del peatón. Al timón iba el hombre canoso, de ojos claros de luna llena y ademanes extratropicales. Otra gloria de Cuba. Mas obsérvalo bien, no te predispongas. Cualquiera diría que intentaba desextratropicalizarse y hacerte un ademán para que subieras al auto. Lo que sucede es que tú no colaboras. Pero reconócelo, una persona excelente. Ese rostro no se olvida.

Todavía no cruces, mira detrás, en ese otro automóvil viaja la familia del Magnánimo. Lógicamente, el Monarca delante y las cortesanas en el asiento trasero. Y el Rey no va al timón; el chofer es un tipo arrabalero ciento por ciento. No Ernestico, no te admito que vayas a calificarlo de una manera tan peyorativa. Eso que tú estás pensando, ahora se llama un trabajador social. Recuerda que los conceptos también evolucionan.

De regreso a tu casa, montado en un camello, no podías exorcizar las ideas que te agobiaban, a pesar de lo hostil que el urbano animalito era para el pensamiento. Porque en la época en que enviabas tus cuentos a los concursos literarios, un camello en el Sahara era un mamífero rumiante más alto y corpulento que el caballo, con el cuello largo y dos gibas en el

dorso que servía para transportar a los habitantes del desierto. Pero aquí, en esta isla, más bien se trataba de un ORNI, o sea, un objeto rodante no identificado que se usaba para trasladar a los periféricos de un sitio a otro de la urbe. En resumidas cuentas, entre esta ínsula y el desierto casi todo es diferencia. Excepto el calor. El que hace allí por el día y el que reina aquí las veinticuatro horas. Calor para todo el mundo. Eso sí es democracia, Ernestico.

Esa cara tú la conocías. Lo habías visto en algún lugar, aunque no precisabas dónde ni cuándo. Es evidente que el plástico horrible de la armadura de tus espejuelos te está deteriorando los cristales. Fue menester que transcurrieran unos días para que lograras definir que aquel joven que te empujó o tú empujaste durante una cerrada curva en la que se internó el repleto e infernal camello, no era otro que el premiado junto a la hija del Jerarca.

LOS CÍRCULOS DE HOWKINS

OSCAR G. OTAZO

Oscar G. Otazo (Duandy O. Gómez) nació en Cabaiguán en 1977. Poeta, narrador, ensayista y editor. Se graduó de Licenciatura en Estudios Socioculturales en el 2012. Obtuvo Primera Mención en el Concurso Nacional Eliseo Diego 2007 y en el Mono-rosa 2006, y es Premio de Narrativa 'Reinaldo Arenas' 2018 con su novela *Los dioses muertos*. Tiene publicados los libros de poesía *El ascenso de los hijos de Usna* (Ediciones Luminaria, 2007) y *Bosque sagrado* (Ediciones Luminaria, 2012).

Esta lenta araña arrastrándose a la luz de la luna, y esta misma luz de la luna, y tú y yo cuchicheando en el portón, cuchicheando de eternas cosas, ¿no hemos coincidido ya en el pasado? ¿Y no recurriremos otra vez a ese largo camino, a ese largo y tembloroso camino no recurriremos eternamente?

Friedrich Nietzsche

Aquella mañana cuando me levanté, preparé las maletas y subí a un barco con destino a Irlanda, no pensé que vería, por última vez, las torres cónicas del Palace State ni apreciaría el vaivén de las aguas del río Akeley. Ya en la cubierta, le di un abrazo al capitán Brill. Por esa época, Irlanda representaba mi reencuentro con el pasado y mi presente. A pesar de hallarse en otro continente y ser parte de otra cultura, creía en ella como se podía creer en la liberación de la bondad y el conocimiento. Cada paso, cada silencio estaba ligado a ese país, a su misticismo y a su historia como podían estarlo los astros a la vindicación del tiempo. Convencido y estimulado, recordé el pasado donde Brill se debatía en experimentos de sórdidos literatos y yo me complacía con pensar en naves griegas y en cámaras fúnebres de faraones egipcios. Previo a partir, cuando oí el sonido de la bocina, el miedo me estremeció y tuve un claro vaticinio de la muerte. No pude comprender lo que sentía, pero esa premonición era el paso hacia la interminable sabiduría. Pasé

a mi camarote y volví a salir. En la cabina, Brill miró el mar y dijo, mientras señalaba con beneplácito el horizonte:

—¿Está luminoso, eh?

Aunque no me gustaba, afirmé que sí.

Por un momento, el mar me resultó antiguo, pero ya estaba resuelto a seguir atado en ese presente como si, en lugar de un hombre, yo fuera el tiempo.

Vi un barco moverse en el horizonte. Premonición o miedo, me abrazó una sensación de angustia y me dije: *Quizás, dentro van los destinados a las nueve noches de quien los espera.* Después, me regocijé al escuchar una música indonesia que provenía de uno de los camarotes. La letra hablaba de hombres perdidos, noches, caballos salvajes y promontorios rojos.

Por un instante, pensé en Cabaiguán; recordé el Paseo Langhorne, la Catedral Saint Clement, el edificio donde el profesor George G. Platinni había encontrado la muerte luego de un destino de apurada fama y terminante derrota; recordé a la doctora Mar Segman, al poeta Ness Bostik también muerto sin alcanzar la puerta del laberinto de su fama. Estaba de lo más angustiado, cuando la algazara me obligó a volverme.

En medio de un grupo me llamó la atención un hombre huesudo, de marcados rasgos nórdicos, con la barba gris y los ojos brillosos, a causa (hoy lo sé) de la vejez prolongada y también del consecutivo esfuerzo de fijar la vista. Ignoro la razón, pero lo igualé a uno de esos mimos que, de tanto imitar lo real, terminan trastocando su personalidad. Al rato, la música concluyó, los bailarines se alejaron, el hombre se acercó y me invitó a compartir la vista con él.

—En definitiva —dijo—, el mar es para los hombres y su vanidad de vivir como naciones.

La frase quiso ser ingeniosa, pero intuí algo en ella de mero teatro.

—Si es por eso, nosotros vivimos como deseamos; sin embargo, pasado el tiempo, no somos nada.

—Ser algo nos viene importando demasiado —su voz tenía un no sé qué de altanería.

—Créalo o no, ser es lo que más nos importa.

—Si no estuviéramos tan pendientes, tendríamos más para vivir; por suerte, ya seremos otra vez los que fuimos y así, hasta la eternidad.

—La eternidad es una palabra indigna de quienes no pensaban en ella —respondí.

—Bien que lo piense así. Lástima que el tiempo sea una estupidez más de los hombres —después hizo un pase con una mano.

Ante mi silencio, me preguntó si era cubano.

—Cubano —respondí, pero, al notar su asombro, agregué—. Voy de paso a Irlanda.

—¿A Irlanda? ¿Va usted hacia la vieja Eire?

Asentí.

—Es asombroso.

—No veo por qué lo sea.

—Quizá tenga que ver con mi orgullo.

—¿De ser cubano?

Una bandada de albatros cruzó la distancia. Recordé el poema del poeta francés. Repentinamente, el viento se alargó

en una rápida y violenta ráfaga. De pronto todo pareció a punto de oscurecer; las olas se elevaron en un movimiento de espumas cortantes. Amenazaba con tormenta y le sugerí entrar. Lejos de responderme, permaneció en silencio por un rato. La tormenta ya nos rozaba y volví a instarlo. Como la otra ocasión, mi intento fue en vano y me alejé. Su voz me detuvo. Cuando me volví, el mar se encontraba sereno y refulgía en un índigo de plata.

No pude controlar las sensaciones. Me vi en medio de una visión del mar borrascoso y furibundo; pensé: El mar de Olokun. Su pregunta cortó mis pensamientos. Tuvo que notar mi ensimismamiento porque volvió a preguntarme de dónde provenía.

—De Cabaiguán —dije.

Sus ojos se abrieron como el de un fanático.

—Es imposible, hace cerca de seis mil años que Cabaiguán se incendió y quedó destruida.

Más de seis mil años habían transcurrido después de que el judío impostor se proclamara como el Hijo del Omnipresente y, a consecuencia de su osadía, había encontrado su verdad en la cruz. Cabaiguán, en aquel tiempo, no cifraba ningún significado para el Universo.

—Soy de Cabaiguán y con esto basta para confirmárselo —extraje mi pasaporte y se lo extendí.

Revisó las páginas, se detuvo en una hoja, me lo devolvió.

—Lo que pasó está pasando o pasará —agregó con un tono de ironía.

—Igualmente soy de Cabaiguán y, a estas alturas, ninguna ciudad puede ser más populosa. Si no lo sabe, ya vamos para los seis millones de habitantes.

El hombre me miró esta vez con tristeza.

—Seis mil años atrás esa ciudad fue destruida, yo soy testigo.

—No creo que nadie pueda sobrevivir tanto tiempo. En cuanto al fuego, todo allí está intacto.

Ausbronne, como dijo nombrarse, se mantuvo en silencio. Después, se perdió en una mueca de disgusto.

—Si de algo le sirve saberlo, de alguna forma somos los que fuimos.

Negó con la cabeza.

—La realidad responde a un mismo estado, a un mismo círculo. Usted no es usted; sin embargo, ahora no es menos extraño ser otro. Yo, por el contrario, he sido el que seré, el que fui.

Mi risa lo molestó:

—¿Y quién puede demostrarlo?

Vi una línea de miedo y benevolencia en su rostro. Jamás me había sentido como un truhán. En aquel momento, ignoro qué me obligó a serlo. Reaccioné, traté de corregir la falta y le dije:

—Lo siento, no he sido cortés.

Le importaba un cuerno las disculpas y buscó hacia lo lejos.

—Si de algo te sirve, nací en la calle Enero.

Yo había nacido allí; mi infancia guardaba un vínculo demasiado profundo con ese calle; mis riñas, mis versos, mi primera desilusión en el amor formaban parte del minúsculo universo que ese farsante mencionaba como su lugar de nacimiento. ¿Cómo podía, seis mil años atrás, existir una calle con el mismo nombre, en una ciudad también nombrada Cabaiguán? Sus ojos se habían iluminado. Esa veneración la hice mía. Ausbronne aclaró:

—Antes me gustaba recorrer el parque. Muchas tardes me senté en uno de los bancos cercanos al busto de Cromwell.

Una ráfaga de viento me obligó a buscar hacia el mar. Me sorprendió verlo en calma. Me volví. El hombre seguía inmutable; sacó una pipa de uno de los bolsillos y la encendió.

—Es extraño verlo todavía aquí —enfaticé molesto.

Soltó una bocanada:

—Ya he vivido bastante, no piense que necesito ver más.

—Pero me ha hecho recordar a mi patria. Si no lo sabe, Cabaiguán encierra para mí lo que Irlanda para Yeats.

Soltó otra:

—Yo he tenido a Cabaiguán y lo he perdido, ¿a qué más puedo aspirar?

—Eso es cosa del destierro; pero aún así no nos hace olvidar. Ahora mismo estábamos lejos y nuestro destino le pertenecía a la memoria.

Ausbronne buscó hacia el mar. Me desagradaba su angustia y su locura. Mucho más, cuando se volvió y dijo como si fueran las únicas palabras en el mundo:

—Nosotros no sabemos nada del olvido.

—Ya eso es cosa suya.

—Con una vez ya es bastante; pero dígame, ¿todavía existe el Café Lezama?

—Hoy es un antro de políticos y meretrices —espeté.

—Al parecer las putas y los políticos van a perseguir a la humanidad por siempre. Y la Plaza de la Reina Victoria y el Paseo, ¿todavía existen?

Una columna de lluvia se formó en el horizonte. Amenazaba con golpearnos y lo insté a entrar. Ausbronne no pareció escucharme.

—En aquel tiempo, yo trabajaba en la biblioteca. Nunca me resultó grato, pero podía estar entre los libros.

—Pues, si le sirve de consuelo, el edificio sigue en pie, en la calle Summers.

Preguntó si el catedrático Ibn Jaldún aún permanecía allí. Era demasiado impertinente y, para no desentonar, le aclaré que seguía donde mismo.

No pareció conformarse.

—¿También el Bynnon Center?

—Las ciudades siempre son lo mismo. A todas estas, ¿qué diablos nos importa?

Finalmente, la lluvia sobrevino. Era mi oportunidad para evitarlo y, agradeciendo a la Naturaleza, corrí hacia el interior. Por los pasillos me sentía afortunado. Que se fuera al demonio con sus fantasías, digresiones y su locura, pensé, mientras atravesaba una columna de chillidos de alegría y ojos solícitos. Cuando cerré la puerta de mi camarote y me acosté, no tuve mayores dilaciones para confirmarlo: la vida también

estaba repleta de tipos como esos consagrados a la nostalgia; luego pensé en Michael Collins, en Ulises, en Dylan Thomas; pensé, agradecido, en Borges. Con los segundos, el cansancio me embelesó y entré, vencido, en un sueño.

Durante la noche seguía perturbándome la idea de que nadie podía venir de un pasado Cabaiguán; sin embargo, el solo hecho de no conversar con ese individuo o mantenerme distante de su excentricismo, no apaciguó la curiosidad de saber cómo diablos había hecho para mantenerse vivo y sobrevivir al tiempo. Esa sola interrogante cuestionaba mi realidad, el barco, mis latidos. Desde luego, aquel demonio de lunático me había despertado el recelo. Era suficiente para evitarlo; así que sortearía cualquier encuentro con él.

Para empezar, ordené al servicio del barco que me trajera la comida al camarote; pero esa noche, contradictoriamente, Brill quería festejar la primera comida juntos y envió a uno de sus marineros con un aviso. No pude negarme aunque, al pensar en aquel excéntrico, reforcé la idea siguiente: si aparecía con sus extravagancias, lo mandaría, de una vez y por todas, al demonio.

En el comedor, Brill estaba sentado en una mesa cercana a la claraboya. Recuerdo que se levantó, me estrechó la mano y dijo que lucía un rostro inmejorable.

—Por lo menos no me ha tragado el mar —agradecí el cumplido y me senté.

La cena era riñones al jerez, vegetales y vino tinto. No era uno de mis platos favoritos, aunque tratándose de mi amigo acepté su elección.

Cuando terminamos me brindó un tabaco.

Brill era un hombre grueso, de expresiones firmes y gestos sólidos; tenía una mezcla de sangre anglosajona con española que le ofrecía un aspecto agitanado en el rostro y en la piel. Paradójicamente, lo comparé con el otro y me resultó más vivo, de mayor temporalidad. No sé por qué se inició el tema y habló de una tal madame Chevalier, dueña de las industrias Chevalier & Tomisse y la casa de modas Ruins, ni por qué mencionó sus excentricidades con la tripulación y las preferencias por los marineros jóvenes. Me pareció oportuna su jovialidad y habló sobre aquel hombre, sobre su procedencia y la caótica verdad de haber sido el único sobreviviente de la catástrofe en aquel Cabaiguán del pasado. Mi declaración, como era de esperar, sugestionó su fantasía.

—Si es por eso, nosotros también tenemos derecho a los sueños y a los locos; pero te doy mi palabra que, en este barco, no hay nadie con esas características. Pon en esa nómina lo de la música indonesa.

Era absurdo saberme desmentido.

—Ese sujeto vivió en Cabaiguán —dije casi con convicción.

Brill se alisó el cabello.

—Desde luego, podría vivir también, nadie lo niega.

Intenté evitar el tema, Brill volvió a retomarlo. Mi negativa no sirvió de nada; se puso serio, luego soltó una carcajada.

—Seguro te hacer la idea, viejo, pero me parece ingenioso una historia con un personaje que haya vivido un tiempo atrás en una ciudad llamaba Cabaiguán, ¿por qué no? Es tan

ingenioso que hasta podemos creerlo.

Me sentía agraviado con su chanza y le confesé que, ese mismo loco, había hablado del café, del parque Oslo, de la calle Enero, ¿sabía? y hasta del busto de Cromwell.

Brill chupó su tabaco, soltó una línea de humo:

—Hay tantos locos que quién sabe cómo amanecen. No me asombra que un día nos contagien y, puaf, hundan al género humano en un manicomio.

Uno de los marineros atravesó el salón, el capitán se incorporó:

—Lo siento, es el horario de pesquisa y mis hombres no incumplirían con el horario. No sé por qué ese diablo me ha despertado la curiosidad, ¿cómo dijiste que se llamaba?

—Ausbronne.

—Ausbronne, ¿nada más? —repitió incrédulo.

—Nada más —respondí y se marchó.

En mi camarote busqué uno de los libros y empecé a leer. El cansancio del día terminó por vencerme.

Cuando desperté, me sentía turbado y bebí un vaso de agua. No sé por qué razón me dije: Los sueños no son una realidad exacta y es hora que impongas la tuya. Complacido con la evasiva, agarré el libro y seguí leyendo. Páginas después, me detuve en una frase que resultaba increíble: *Hay, en los sueños, un escrúpulo superior a toda premonición o conocimiento que nos guía entre los estratos de la existencia y el tiempo. Es entonces cuando despertamos y, al cabo de los segundos, terminamos por comprender que nuestra vida no le pertenece al instante donde nos sabíamos sujetos a la realidad, sino a otro más rico, ancestral*

y eterno. Igualmente, seguía desconcertado y me remití a Ausbronne. No llegué al final: un sopor me invadió y quedé dormido.

Serían algo más de las dos horas, cuando me despertaron las sacudidas. Todavía atolondrado, escuché llegar algunos gritos desde los corredores. Sin saber qué hacer, mi primer pensamiento fue para Brill. Corrí hacia la puerta y abrí.

El barco se debatía en medio de una tormenta; por los corredores, en la cubierta, los pasillos y la proa, los marineros se esforzaban por calmar a los pasajeros que, a las continuas embestidas del mar, gritaban y amenazaban con salir de los camarotes.

Brill estaba a la cabeza y corría de un sitio a otro dando órdenes. Avancé hacia él con la idea de ayudarlo. No sé qué demonios le ocurría: el muy sórdido me insultó y dijo que me largara hacia mi camarote. Sorprendido ante su agravio, volví a preguntar si deseaba ayuda. Brill me apuntó con un dedo firme y me gritó que me largara de una puñetera vez o mandaría a encerrarme en un calabozo.

En mi camarote, abrumado por la vergüenza, asistido por el miedo y los mareos, escuché cómo la tormenta, poco a poco, se debilitaba. Ya extinta, oí varias risas y me acomodé en la cama pensando que ya habíamos zozobrado. Frente a esa posibilidad, sin poder hacer algo para salvarme, me abracé a la esperanza, mientras me culpaba cientos de veces por creer en los artificios del hombre moderno.

Desperté, a la mañana siguiente, alabando a la Suerte porque nos había permitido sobrevivir. Vivir, o esa realidad de

estar despierto, me recordó a Brill; enseguida recordé el ultraje, me levanté y salí a buscarlo.

Afuera, el mar estaba más diáfano, el barco marchaba a un ritmo seguro y apacible, en el cielo no había nubes y el sol estaba compacto y lúcido como un rostro frente a un espejo. Por ningún lugar había rastro de los destrozos. Aunque me resultaba contradictorio, me sentí gratificado por la eficiencia de una tripulación comandada por un hombre como Brill. A pesar de nuestra amistad no podía tratarme así, me debía una disculpa.

Cuando llegué a la cabina y lo reprendí, negó haberme reñido.

—Si algo dije —alegó— no fue a usted. Anoche, si mal no recuerdo, no hubo ninguna tormenta, señor.

Conocía a Brill. Antes de llegar a la Marina habíamos compartido una pasiva fraternidad por la Filosofía y la Historia. Entre otras satisfacciones nos unía el gusto por un país como Irlanda. La palabra *señor* me paralizó como si fuera a otra persona a quien le hablara. Dicha por él, de ese modo ceremonioso, pasaba por alto nuestra amistad desde la infancia; desconocía los intercambios de secretos, nuestra dedicación por una ascendencia celta y, lo más importante, el vicio por conmemorar, alguna vez, el mar, el crepúsculo y el *twist*. Al reconocer en su rostro la ignorancia, no tuve dudas: nada era casual. Para ratificarlo, pregunté por la noche anterior y por la promesa. Su negativa fue mucho más rotunda.

—Anoche, por lo menos, te había despertado la curiosidad —espeté.

—Lo siento, pero anoche me ocuparon otras exigencias. Lo único que podía viciarlo era el *twist*, y se lo dije:

—Vuelve a equivocarse, señor, a esta edad ya no nuestro disposición por el juego, mucho menos por el *twist*.

Finalmente, alegó el cumplimiento de sus obligaciones, y se marchó.

Desconcertado, salí.

En la cubierta había pocas personas. Necesitaba pensar en lo que me había ocurrido y me fui a una esquina. Por primera vez me sentí lejos de Cabaiguán, de cada entresijo, de cada símbolo construido por mí y, en esos momentos, me resultaba más distante y sombrío que el pasado o el olvido. Sin embargo, en medio de ese sitio, me encontraba sin rumbo, perdido entre las espirales de mi propio devaneo. No se trataba de aquel impostor ni de cuánto pudiera hacer para influenciarme ni de sus malabares retóricos. Ignoro por qué, pero, mientras me sentía apesado por la angustia; mientras me creía alejado de mi ciudad, cedí a una certeza: nunca llegaría a Irlanda.

Instintivamente una premonición fulguró en mi memoria. Resultaba paradójica, pero pensé que yo no pertenecía a este Cabaiguán del presente, sino al otro, al destruido. Recuerdo que, al rato, mis pensamientos fueron interrumpidos por un coro de voces animado por una música celta.

Cuando me volví, quedé perplejo. Pensé en lo ignominioso del olvido. Nada podía ser tan repugnante y real como los seres, como la carne, como un beso. De poco sirvieron las reflexiones o la soberbia: ese farsante estaba allí, entre los bailarines, esmerado en una danza que, lejos de resultar extravagante,

recogía la sabiduría, el talento y la excesiva práctica. Es como si todo se repitiera, pensé. Como si yo estuviera fuera del tiempo; como si mi vida no estuviera sujeta por el presente, sino el presente avanzara y yo permaneciera en un ciclo eterno.

Perplejo, arrobado por el miedo, vi cómo varias mujeres formaron un círculo y una se arrastró hacia el centro e inició un movimiento parecido a un trote de caballos. Tenía una gema roja incrustada en la frente, sus manos se movían como si estuviera engendrando un ser sobrenatural dispuesto a destruirlo todo. Vi la danza crecer; vi a ese impostor animando el baile. Hubo un momento en el que los bailarines cambiaron de pareja, hicieron reverencias y cedieron impasibles al ritmo. Ahora la música terminará y se acercará, pensé. Ahora ese viejo se va a acercar y va a hablarme de Cabaiguán y de toda esa porquería. Cuando la música se apagó y los bailarines se alejaron, el hombre pasó de largo y se situó cerca de mí. Necesitaba aclararlo todo y le manifesté mis preocupaciones. Me miró extrañado:

—¿Yo? Lo siento, quizá pudo ser el parecido —dijo.

Sentí la sorpresa del miedo; lo vi mirarme serio, sin el descaro del día de antes. Me mentía; me evadía con esa maniobra del parecido. Le pregunté si era de Cabaiguán.

—Soy danés, de Hirschholm.

Esta vez fui yo el asombrado:

—¿Y no recuerda que ayer me habló de Cabaiguán; pero si no lo recuerda, le ruego me perdone.

Hizo una mueca de disgusto:

—Esas cosas suceden, nada más.

Se alejó y siguió por uno de los corredores de paso hacia los salones de juego. Esa realidad me resultaba insoportable; mucho más oírlo negar la conversación, el entusiasmo al hablar de una ciudad destruida por el fuego seis mil años atrás.

El sol brilló iluminando una parte del océano. A esa hora, parecía más vivo y reptante. Una bandada de albatros cruzó por un ángulo del cielo. Siempre sería una farsa de aquel extravagante. No sé por qué pensé en Brill, pero decidí buscarlo.

No estaba. Intuí dónde podía estar y me fui hacia los salones de juego.

Había mucha gente y me escurrí hacia la biblioteca. En uno de los anaqueles estaban las obras de Carpentier; cerca, las de Casares, Borges y el irlandés Joyce. Tomé uno de los libros del brahmán ciego y empecé a leer. Cuando salí ya era de noche.

En mi camarote, volvieron a acorralarme las dudas. Con las dudas pensé que me hallaba entre círculos, juegos de la memoria y la complicidad de las personas. Esa certeza terminó por agotarme. Fiel a mis ideas, me dije: Es la Literatura; te estás dejando minar por la Literatura.

Varios toques en la puerta me alejaron de las reflexiones y abrí: era un joven marinero que, al verme, se cuadró y entregó un sobre. La nota era sencilla: Brill me invitaba, en la noche, a un juego de *twist*.

Si tenía dudas, terminé por saldarlas. Seguramente, quiere demostrarte que tu realidad literaria puede ser articulada por una realidad más precisa y menos divergente. Pero, ¿por qué deseaba molestarme? Cerca de las siete dejé el camarote. En

el pasillo, para mi asombro, no tuve más certeza: todo estaba destrozado, estaba a la altura de los tobillos y, por el bamboleo, el barco daba bandazos.

Cuando logré sortear unos trastos y entré a otro corredor, comprendí lo inevitable: estábamos siendo azotados por una tormenta. Para desgracia, el agua había entrado al barco y el pasillo estaba lleno de trastos viejos y oxidados. A mi alrededor no se estaba mejor: el salitre y el musgo cubrían las paredes. Seguí. En mi absurda obstinación aquello respondía a una exageración de la memoria. Luego de un esfuerzo, llegué, cansado, a su camarote.

La puerta estaba clausurada por el maderamen. Brillaría estar dentro y empecé a gritar. Fue inútil: solamente se escuchaba el viento y el agua estrellándose contra el barco, el ruido del maderamen al golpear contra las paredes. Después de un último intento por abrir, las fuerzas empezaban a ceder al cansancio. Oí varias voces y traté de localizarlas. Cuando entré, no hallé a nadie. Del otro lado todo estaba destruido. Casi en el acto, brilló una inmensidad de luz; entonces sufrí una especie de sopor, las fuerzas me abandonaron y desfallecí.

Desperté en mi camarote. Cerca, en una de las butacas, había a una mujer delgada, con el pelo largo y negro; vestía de negro y tenía un chal gris sobre los hombros. Su belleza me resultó fría y distante. Nunca la había visto, pero, a esa hora, las conjugaciones de la eternidad podían marcharse al demonio, y le pregunté quién era.

La mujer se levantó, caminó hacia la mesa, tomó un paño y me limpió la frente. Mientras veía sus ojos grises, cometí la

torpeza de averiguar si el capitán la había enviado. Dijo que no; después, me llamó por mi nombre y me besó en los labios y la frente.

Sabía que todo era una farsa: a pesar de su hermosura, pertenecía a uno de esos destinos por donde yo estaba confluyendo; pero, si estaba allí, era porque, en el presente o en pasado o en la reiteración de cualquiera de los tiempos, su realidad me correspondía, y no me permití negar ese presente. ¿Acaso no tendría un tiempo para perderla?

Le tomé una mano.

—En todos los tiempos no dejaré de amarte.

Volvió a besarme; apeló por una disculpa y entró en el baño.

No intenté llamarla, susurré su nombre como si lo hubiera sabido desde siempre: Alma.

Oí un toque en la puerta; a duras penas me levanté y abrí.

Del otro lado estaba Brill. Resentimiento o sorpresa, sentí un dolor en el pecho y perdí las fuerzas. Alma salió con los gritos del capitán. Luego de acomodarme en la cama, le sugirió buscar al médico. Cuando lo vi salir, me dije: No regresará; luego, Si regresa, todo será diferente.

Pasó un rato en el que Alma estuvo inquieta. Conocía qué ocurriría y le pedí que no me abandonara. Me miró como si el dolor ya la embargara, me besó en los labios y dijo:

—Nunca —y salió.

Súbitamente, me perdí entre las reflexiones; sancioné toda la lujuria de mi obra; deseé que no existiera nada tan desesperado como el Tiempo o la Existencia. Hubo un momento en el que

me supe arrasado por la desesperación al saberme amordazado a una doble realidad. No recuerdo si maldije a Dios; si, en mi desesperada veneración por el Arte, el Paraíso me resultó tan falaz como la esencia misma de la maldad y la rebelión del arcángel pendenciero. En esa circunstancia no había lugar para la fugacidad del deseo o de la ira. El mundo se había vuelto un círculo perdido entre confusas multiplicaciones de un solo y eterno hecho; pero yo no tenía otro destino: moriría bajo esos ciclos, henchido del salmón; cambiante como las formas de un humano y sombrío Proteo.

Recuerdo que pasó un tiempo. Consternado caminé hacia el tragaluz y corrí la cortina.

La torre de un barco apareció minúscula en el horizonte. Aquella torre se convirtió en el símbolo de mi salvación y pensé en huir. Esa alternativa, muy pronto, terminó por demostrarme una más poderosa y terrible: aunque el barco se encontrara cerca y, alguien de su tripulación, deseara salvarme, yo no podía abandonar el otro donde me encontraba viajando. Esa tarde, bajo mi desgracia, solo persistió la realidad del ahora. Bajo esas circunstancias, llegó la noche y salí, miserable, a encarar el destino.

Por los pasillos, al recibir el encanto de las luces y la alegría de los pasajeros, acepté aquellos segundos de momentánea felicidad como la ratificación de mi condena. Irónicamente, abogué por el ahora; pensé con gratitud en la mujer y resolví buscarla en medio de los períodos y los círculos del porvenir. No fue difícil dar con ella. En esa bifurcación, la encontré

recostada a las balaustradas mirando perdida hacia la noche del mar.

Alma no se inmutó al verme. Se acercó con deseo y se estrechó a mi pecho. No sé por qué, pero, al sentirla entre mis brazos, no incurrí en la estupidez de preguntarle qué ocurría ni delaté signo de infortunio ni quise anular ese presente por drástico y fugaz. Estimulado por el deseo, dije que la amaba y la besé.

Una risa burlona me importunó. A unos metros, cerca de una pared de hierro, vi la lucecilla de un cigarro. Me separé de Alma y avancé dispuesto a encarar al intruso. Para suerte, se trataba del capitán Brill, de mi amigo.

No me dejó hablarle. Dijo:

—Veo que entre ustedes hay adelantos.

Aunque su tono era de ofensa, le pregunté dónde diablos había estado. Brill no me respondió; arrojó el cigarrillo, tomó a Alma de un brazo, y se alejaron.

Durante la noche, la pesadilla me sumergió en el escarnio. Entre imágenes de dolor, añoré aquel beso; fabulé que odiaba a Brill; que su traición representaba la eterna apostasía a todas las etapas de mi amistad; que mi dolor se volvía inextricable como el deseo; que esa mujer me alejaba cada vez más de las sucesivas realidades. Al otro día, al despertar, mi odio contra mi amigo era inevitable. Por contradictorio, la imagen de Alma se reforzó en mi conciencia. ¿Qué diablos podía importarme el tiempo? Únicamente, quería retenerla a mi lado, compartir su amor, vivir aquel destino donde el suyo y el mío se habían encontrado para siempre.

Los celos terminaron por atizar mi estima. Viví la locura; salté de la cama; con la idea de luchar contra él, si el caso exigía, localicé entre mis pertenencias un arma. Por los pasillos la rabia me cegaba. Así, obstinado, con la idea fija de matarlo, libré los corredores. Cuando llegué a la cabina, Brill estaba al timón. Al verme se alegró y me hizo entrar.

—Está precioso, ¿eh?

Me pareció descarada su observación y lo insulté. Preguntó que qué diablos ocurría. No le creí el dejo de afectación en el rostro; no, sus palabras, las evasivas; pero mis impulsos ya habían crecido lo suficiente como para fijarme a la idea de disparar y no dar marcha atrás. Allí, frente a él, pasaron segundos donde solo vi fugacidad a mi alrededor, donde me encontré cayendo en el fondo de un pozo oscuro. Con la desesperación crecieron las ganas de matarlo y terminar, de una vez, con aquella farsa.

Brill volvió a interrogarme. Era el colmo, y le grité:

—Pero tenías que ser tú, tú, hermano.

Cuando me le encimé decidido, soltó el timón y se cubrió el rostro. Entonces, saqué el arma y disparé tres veces. Su cuerpo se deslizó impasible sobre el timón y cayó sin vida.

Con los gritos y el sonido de la campana, escuché un acercarse de pasos. Apenas pude librar el corredor: varios marineros se arrojaron sobre mí; uno me golpeó en la frente; otro, me tiró contra el suelo. Con el aturdimiento, me dije, Si logras llegar al camarote, estás a salvo. Estaba muy lejos como para que el tiempo me permitiera salvarme. Era el fin, lo sabía: el fin.

Entonces el barco se estremeció, los hombres salieron lanzados hacia los lados y, todavía aturdido por el azar, acepté la oportunidad que me ofrecía y salí corriendo.

En mi camarote, me escudé en la cama. La desgracia era parte de mis circunstancias: había matado a mi amigo. Quisiéralo o no, esa muerte recorrería los entresijos del tiempo y sus multiplicaciones.

Cuando escuché los golpes en la puerta, la verdad me sacudió: venían a apresarme. Qué obró, lo ignoro: recuerdo que llegué, dando tumbos, a la puerta y, resuelto a buscar la muerte, tiré del picaporte.

Afuera, la catástrofe se había apoderado del barco, el agua entraba por los corredores y los camarotes. Frente a lo terrible de las circunstancias, seguí con la idea de encontrar a alguien. En un momento de locura pensé en los susurros descritos por Lovecraft en sus novelas; pensé: estás mareado. El barco volvió a debatirse entre nuevas sacudidas. Entre uno y otro bandazo, la oscuridad sobrevino de pronto. Tanteé hasta un poste. Ya seguro, busqué un sitio de asidero en medio de la borrasca y el viento. Un relámpago se ramificó por la noche; en un segundo de desesperación me aferré a la idea de salvarme y corrí.

Cuando llegué hasta un bote, lo desamarré y me disponía a saltar, la fuerza de un bandazo de agua me lanzó por los aires y caí sobre un macizo de hierro. A punto de perder la conciencia, vi una clara iluminación en el firmamento. Y no vi más... Varios gritos me sacaron de la inconsciencia. Me incorporé, tanteé los rincones, llegué a una ventana y corrí las cortinas. A lo lejos vi unos edificios destruidos por el fuego.

La habitación reverberó magnificada por el fuego exterior, escuché un estampido y busqué desesperado en un esfuerzo por encontrar algo, por entender hacia dónde el destino me había condenado. Desde los rincones varios rostros me miraban espantados. Ignoraba quiénes eran y seguí buscando. Los rostros se acercaron. Hubo un destello y vi, en sus caras, la depravación del miedo.

Las paredes volvieron a crujir; con otra sacudida los presentes gritaron. Temí que, en su locura, me golpearan y me escurri hasta la puerta.

Los pasillos estaban atestados de gente arrodillada, susurrando rezos y letanías. Las paredes crujieron nuevamente; atravesé la cortina de humo y corrí con todas las fuerzas. Hacia el final de un corredor vi un boquete y salí al exterior.

Cuando me enfrenté con los rascacielos de la calle Enero, lo comprendí de pronto: estaba en Cabaiguán; estaba en la esquina de la calle Vidaux, cerca del parque Oslo. La estatua de Cromwell hervía en medio del fuego. De golpe, me sobrevino una agonía milenaria. De cara a la destrucción, recordé al hombre, sus palabras. Estoy seis mil años atrás, pensé; estoy seis mil años atrás.

No pude soportar el fuego que se encarnizaba contra la ciudad que tanto me había complacido en cantar; era suficiente: Cabaiguán había sido destruida; Cabaiguán estaba siendo destruida; Cabaiguán sería destruida y yo, como un sobreviviente más, estaba obligado a presenciar su destrucción porque también yo, irremediabilmente, soy eterno.

LA CHICA DE NOMBRE ESLAVO

ROBERTO QUIÑONES

HACES

Roberto de Jesús Quiñones Haces (Cienfuegos, 1957). Licenciado en Derecho en la Universidad de La Habana. Ha publicado los libros de poesía *La fuga del ciervo*, *Escrito desde la cárcel* (Premio Vitral), *Los apriscos del alba* y *El agua de la vida*, y la compilación de relatos *La chica de nombre eslavo*. Es periodista independiente y sus trabajos suelen ser publicados en Cubanet. Es director de la revista independiente de cultura y sociedad Arabescos de Guantánamo. En Cuba, en 2019 fue sentenciado a un año de cárcel tras un juicio amañado.

Cuando Pancracio Guerrero cruzó las piernas sobre la mesa de mármol del patio, con las plantas de sus pies frente a Frank Khaces y frotando unos dedos contra otros, éste supo que iba a decir algo importante. Lo había sospechado desde que recibió su llamada invitándolo a compartir una botella de Chanceler.

“El whisky de los pobres”, dijo su amigo y levantó uno de los vasos de cristal de Bohemia para hacer el brindis. Después de chocar los vasos, prendió un tabaco, le dio varias chupadas y lo puso en el cenicero.

—La máquina ya está arreglada y tengo que decidirme.

Frank se sirvió otro poco de whisky y miró inquisitivo a Pancracio tratando de desentrañar la ambigüedad de la frase, pues aunque estaba enterado del hallazgo de la máquina desconocía de qué decisión se trataba.

—¿Decidirte?

Pancracio solía disfrutar el silencio que mantenía en suspenso sus respuestas. Por eso tomó el tabaco entre sus dedos índice y del medio en forma de horqueta, le dio otra chupada y luego de lanzar el humo blanquiazul hacia las ramas de la mata de güira, dijo:

—Sí chico, esta casa necesita urgentemente una mujer.

—¿Y Yordanka? —fue la pregunta de Frank, pero el otro regresó a su silencio, esta vez concomitante con los gruñidos de Anika y Negrita, que forcejeaban a unos metros disputándose un calzoncillo caído del cordel.

El tema de la plática no era novedoso, aunque Pancracio nunca había hablado con tanta determinación. Después de divorciado, cuando su esposa se fue de la casa, se entregó

al deleite de la independencia, pero con el transcurso del tiempo y la asunción de las tareas domésticas el placer fue disminuyendo. Entonces comenzó la afanosa búsqueda de una compañera, porque la casa es grande, enorme para mí, y también tengo que aprovechar la vida, le decía. Frank calificó ese tiempo como el de la lujuria interminable, una sucesión de jornadas con las mujeres más variopintas donde el desafortado afán de hallazgo de su amigo siempre quedaba insatisfecho, aunque tres chicas ocuparon reiteradamente sus habitaciones y quedó prendado de una de ellas.

Lili Irrirragorri Portela era una gorda que quizás en su temprana juventud fuera bonita pero ahora resultaba deforme, con unos glúteos desproporcionados y amorfos. Frank la conocía desde que era una niña pues había mantenido buenas relaciones con su madre, una de las mujeres más hermosas de la ciudad. Cuando Lili inició la carrera de periodismo, aún no había comenzado a engordar hasta convertirse en una evidencia irrefutable de que la ascendencia de los genes también traiciona. Ahora ejercía su profesión con marcada petulancia, pero en aquellos tiempos en que Frank la conoció era una joven agradable y no el adefesio al que Pancracio le dedicaba horas de lujuria y que es conocido en los ambientes culturales de la ciudad con los sobrenombres de Lilibosta y La cantimplora. El primero se lo endilgaron por su constantes flatulencias. El segundo porque después de terminar la carrera se dedicó a llevar una desenfadada vida nocturna en la que gustaba de esperar pacientemente en uno de los bancos del parque a que alguien la llevara a los sitios más oscuros y apartados, porque

eran famosas sus habilidades amatorias, según Frank le había escuchado decir a un conspicuo trovador en las noches de abundantes libaciones realizadas en el patio de Pancraccio, criterio que este también compartía.

La segunda era la poetisa Mirileidis Fernández Uberdey, también llamada La reina bilingüe. A Frank le divertía que una mujer que se consideraba el non plus ultra de la poesía del terruño continuara usando un nombre tan vulgar, fruto del pésimo gusto extendido por todo el archipiélago cubano desde finales de los sesenta del pasado siglo. Mirileidis era conocida por su afán de publicidad y por los dardos ponzoñosos que dirigía continuamente contra otros intelectuales. Pero lo que más se comentaba de ella en ese mundo de abundantes lenguas viperinas era, como en el caso de Lilibosta, su promiscuidad. La reina bilingüe se hizo famosa durante los años noventa del pasado siglo cuando inició una rauda ascensión hacia el Olimpo literario al obtener la mayoría de los premios de poesía de la provincia. Según las malas lenguas, tantas que se vuelven incontables, ellos no se debieron a la calidad de sus poemas, considerados un engendro consecuencia de lecturas mal asimiladas de José Lezama Lima y la más clara muestra de incomunicación poética, sino a las prácticas empleadas para obtenerlos y que, según cuentan, seguían un derrotero cuidadosamente planeado cuyo primer paso era lograr un encuentro a solas con el jurado principal, en un lugar apartado, lapso que la poetisa aprovechaba para recitar en voz baja, en un inglés perfecto y mirándole fijamente a los ojos, los poemas de Emily Dickinson. Tal habilidad lingüística provocaba

gran arrobamiento en su interlocutor, momento en que ella deslizaba una mano hacia su portañuela. El resto lo hacía su lengua, de ahí el epíteto.

Ambas se odiaban, mucho más después de una noche de borrachera en el patio de Pancracio, cuando bien entrada la mañana siguiente coincidieron desnudas en uno de los baños de la casa mientras los ronquidos del fauno volaban plácidamente entre las paredes. Aquel fue su primer encontronazo. Frank, que también se había quedado rendido sobre una de las sillas del patio, fue hasta allí al sentir la gritería, pero mareado por los efectos del alcohol cayó sobre las odaliscas caribeñas, que tendidas en el piso se halaban los pelos mientras se lanzaban los denuestos más soeces y expelían olores propios de una noche frenética. Aturdido, recibiendo golpes inmerecidos y abundantes lengüetazos de Anika y Negrita, que saltaban sobre los tres creyendo que se trataba de un juego, Frank llamó a Pancracio, el cual apareció con un calzoncillo abultado que le llegaba a las rodillas y un blúmer rosado sobre su cabeza. Gracias a su intervención terminó aquel alboroto mañanero que tuvo el momento climático cuando Pancracio quiso levantar a Lilibosta y ésta lanzó un grito fortísimo al advertir que el pezón de su teta derecha, una ubre descomunal, se había trabado, sabrá Dios cómo, en la cremallera del pantalón de Frank.

A partir de entonces la lucha de ambas por ocupar una de las casas más distinguidas de la ciudad y acceder libremente a los archivos del abuelo de Pancracio, el poeta más importante del terruño, se convirtió en el motivo principal de sus vidas, lo

cual había provocado varios incidentes desagradables en medio de las habituales tertulias pancracianas.

La tercera chica, Yordanka, marcaba la diferencia. Frank la conoció el mismo día que Pancracio, una tarde de un viernes bellísimo en que los dos estaban enfrascados en una interesante prosa etílica, acompañados por descargas de jazz, canciones de Joaquín Sabina y poemas de Rafael Alberti. El efecto fue inmediato. Pancracio cayó rendido ante la espontaneidad y belleza de la recién llegada y fuera por los vasos de Chanceler o porque la vida, cuando uno llega a determinada edad, enseña que el mejor camino hacia todo siempre es el más directo, la invitó a la tertulia de Roidel Parral, que se realizaría esa misma noche en el patio de Artex, propuesta aceptada por la muchacha.

Durante dos meses, Pancracio bajó alrededor de veinte libras y se desentendió de Lili y Mirileidis, pues todo su tiempo era para Yordanka. Frank hizo mutis y alertó a los demás habituales al patio para que no interrumpieran el idilio. Pero transcurrido el bimestre recibió una llamada de Pancracio, quien le dijo, con ese tono monocorde que a veces usa y nunca permite descubrir sus emociones, que la chica se había ido dejándole una nota donde le pedía comprensión pues iba a resolver un asunto urgente.

Con el paso de los días, las botellas de Chanceler volvieron a ocupar los encuentros del patio y no se habló más de ella. Lili y Mirileidis regresaron a las tertulias y, justamente cuando la lucha entre ambas se volvió más enconada, Pancracio se acordó de la máquina. Era un artefacto guardado cuidadosamente

por su abuelo mediante el que pretendió develar las esencias de la poesía y transmutarlas en música y color, una idea que no traspasó las paredes de la casa, según constaba en sus diarios íntimos, donde aparecían notas relacionadas con su funcionamiento. Lo sorprendente era que el invento tenía un objetivo mucho más profundo, pues los poemas y escritos sometidos a su consideración bastaban para develar si su autor era sincero y, consecuentemente, el grado de correspondencia entre lo escrito y lo sentido. Pancracio entendía que las chicas no eran gran cosa como intelectuales pero le interesaba estar claro en cuanto a sus verdaderos sentimientos. Por eso se dispuso a adentrarse en los misterios de la máquina y hacerla funcionar, lo cual logró después de prolongadas sesiones de trabajo. Lo supo al poner en sendas ranuras un poema de Rabindranath Tagore y otro de su abuelo. Según le contó entusiasmado a Frank, la experiencia había sido fabulosa y por eso le había solicitado a la periodista que escribiera cómo sentía la relación entre ambos y qué esperaba de ella. Lo mismo hizo con la poetisa. Hoy era el día señalado para probar la máquina y decidir a cuál de las dos escogería, así que Frank se sintió incómodo al comprobar que la llamada de su amigo no había sido para disfrutar de otra velada etílica.

—Tómame tu trago, que me llevo la botella.

—¿Por qué?

—Porque tenemos que estar sobrios —y cogió la botella de Chanceler, los vasos y fue hacia la cocina. A su regreso pasó un paño sobre la mesa y le dijo a Frank que estuviera atento

a la puerta pues dentro de poco llegarían las mujeres. Él fue a bañarse.

En cuanto Frank escuchó el sonido del agua caer sobre la bañera fue silenciosamente hasta la cocina para servirse un trago de whisky. Lo hizo e iba a tomárselo cuando se percató de que a su lado, mirándolo y gruñéndole quedamente, estaban Anika y Negrita. Luego de ponerse el dedo índice derecho sobre la boca, levantó el vaso con la mano izquierda, les dijo salud, y las perritas movieron sus colas alegremente.

Se disponía a saborear el whisky cuando un aldabonazo fuerte golpeó la puerta. Las perras salieron corriendo hacia allá y desde el baño Pancracio le pidió que abriera, así que apuró el trago y fue hasta la entrada principal de la casa. Apenas abrió, aparecieron Lili y Mirileidis.

—Adelante.

La poetisa quiso entrar primero pero Lili se interpuso y la apartó con un caderazo, luego fue hacia el patio. Detrás siguió la otra haciendo gestos de burla. Se sentaron alrededor de la mesa de mármol y Frank tuvo que reprimir la risa debido a la indumentaria de Lili, quien se había puesto un vestido muy largo de color rojo, estampado con unas flores amarillas enormes y una pamelita donde se erguía una pluma de pavorreal que le recordó los sombreros de los carnavales. Mirileidis llevaba un pantalón de color negro y una blusa azul oscuro de mangas largas que a Frank le pareció inapropiada debido a la canícula. Su cabeza estaba tocada por un sombrero negro a lo Chaplin. Ambas llevaban bolsos.

Unos momentos después Pancracio llegó muy perfumado hasta donde estaban, con una voluminosa caja de cartón entre sus brazos.

—Bellísimas —dijo luego de colocar la caja sobre la mesa. Fue a tomar la mano que ya le había extendido Mirileidis pero Lili la fustigó con el abanico. Con una agilidad sorprendente se levantó de la silla y sonriendo extendió su mano derecha a Pancracio, quien luego de decirle bellísima se deshizo en carantoñas hasta que el carraspeo de la otra le indicó que era tiempo de separarse. Se apartó para tomar la mano derecha de La reina bilingüe y reprodujo el ritual precedente hasta que Lili comenzó a toser.

—Bien —dijo Pancracio—, ¿trajeron sus escritos?

—Sí —respondieron al unísono las chicas.

Pancracio tomó la caja y la colocó en el piso, la abrió con cuidado y extrajo un artefacto que tenía la forma de un cubo de Rubik en el que se veían múltiples placas metálicas, algunas plateadas y otras negras. Lo puso suavemente sobre la mesa, y conectó un cable a la extensión eléctrica. El funcionamiento de la máquina es sencillo, dijo. Cada una de ustedes va a colocar su escrito, una primero, la otra después, en una de las cinco ranuras enumeradas. Deben usar una sola de ellas y la máquina se encargará de darles una puntuación. Mi pareja será la que más puntos obtenga.

Lili miró de forma conminatoria a la otra y dijo: Yo primero. Abrió el bolso y de un abultado *file* amarillo extrajo una cuartilla impresa. Miró zalamera a Pancracio. Luego fue hasta la máquina y puso la cuartilla en la primera ranura. La

máquina se la tragó, transcurrieron varios segundos en los que se escucharon algunos sonidos semejantes a los de un timbre, luego se abrieron dos de las placas superiores y un humo gris comenzó a ascender por el verdor de las ramas más bajas de la mata de güira expandiendo un olor desagradable sobre el patio. Todos se taparon la nariz. Pocos segundos después las placas volvieron a cerrarse y se escuchó el sonido de un cencerro seguido del destello de una luz amarilla que iluminó la ranura señalada con el número uno. Detrás del cristal apareció una nota: 15 puntos.

Lili bufó. Frank, situado frente a la máquina, entre ambas contendientes, estaba anonadado, pero ante una señal de su amigo le indicó a Mirileidis que pusiera su escrito en la ranura número dos. Esta se levantó y después de mirar con desprecio a su contrincante introdujo su escrito. La máquina se estremeció y varios sonidos guturales, acompañados de otros semejantes al choque de elementos metálicos fueron escuchados. Las placas superiores estaban estáticas pero unos segundos después se abrieron estrepitosamente y expulsaron un rayo turbulento que fue a estrellarse contra el tronco de la mata de aguacates haciéndole un boquete de bordes calcinados. Casi de inmediato se iluminó la pantalla correspondiente a la ranura número dos y pudo leerse una nota que decía: 5 puntos.

La periodista soltó una carcajada y la poetisa la miró con odio. ¿De qué te ríes, gorda inmunda y decadente?, preguntó.

—Vete a chupar una pinga —respondió la otra.

Mirileidis empujó a Frank mientras increpaba a Lilibosta. Pancracio ordenó silencio, le dijo a la segunda que introdujera

otro escrito y cuando ésta se disponía a hacerlo se sintió un golpe fuerte de la aldaba en la puerta principal de la casa. ¿Tú tienes citado a alguien más?, preguntó Frank a Pancracio, y éste le dijo que no, pero ante un segundo toque, aquél no pudo ahuyentar su compulsión y se dirigió a la puerta. Al abrir estaba Yordanka. ¡Hola, Frank!, dijo la muchacha. ¿Dónde te metiste? ¿Pancracio está?, preguntó a su vez la joven; Frank apuntó con su mano derecha hacia el patio y ella fue rápidamente hacia allá. El rostro de Pancracio cambió totalmente, lo cual fue advertido por Lili y Mirileidis. ¡Yordanka!, dijo, caminó hacia ella y se abrazaron provocando el inmediato carraspeo de las pretendientes. Luego de separarse, ambos quedaron mirándose a los ojos. ¿Así que esta es la tal Yordanka?, preguntó la periodista. Ya me lo habían dicho, dijo la poetisa. Pancracio no pudo evitar que de sus labios saliera una pregunta: ¿Por qué te fuiste? Aquí te lo explico todo, dijo la joven extendiéndole un texto escrito en tres hojas de un cuaderno escolar. Pancracio la miró fijamente y dijo: Ven, colócalo en esta ranura, y le indicó la número tres.

Las odaliscas protestaron pero Pancracio las acalló de inmediato. Yordanka colocó el texto en la ranura y todos quedaron a la espera. Transcurrieron más de cuarenta segundos y la máquina mantuvo una quietud enervante. Luego se abrieron varias de las placas superiores, un humo entre azul pálido y violeta, en forma de copos, con olor a incienso, tierra húmeda y jazmines, se elevó sobre el patio y se desplazó sobre los árboles mientras las notas del *Himno a la alegría* inundaban el espacio. Pancracio y Frank estaban deslumbrados y hasta la

propia Yordanka quiso decir algo pero sólo atinaba a sonreír. Frank se inclinó sobre el cristal ubicado encima de la ranura número tres, donde se había encendido la luz amarilla, y leyó una nota que afirmaba: 100 puntos.

Furiosas, Lilibosta y Mirileidis se dirigieron a la máquina e introdujeron en ella el resto de sus escritos. De inmediato el humo, el olor a incienso, tierra húmeda y jazmines dejaron de percibirse, también la música. Luego el artefacto convulsionó y un sonido agudo, parecido al pito de un tren cañero, hizo que todos se taparan los oídos. Las placas superiores de la máquina se abrieron y un cilindro delgado, verdoso, con un olor nauseabundo, se elevó hasta la altura de la antena de televisión donde estalló con estrépito, dividiéndose en cientos de pedazos que cayeron sobre el patio y se enroscaron en los cuerpos de las odaliscas. Aterrorizadas, ambas quisieron quitárselos de encima, pero apenas lograban deshacerse de uno eran aprehendidas por dos o tres más que en un santiamén devoraban sus ropas. Desnudas y hostilizadas por los ofidios pedían ayuda pero los otros parecían anclados en sus sitios. Lilibosta gritó: ¡Esta máquina es una mierda!, frase que fue secundada de inmediato por Mirileidis.

Sus gritos provocaron otro instante de quietud, pero inmediatamente los ofidios comenzaron a unirse y formaron una serpiente enorme que se levantó sobre su cola y, tras emitir un silbido agudísimo cerca de los rostros de ambas, las envolvió con sus espirales verdes mientras su cola bífida penetraba con una rapidez sorprendente sus orificios indefensos.

A duras penas y ayudándose por primera vez en sus vidas, las chicas lograron llegar hasta la puerta principal del caserón, abrirla y salir totalmente desnudas para comenzar una huida desaforada por una de las calles principales de la ciudad.

Frank salió detrás de ellas para tratar de calmarlas pero, cuando las vio correr como locas, regresó al caserón y fue hacia el patio. Se detuvo al ver a Pancracio y a Yordanka abrazados y ajenos al mundo circundante. Entonces volvió sobre sus pasos y cerró la puerta con sumo cuidado, como si temiera que el más mínimo sonido espantara otra vez los copos de color malva y azul, el olor a tierra húmeda, jazmines e incienso y la música de Beethoven que se expandía como un augurio entrañable sobre el techo de la casona.

Algunos títulos de Neo Club Ediciones

La penumbra de Dios (Colección Ensayo) Manuel Gayol Mecías	El verano en que Dios dormía (Colección Narrativa) Ángel Santiesteban Prats
Meditaciones de Cantinflas (Colección Ensayo) Armando Añel	Siete historias habaneras (Colección Narrativa) Augusto Gómez Consuegra
Mi tiempo (Colección Triunfadores) Humberto Esteve	La chica de nombre eslavo (Colección Narrativa) Roberto Quiñones Haces
Para dar de comer al perro de pelea (Colección Poesía) Luis Felipe Rojas	Café sin Heydi frente al mar (Colección Poesía) Víctor Manuel Domínguez
Anábasis del instante (Colección Poesía) Tony Cuartas	Toca al corazón que late (Colección Poesía) Nilo Julián González Preval
Hábitat (Colección Poesía) Joaquín Gálvez	Donde crece el vacío (Colección Narrativa) Ernesto Olivera Castro
Café amargo (Colección Poesía) Rafael Vilches	121 lecturas (Colección Crítica) José Abreu Felipe

Hacia los negros en Cuba (Colección Ensayo) Maybell Padilla y Víctor Betancourt	Cuba: Claves para una conciencia en crisis (Colección Ensayo) Carlos Alberto Montaner
Crónicas de guayaba y queso (Colección Testimonio) Belkis Perea	Isla interior (Colección Testimonio) Yoaxis Marcheco
Gastón Baquero y Rafael Díaz- Balart. Sobre racismo y clasismo en Cuba (Colección Ensayo) Compilación	El abismo por dentro (Colección Narrativa) Guillermo Fariñas Logos y axiomas (Colección Ensayo) Juan F. Benemelis
Así lo quiso Dios y otros relatos (Colección Narrativa) Orlando Freire	Los hombres sabios (Colección Poesía) Rafael Piñeiro
El libro de La Habana (Colección Narrativa) Juan González Febles	En Blanco y Trocadero (Colección Narrativa) Nicolás Abreu Felipe
Los tigres de Dire Dawa (Colección Narrativa) Luis Cino	Quemar las naves (Colección Poesía) Jorge Olivera
Historias de depiladoras y batidoras americanas (Colección Testimonio) Jorge Ignacio Pérez	La fiesta de Florinda y otros relatos (Colección Narrativa) Rebeca Ulloa, Usamat Hamud y Lourdes Cañellas

Mi vida junto a Margo (Colección Triunfadores) Claudio Ramos Iraola	Serio divertimento (Colección Poesía) Denis Fortún
Proscripción (Colección Narrativa) Topacio Azul	Llamadme libertad (Colección Poesía) Francis Sánchez
Yo Augusto (Colección Poesía) Augusto Lemus	Arar la sombra (Colección Poesía) Sussette Cordero
El tigre negro (Colección Narrativa) José Hugo Fernández	Para matarlos a todos (Colección Poesía) Juan Carlos Recio
Ciudad imposible (Colección Poesía) Ileana Álvarez	Estos silencios. Estas palabras (Colección Crítica) Luis Pérez de Castro
Guetto (Colección Poesía) José Alberto Velázquez	La muerte del gato y otros cuentos (Colección Narrativa) Lilo Vilaplana
Cómo matar a un toro y otros cuentos (Colección Narrativa) Luis Jiménez Hernández	Fe de erratas (Colección Poesía) Roberto Estévez Guerrero
Los naipes en el espejo (Colección Ensayo) Armando de Armas	Confesiones eróticas de la tía Nora (Colección Narrativa) Pedro Armando Junco

- Los pianos son muy caros
(Colección Poesía)
Doribal Enríquez
- El soberano es el ciudadano
(Colección Ensayo)
Faisel Iglesias
- Entre la piel y el tiempo
(Colección Poesía)
Lourdes Cañellas
- Pa' Cuba ni muerto
(Colección Testimonio)
Norge Sánchez
- Habana Babilonia
(Colección Testimonio)
Amir Valle
- Cubano confesante
(Colección Testimonio)
Mario Félix Lleonart
- Mundos parelos y otros cuentos
(Colección Narrativa)
Gisela Lovio
- La Habana sin tranvías
(Colección Poesía)
Nelton Pérez
- Tres tristes cubanos y un gato
feliz
(Colección Poesía)
Carlos Esquivel, Frank Castell
J. L. Serrano y José A. Velázquez
- Alzheimer
(Colección Narrativa)
Ramón Roberto Rosales
- Guarida de luna
(Colección Narrativa)
Adriana García
- Aquí lo que hay es que irse
(Colección Narrativa)
Verónica Vega
- El vuelo de la mariposa y otros
relatos
(Colección Narrativa)
Ariel Ruiz Urquiola
- El carnaval y los muertos
(Colección Narrativa)
Ernesto Santana
- Cuentos del Club
(Colección Narrativa)
Luis Cino, Victor Manuel
Domínguez, Armando Añel

Cuentos erróticos
(Colección Narrativa)
Manuel Gayol e Ismael Samba

Poesía para el único día nuestro
(Colección Poesía)
Odalys Interián

Jacques Maritain y el humanismo
cristiano para Cuba
(Colección Ensayo)
Jorge A. Núñez

El honor de los zombis
(Colección Narrativa)
Rodolfo Bofill Phinney

Tubular Bells
(Colección Narrativa)
José Gabriel Barrenechea

Esta segunda parte de *Cuentos del Club* difiere de la primera porque compila a autores cubanos residentes en la Isla pero también en el Exilio, tendiendo un puente hacia la tercera entrega (donde, para cerrar, solo aparecerán autores exiliados). El primer tomo, publicado en 2018 y también disponible en Amazon, solo reunía a autores con residencia en Cuba. Disfrute y comparta. Nos vemos en la tercera parte.

Una selección de Luis Cino, Victor Manuel Domínguez y Armando Añel

Autores

Abilio Estévez • Abu Dujanah • Amir Valle • Ángel Luis Ferreiro
Armando de Armas • Carlos Alberto Montaner • Consuelo Casanova
Emelicio Vázquez • Félix Luis Viera • José Hugo Fernández
Manuel Gayol Mecías • Maribel Feliú • Odelín Alfonso Torna
Orlando Freire • Oscar G. Otazo • Roberto Quiñones Haces



NEO
CLUB
EDICIONES